BREVE HISTORIA de la...

VIDA COTIDIANA DEL ANTIGUO EGIPTO

COSTUMBRES, CULTURA Y TRADICIONES

Clara Ramos Bullón

Descubra la rica cultura milenaria del antiguo Egipto y la vida cotidiana de sus gentes: la vida en el campo, las clases sociales la alimentación, el matrimonio y la familia, la estética y el culto al cuerpo. Pasee por sus grandes ciudades y construcciones inmerso en su cosmos religioso egipcio y la vida de ultratumba

nowtilus saber

BREVE HISTORIA
DE LA VIDA COTIDIANA
DEL ANTIGUO EGIPTO

BREVE HISTORIA
DE LA VIDA COTIDIANA
DEL ANTIGUO EGIPTO

Clara Ramos Bullón

nowtilus

Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: *Breve historia de la vida cotidiana del antiguo Egipto*
Autor: © Clara Ramos Bullón
Director de colección: Luis E. Íñigo Fernández

Copyright de la presente edición: © 2018 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla, 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Diseño y realización de cubierta: Universo Cultura y Ocio
Imagen de portada: *Nebamun hunting birds, Thebes, Egypt, 1350 BC*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN edición digital: 978-84-9967-927-3
Fecha de edición: marzo 2018

Depósito legal: M-3205-2018

A Guillermo y a Sergio

Índice

Introducción

I

La estación luminosa de *ajet*

1. La salida de la estrella Sothis
    - Mineros y canteros
    - Canteros de tumbas
    - Pintores
    - Escultores y albañiles
    - Funcionarios
    - La medicina en el antiguo Egipto

2. Wag o la festividad de los muertos
    - Momificación
    - Funeral
    - Viaje al más allá
    - Tipos de enterramientos en el antiguo Egipto

3. La ceremonia de elevar el pilar de djed
    - Ciudad orgánica versus ciudad *ex novo*
    - Dentro y fuera de la ciudad
    - Ciudades egipcias

II

La estación naciente de *peret*

4. Rannut y el principio de la siembra
- Agricultura
- Pesca y caza
- Ganadería y apicultura

5. Festividad y procesión de Neit
- Indumentaria y complementos
- Vestimenta femenina
- Vestimenta masculina
- Joyería
- Cosmética

6. Heb Sed
- El faraón y su familia
- Aristócratas
- Siervos de los dioses
- El estamento militar
- El escalafón inferior

III

La estación de la abundante *shemu*

7. Fiesta de la salida del dios Min
- Pan, cerveza y dulces
- Verdura, frutas y legumbres
- Carne roja y carne blanca
- Condimentos, bebidas y conservas
- Cocina, hábitos y diversión en torno a la mesa

8. La fiesta del feliz encuentro de Horus y Hathor
- Matrimonio y divorcio
- Sexualidad
- Descendencia
- Vejez
- Roles en el hogar
- Compañeros caseros

9. *Heru-renpet*: El nacimiento de los dioses
- Dioses egipcios
- Divinidades principales
- Cosmogonía egipcia

El mundo creado por Atum, según la teología helipolitana
El origen del mundo según los sacerdotes de Hermópolis
El génesis menfita: el dios Ptah como creador del mundo
La cosmogonía tebana
El mito de la vaca celeste
Templo egipcio
La construcción del templo egipcio

Bibliografía
Libros
Artículos, capítulos de libros y actas de congresos

Colección Breve Historia…
Próximamente…

Introducción

Sobre la historia de Egipto han corrido ríos de tinta. La conservación de ingentes cantidades de restos materiales, gracias al clima seco de la zona, ha propiciado desde antiguo un interés continuado por esta civilización. Es más, el pueblo egipcio estaba muy preocupado por registrar muchos de los aspectos de su vida cotidiana que han quedado reflejados, entre otros sitios, en las tumbas de los altos funcionarios de los faraones o de los artesanos de la ciudad de Deir el-Medina, que no solo hablan de su oficio, sino que aportan numerosos datos secundarios de gran valor documental para el investigador y para todo aquel que esté deseoso de iniciarse o ampliar su conocimiento sobre esta civilización.

La documentación utilizada para este libro es de índole muy variada ya sean las fuentes literarias dentro de la papirología, la información de restos arqueológicos que abarcan desde ajuares de tumbas hasta edificios monumentales. Además, la autora se ha apoyado en manuales, capítulos de libros y artículos de revistas de los más prestigiosos egiptólogos e investigadores, entre los que nombro al doctor José Miguel Parra Ortiz, cuya cronología de las dinastías y los reinados de los monarcas ha sido utilizada para este libro.

Ribera del río Nilo.

La obra se ha estructurado, y esto es lo que puede llamar la atención al lector, siguiendo la ordenación del calendario civil egipcio de 365 días, que se remonta a la época de los primeros faraones y no se reformó en aproximadamente 2500 años. Se dividía en tres estaciones, de ahí que el libro tenga tres grandes apartados. Cada una de ellas estaba dividida en cuatro meses los cuales, desde el Reino Nuevo, tenían nombre propio —algunos de ellos con nombre de dioses—, y estaban divididos en tres semanas y en treinta días cada uno. Se tiene constancia de que este calendario tenía un desfase temporal, ya que su referencia era la salida de la estrella del Sirio —la más brillante de la constelación del Canis Maior— que seguía el calendario solar de 365,2564 días. Así pues, en el calendario civil el Sirio iría apareciendo cada vez más tarde, aparentemente, y las estaciones fueron desplazándose de su fecha original. Los astrónomos egipcios eran conscientes de este desfase, pero no se tiene ninguna referencia sobre su modificación hasta el año 238 a. C. por el *Decreto de Canopus*, ya en época del reinado de Ptolomeo III y consistió en añadir un día más cada cuatro años. Este calendario será sustituido por el llamado alejandrino en el año 46 a. C. por orden de Julio César, que se utilizará en Europa hasta la reforma gregoriana del papa Gregorio XIII en 1582.

La primera estación se llamaba *ajet* (ꜣḫt), la inundación, que abarcaba el período de verano a otoño. En ella, el Nilo se desbordaba irrigando los campos y llenando los canales de los regadíos, esenciales para una buena cosecha. La segunda estación de *peret* (*prt*), la siembra, comenzaba en invierno y culminaba a comienzos de la primavera con el retroceso de las aguas nilóticas, momento en el que los campesinos sembraban los campos. Por último, la estación de *shemu* (*šmw*), cosecha o sequía, comprendía el período que va desde la primavera hasta principios del verano, momento en el que los agricultores recolectaban las mieses y los frutos. Sin embargo, en algunas ocasiones y por diferentes avatares el montante del alimento agrario no era suficiente para sustentar a la población, por la que se sucedían las temidas y recurrentes hambrunas.

Calendario Civil Egipcio		
Nombre de la estación	Nombre del mes	Fecha
Primero de *ajet*	Toth	De verano a otoño
Segundo de *ajet*	Paophi	
Tercero de *ajet*	Hathyr	
Cuarto de *ajet*	Choiak	
Primero de *peret*	Tybi	De invierno a inicios de primavera
Segundo de *peret*	Mecheir	
Tercero de *peret*	Phamenoth	
Cuarto de *peret*	Pharmouthi	
Primero de *shemu*	Pachons	De primavera hasta principios de verano
Segundo de *shemu*	Payni	
Tercero de *shemu*	Epeiph	
Cuarto de *shemu*	Mesore	
5 días epagómenos o Heru-renpet: nacimiento de Osiris, Isis, Horus, Seth y Neftis		

Por otro lado, los días del calendario civil podían ser fastos o nefastos, propicios o desfavorables, para realizar o abstenerse de determinadas actividades. Los días estaban relacionados con festividades que podían ser de carácter estatal como el Heb Sed —ceremonia en la que se celebraba la renovación de la fuerza física y la energía sobrenatural del faraón— o la fiesta de Opet en la que se conmemoraba los estrechos lazos entre el dios Amón-Ra y el monarca. La autora se ha servido de las festividades y los días señalados en el calendario para dar nombre a los títulos de los nueve capítulos de este libro divididos en tres grandes apartados. El primero de ellos —La estación luminosa de *ajet*— está constituido a su vez por tres capítulos: La salida de la estrella Sothis, que marca el comienzo del año, en el que se explicará una selección de los oficios egipcios. El segundo, Wag: la gran festividad de los muertos, en el que se tratará el mundo de ultratumba, el proceso de momificación y el más allá. El tercer capítulo, por último, denominado La ceremonia de elevar el pilar de djed, versará sobre la ciudad y el urbanismo.

El segundo gran apartado —La estación naciente de *peret*— también está dividido en tres capítulos. El primero de ellos, Rannut y el principio de la siembra, se dedica al mundo agropecuario. El segundo está dedicado a la moda y a la estética, por lo que se titula Festividad y procesión de Neit, en honor a la diosa de los tejidos. Por último, se ha elegido la fiesta de Heb Sed para tratar las estructuras sociales del valle del Nilo.

El libro se cierra con La estación de la abundante *shemu*, que se divide en tres capítulos. El primero, o La fiesta de la salida del dios Min, describirá la alimentación. En el siguiente, La fiesta del feliz encuentro de Horus y Hathor, tratará del matrimonio y la familia. Un último capítulo, Heru-renpet: el nacimiento de los dioses, es una especie de coda ya que no pertenece a la estación de *shemu*, pero que es imprescindible para tener una visión más completa de esta civilización. El tiempo que sumaban las tres estaciones era de 360 días, por lo que al calendario se le añadían cinco días más denominados epagómenos o Heru-renpet, que significa ‘los que están por encima del año’, ya que era el período del nacimiento de cinco de los grandes dioses: Osiris, Isis, Horus, Seth y Neftis. Estos cincos días no pertenecían a ninguna estación ni mes. Su espacio temporal es el título del último capítulo dedicado al panteón y la religión egipcia.

El desierto oriental de Egipto con su característica tierra roja.

I

El dios Hapi, personificación del río Nilo. Esta divinidad se representa como un hombre desnudo con piel verde o azul, y con una barba postiza símbolo de poder.

La estación luminosa de *ajet*

La estación *ajet*, ‘inundación’, estaba organizada en cuatro meses y cada uno de ellos dividido en tres semanas de diez días tal y como estaba estructurado del calendario civil. Durante el Reino Nuevo, como ya se ha dicho, algunos meses del año adoptaron el nombre de dioses.

Los meses del año de *ajet* se llamaban *thot*, *paophi*, *hathyr* y *choiack* y abarcaban un período que iba desde el verano hasta el otoño. Este era el momento en el que el Nilo se desbordaba llenando los canales de regadío e inundando los campos de cultivo. El agua esperada por los agricultores irrigaba y fertilizaba la tierra con un sustrato muy rico esencial para la cosecha. No obstante, si el Nilo se desbordaba en demasía, podía llegar a inundar los núcleos de población. Por el contrario, cuando el agua era escasa las cosechas eran pobres y, consecuentemente no se podía alimentar a la población.

En este apartado se desarrollarán los siguientes aspectos:

La salida de la estrella Sothis, en el que se ha elegido una serie de los oficios más relevantes del antiguo Egipto.

Wag o la festividad de los muertos, donde se tratará la muerte, el proceso de momificación y el viaje al más allá.

La ceremonia de elevar el pilar de djed, que versará sobre la ciudad y el urbanismo egipcio.

1

La salida de la estrella Sothis

La fiesta de la salida de Sirio era una de las festividades más importantes del antiguo Egipto, ya que conmemoraba el comienzo del año nuevo que coincidía con la llegada de las inundaciones. La festividad no se celebraba en un día concreto: las deficiencias del calendario civil egipcio impedía la fijación del mismo. El Sirio o Sothis, que para los egipcios era conocido como Sepedet, se halla en la constelación del hemisferio celeste sur Canis Maior, la estrella más rutilante de todo el cielo nocturno que se puede avistar desde la tierra. Además, aquellos habían deificado este astro y lo identificaban con la diosa Sopdet, que estaba representada como una mujer, cuyos atributos iconográficos eran tan característicos como una estrella de cinco puntas sobre la cabeza o adornos con dos cuernos o dos plumas. Asimismo, esta divinidad puede estar representada como un perro, símbolo de la constelación del Canis Maior. Así pues, el comienzo del año traía para los habitantes de esta civilización un nuevo período de trabajo y el desarrollo de los oficios.

La diosa Sopdet representada en la Tumba KV17 del faraón Seti I (~1290- 1279 a. C.) en el Valle de los Reyes, Tebas. La estrella de cinco puntas sobre la cabeza es el atributo iconográfico característico de esta divinidad.

El objetivo de este capítulo no es el de enumerar y explicar la totalidad de los variadísimos oficios que existían en Egipto, pues rebasaría el interés de esta publicación. No obstante, su prolijo número estaba intrínsecamente relacionado con el alto grado de civilización de esta cultura y con la necesidad vital y social de sus habitantes.

En la gran variedad de trabajos había una distinción entre aquellas profesiones que requerían de la fuerza física —en las que se pueden incluir algunas de las artesanías—, mucho más denostadas, y los oficios que exigían una formación intelectual, cuyo paradigma más relevante fue el escriba, muy apreciado socialmente. Esta valoración entre oficios, paragonándolos, está muy bien explicada en uno de los textos más importantes sobre este asunto: las *Máximas de Duat-Khety* o más conocidas como las *Sátiras de los Oficios*, datadas entre finales del Primer Período Intermedio (~2125-1975 a. C.) y el Reino Medio (~1975-1640 a. C.). El texto concentra sus alabanzas en el escriba: «Quisiera conseguir que tú ames los libros más que a tu madre; pondré su belleza ante tus ojos. Ser escriba es la mayor de todas las profesiones, no hay nada comparable en el país». En este documento, se pone de manifiesto que cuanto más destacaba un individuo en el escalafón social, menos trabajo físico realizaba en sus tareas diarias.

MINEROS Y CANTEROS

En el primer grupo, se reúnen los oficios que necesitaban de la fuerza bruta para realizarlos como son la minería y la cantería. El trabajo de los mineros era una labor dura y extenuante, en la que se utilizaban herramientas de madera, dolerita (granito negro) y cobre. Por esta razón, era un trabajo en el que el grueso de sus operarios lo integraban prisioneros y criminales, aunque también lo constituían hombres libres. Además, todos ellos estaban fuertemente vigilados por los encargados de la mina.

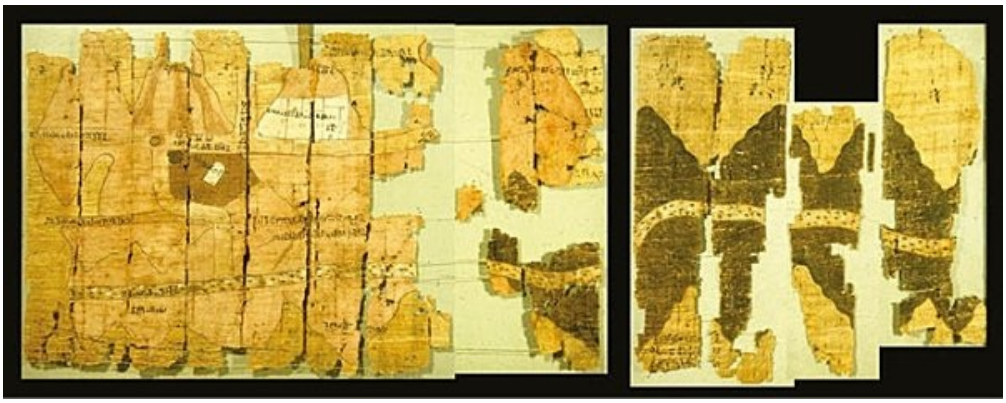
La extracción de metal por antonomasia en Egipto fue la del oro, conocida en detalle gracias al historiador griego Diodoro Sículo (siglo I a. C.), que en su obra *Biblioteca Histórica* recoge el relato, no conservado, sobre las minas de Egipto, del también historiador griego Agatárquides de Cnido, que fue contemporáneo del rey Ptolomeo VI Filometor (‘el que ama a su madre’). El método de extracción del oro consistía en calentar la roca con la intención de quebrarla para después, con la ayuda de una cuña de metal, golpear el filón aurífero. De esta manera, se desprendía el cuarzo que contenía el oro que después era lavado y triturado sobre una plancha de piedra por unas bolas del mismo material, hasta que se separaba el polvo del metal noble. Finalmente, estas partículas doradas eran tratadas químicamente para conseguir oro de gran pureza. Asimismo, se tiene constancia de que el oro utilizado para el diseño de joyería egipcia, era mezclado con otros metales como el cobre y la plata. Esta provenía del Próximo Oriente y a partir del siglo VII a. C. de la península ibérica gracias a comerciantes fenicios. Sin embargo, este método de extracción implicaba que se desarrollara en minas subterráneas durante el Reino Nuevo (~1539-1075 a. C.). No obstante, tanto en el Reino Antiguo (~2650-2125 a. C.) como en el Medio, los mineros obtenían el oro de minas a cielo abierto, como las laderas de montañas o los cauces de ríos secos.

El oro se conseguía tanto dentro como fuera de las fronteras egipcias. Las minas auríferas más importantes de Egipto se situaban tanto al sur de la ciudad de Coptos (conocida por los antiguos egipcios como Gebtu), como al norte de Tebas en Wadi Hammamat, de la que conocemos su topografía gracias al *Papiro de las minas* realizado en tiempos del faraón Ramsés IV (~1156-1150 a. C.). Otro yacimiento de oro explotado más al sur, se ubicaba en las cercanías de la ciudad de Kom Ombo, en la que se decidió levantar, en época ptolemaica, un templo dedicado a los dioses Sobek (divinidad con cabeza de cocodrilo asociada al Nilo) y Haroeris (una variante del dios Horus como Horus el Viejo u Horus el

Grande). No obstante, fue Nubia —territorio que se extendía desde los límites meridionales del actual Egipto hasta la zona septentrional de Sudán—, la región más cercana al reino egipcio con más reservas auríferas, de ahí que su topónimo pueda traducirse como ‘oro’. En el Reino Antiguo, se conocían depósitos de este metal noble en la Baja Nubia, cuyo territorio fue progresivamente anexionado a Egipto desde el Reino Medio. Asimismo, en el Reino Nuevo gracias a las expediciones egipcias en busca de oro, se descubrió que la Alta Nubia, es decir el Reino de Kush, también poseía grandes depósitos de este metal.

En cuanto a la explotación del cobre, las minas más productivas para obtenerlo se localizaban en el Valle de Timna, situado en el desierto del Negev, que fue sobreexplotado en las dinastías XIX (~1292-1190 a. C.) y XX (~1190-1075 a. C.). Otros importantes yacimientos de cobre se ubicaban en Tura, Asuán y Wadi Hammamat, donde también se adquiriría la turquesa. De igual manera, la malaquita, tan apreciada por esta cultura —pues la utilizaban tanto para la joyería como para la cosmética— se extraía de las minas de Maadi, al sur del actual Cairo.

El día a día en una cantera era un trabajo agotador que se ejercía tanto por hombres libres como por prisioneros de guerra y condenados que pagaban de esta manera sus sanciones. No obstante, todo cantero trabajaba al servicio del faraón. Hay que destacar, que la gran mayoría de las canteras que se explotaban en Egipto estaban situadas próximas al río, razón por la cual la mayoría de las grandes obras arquitectónicas se situaron cerca del mismo. El Nilo, además, era la principal vía de transporte de piedra, así como de otros productos demandados por sus habitantes.



Papiro de las minas representa la zona minera de Wadi Hammamat (norte de Tebas), datado en tiempos del faraón Ramsés IV (~1156-1150 a. C.). Museo Egipcio de Turín.

La gran demanda de piedra caliza, arenisca y granito, así como de basalto, dolerita y grey, o grauvaca, fomentaba las expediciones tanto fuera como dentro de Egipto. Siempre eran ordenadas por los faraones, como la que envió Ramsés IV y que ha quedado anotada y conservada en el *Papiro de las minas*. La caliza fue la más utilizada por su naturaleza blanda porque facilitaba la extracción y el esculpido de la misma. Se localizaba en dos canteras, la de Tura, cerca de Menfis, y la de Iunit, en la actual Esna, ciudad al sur de Tebas. La arenisca se adquiría sobre todo en la cantera de Silsila, cerca de Asuán y en la de Gebel al-Ahmar (‘montaña roja’) próxima al Cairo, donde además de obtener esta roca sedimentaria, también se extraía la cuarcita. De igual manera, las piedras duras como el granito gris, negro y rosa, se extraían de la cantera de Asuán, así como el basalto que se adquiría al norte de Egipto en la de Gebel al-Qatranim en El Fayum, muy utilizada en el Reino Antiguo. La grauvaca se conseguía en la cantera situada al este de Karnak y Luxor. Asimismo, otras piedras demandadas por la élite egipcia, como el alabastro y la diorita, se extraían de la cantera de Hat-nub, cerca de Amarna.

El método de extracción de las canteras dependía de la calidad de la piedra. En la cantera de Tura se sabe que los trabajadores sacaban bloques de piedra por medio de túneles. Este sistema de extracción consistía en que el picapedrero abría un hueco en la pared de la roca, lo bastante grande para que cupiera un hombre y con un cincel de cobre —que a partir de finales del Reino Antiguo se fabricaban de bronce, mucho más resistente— y una maza de madera que delimitaba el bloque. Los cinceles eran proporcionados por el faraón y cuando estaban desgastados se recogían para ser refundidos. Así pues, el sillar quedaba suelto por tres de sus lados menos por la base en la que se horadaban varios agujeros, por los que se introducían unas cuñas de madera humedecidas, de tal manera que la madera al hincharse desprendía el bloque de la roca. Este último paso era el más delicado, porque el bloque de piedra podía resquebrajarse por un lugar indebido y quedaba inservible para la finalidad a la que había sido creado. Tras esta operación, el bloque ya suelto, se extraía con unas palancas.

Un segundo método de extracción de la piedra era a cielo abierto, pero solo si la calidad de la misma era óptima. Asimismo, si había bloques de piedra desprendidos de forma natural con las dimensiones adecuadas para fabricar cualquier objeto que se requiriera, se recogían también. Para transportar los sillares hasta el suelo, los egipcios se ayudaban de andamios o rampas de tierra,

y se utilizaba uno u otro método según el peso de la piedra. Al sillar pétreo separado de la roca se le practicaba un primer desbaste en la propia cantera, ya que si se rompía por esta primera labra, el coste era menor que si este percance ocurría en la propia obra para la que estaba destinado, ahorrándose así el transporte fluvial o terrestre del material.

Por otro lado, el control y suministro de los bloques de piedra de una cantera era administrado férreamente por un escriba, que también llevaba el registro de los trabajadores. Cada uno de los sillares que salía de una cantera hacia una obra de gran envergadura, podía llevar inscritos la fecha, el grupo encargado de trasportarlo y su destino. Asimismo, el transporte de las piedras extraídas se hacía por medio de barcos y trineos, en los que se cargaban los bloques ayudándose de palancas. Los navíos utilizados en Egipto para el transporte por el Nilo poseían una morfología idéntica, solo diferían en sus dimensiones en función de la carga: carecían de quilla, tenían dos filas de remos y rara vez poseían una vela, generalmente cuadrada sujeta al mástil. Estos navíos aprovechaban la corriente para impulsarse. Si los marineros se enfrentaban a un fuerte viento en contra o a un movimiento de las aguas muy virulento, se ayudaban de los sirgadores que desde tierra arrastraban la embarcación por medio de unas cuerdas que estaban atadas en la proa y en los costados.

CANTEROS DE TUMBAS

Por otro lado, existía otro grupo de picapedreros que trabajaron *in situ* en las grandes obras arquitectónicas, como por ejemplo los 5000 canteros que vivían en torno a las pirámides de Guiza, conocida como Ciudad Perdida de las Pirámides, que fue descubierta por Mark Lehner en 1988. La urbe está situada al sur de las colosales tumbas, cuya ubicación se eligió por la cercanía a las canteras de piedra localizadas en la zona meridional. Este asentamiento ha sido fechado en época de los faraones Kefrén (~2472-2448 a. C.) y Micerinos (~2447-2442 a.C.), aunque es posible que esté sobre otro anterior de época de Keops (~2509-2483 a. C.). Su datación se precisó gracias al hallazgo de unos fragmentos de sellos fabricados en barro, que fueron desechados en lo que se ha interpretado como un basurero: en ellos se grabó la información de una institución denominada *wabet* (lugar de purificación) relacionada con la producción de artículos funerarios.

En cuanto a la organización de los trabajadores de las pirámides, estos estaban agrupados en cinco *za* (‘tribu’), cada una de ellas estaba compuesta por 200 hombres organizados en *aper*, es decir, agrupación de 1000 hombres. Estas cuadrillas de operarios fueron bautizadas con nombres que hacían alusión al faraón al que estaba adscrita la obra que construían, como por ejemplo «los borrachines de Micerinos» o «los compañeros de Micerinos», nombres que quedaron inscritos en los sillares de las pirámides. Estos apelativos jocosos demuestran que los trabajadores eran libres y muy cualificados, pues además constatan el orgullo que sentían por su trabajo, por lo que de ninguna manera podían ser esclavos. Sin embargo, su labor diaria era extrema como lo revelan los cadáveres que se exhumaron de uno de los cementerios de la ciudad: daños en la columna vertebral y la zona lumbar, así como artritis degenerativa y roturas de hueso de peroné, antebrazo y costillas. No obstante, también se ha verificado que las roturas óseas de estos trabajadores fueron bien soldadas por médicos capacitados que vivían en la urbe, esenciales para que el operario se reincorporara a su trabajo lo antes posible.

Ciudad de Deir el-Medina, cerca de Tebas, construida en el Reino Nuevo (~1539-1075 a. C.). Fue edificada para albergar a los artesanos que trabajaban en los hipogeos del Valle de los Reyes y del Valle de las Reinas.

Un segundo ejemplo de canteros y artesanos que trabajaron en las proximidades de las grandes obras arquitectónicas, son aquellos que excavaron y decoraron los hipogeos tebanos del Valle de los Reyes y del Valle de las Reinas, entre la XVIII dinastía *(*~1539-1292 a. C.) y la XX. Estos vivían a cuatro kilómetros de las tumbas subterráneas, en la ciudad de Deir el-Medina construida en la orilla oeste del Nilo, que en el antiguo Egipto era conocida como Set-Maat o 'El Lugar de la Verdad'. En origen, vivieron veintiuna familias en la urbe, aunque a finales de la XX dinastía llegaron a habitarla hasta sesenta y ocho, por lo que se debió de ampliar a causa de la construcción de los hipogeos del Valle de las Reinas. No obstante, los únicos que no la habitaron fueron los trabajadores auxiliares que desescombraban los hipogeos y además realizaban otros trabajos no especializados.

Gracias a que la mayoría de los artesanos que vivían en Deir el-Medina tenían conocimientos de escritura, se han conservado muchos vestigios a modo de documentación de su vida diaria en los *óstraka* abandonados en el basurero del poblado. El ritual de trabajo era siempre el mismo: al amanecer todos ellos caminaban un kilómetro y medio hasta llegar a sus puestos de trabajo en el acantilado tebano. Luego, eran divididos según sus especialidades y un escriba anotaba diariamente su presencia y ausencia.

PINTORES

Por otra parte, en los conjuntos arquitectónicos de carácter funerario, religioso o aristocrático no solo se necesitaba la mano de obra de canteros, sino también de otros trabajadores cualificados. La mayoría de los artesanos trabajaban al servicio del faraón y de las clases altas. Estaban bien organizados en talleres según su especialidad, siempre supervisados por un superintendente tal y como se representa en una de las escenas de la tumba tebana de dos escultores llamados Apuki y Nebamún. Por lo general, los oficios eran de carácter hereditario y entre ellos destacaron los escultores, pintores y arquitectos, que al igual que otros artesanos no gozaron de una situación social favorable, aunque pintores y arquitectos estaban un poco más considerados en la escala social. No obstante, hay que reseñar que estos tres grupos de artesanos nunca fueron denigrados: en ocasiones excepcionales gozaron de una popularidad y de un estatus muy elevados, como es el caso del escultor Bak (hijo del también célebre escultor y arquitecto Men, que posiblemente dirigió las obras escultóricas de los

Colosos de Memnón), que afirmaba que había sido instruido por el propio Akhenatón (~1353-1336 a. C.), o el pintor Maia y los célebres arquitectos Imhotep y Amenhotep, de los que se hablará posteriormente. Además, de estos casos relevantes, existieron otros artesanos cuyos nombres no han trascendido, pero que también debieron disfrutar del poder adquisitivo suficiente como para poder costearse sus tumbas y decorarlas con imágenes que describían sus oficios.

Detalle de la escena de un taller de artesanos representado en la tumba tebana de los escultores Apuki y Nebamún datada en la XVIII dinastía (~1539-1292 a. C.). En el registro superior, aparecen unos carpinteros tallando pilares de djed y a su lado dos individuos que están fabricando lo que parece ser una capilla dorada para un templo o una tumba. En el registro inferior, se representa a unos escultores de metal que están cincelando varias piezas, de entre las que destaca una esfinge.

En relación con la profesión de arquitecto, este solía ser un individuo anónimo cuya obra quedaba vinculada al nombre del administrador, gerente o director de la misma. Este proceder ha quedado reflejado en la *Estela de Uni*, datada en la IV dinastía (~2575-2450 a. C.) procedente de Abydos y que actualmente se conserva en el Museo del Cairo. En este documento, el protagonista de la estela se cuidó mucho de remarcar que él era un funcionario encargado de obras arquitectónicas. Sin embargo, como ya se ha dicho, existieron en el antiguo Egipto excepciones al anonimato artesanal, como es el caso del arquitecto Imhotep que ideó en Saqqara la pirámide escalonada del Djoser (~2592-2566 a. C.), faraón de la III dinastía (~2649-2575 a. C.). Otro ejemplo, ya de época posterior, fue el arquitecto Amenhotep que desarrolló su profesión en la XVIII dinastía y trabajó primero a las órdenes de

Amenofis I (~1514-1494 a. C.) y posteriormente para Tutmosis III (~1479-1425 a. C.). De este arquitecto se conocen algunos datos biográficos como que vivió ochenta años y que era hijo de un escriba de Hut-heryib, la capital del *nomo* X del Bajo Egipto situado en el delta del Nilo. De entre todos los cargos que ocupó, interesa para este capítulo el de director de todos los trabajos del rey, es decir, fue el arquitecto real. De todas las obras que pudo proyectar se tiene constancia que firmó el templo de Amenhotep III en Soleb (sur de Egipto), ya que fue retratado junto al rey en la escena que representa el acto de consagrar una de las puertas del santuario. Asimismo, fue el creador del templo de Luxor, que además de ser uno de los edificios religiosos más importantes y conocidos del antiguo Egipto, fue el que fijó definitivamente el modelo de templo. De igual modo, la importancia social de ambos arquitectos fue ampliamente superada, pues gozaron del honor de ser divinizados: así aparecen representados en un relieve esculpido en la fachada oriental del templo de Ptah, en Karnak, donde Imhotep y Amenhotep portan el *ankh* o llave *ansada* privilegio de los dioses.

La primera imagen corresponde a una escultura de bronce que representa al arquitecto Imhotep, Museo del Louvre. La segunda escultura de basalto retrata al arquitecto Amenhotep, Museo del Cairo.

Por otro lado, los artesanos que se dedicaban a dibujar y pintar eran conocidos como «escribas de los contornos». Hay que tener en cuenta, que los conceptos de pintar y de escribir estaban estrechamente vinculados en el antiguo Egipto. En cuanto a su actividad, el *Papiro del Museo Egipcio de Turín* describe las fases en las que se adecuó y decoró la pared del cuarto pasillo de la tumba KV2 del

faraón Ramsés IV (XX dinastía) en el Valle de los Reyes y que sirven como pauta para entender el proceso pictórico proyectado en una gran obra arquitectónica: delinear el asunto iconográfico ideado para ese lienzo en concreto, que luego será tallado con un cincel y finalmente pintado. En este proceso de creación, en el que el relieve pintado fue el sistema de representación artístico predilecto de los egipcios adinerados, confluían dos actividades artesanales. La primera de ellas, era la del pintor o escriba de contornos que inicialmente realizaba el boceto con un pigmento rojo —normalmente era ejecutado por un aprendiz—, y luego el dibujo era repasado y corregido en negro por el maestro, tal y como se observa en la inacabada tumba KV57 del faraón Horemheb (~1319-1292), situada en el Valle de los Reyes. El segundo artesano que convergía en la obra pictórica era el escultor, encargado de tallar la imagen delineada, para que, posteriormente, el pintor añadiera los pigmentos en la escena representada y culminara el proceso pictórico. Sin embargo, antes de ejecutar estos pasos en una pared, ya fuera la de una tumba, la de un palacio o la de una casa particular, esta se enlucía con una serie de capas: primero se aplicaba en ella una mezcla de fango de yeso basto y broza, después venía un segundo revestimiento de fina escayola y, por último, un delgado recubrimiento de cal, que en muchos casos podía hacer las veces de fondo para la representación iconográfica.

Al realizar el encargo, no era habitual que el artesano/pintor tuviera la suficiente libertad para crear una composición original de su propia inventiva, pues ya partía de un asunto iconográfico predeterminado que elegía el dueño de la casa o tumba que lo había contratado. Con este proceder y antes de comenzar su tarea, el pintor presentaba al cliente un boceto plasmado en papiro, *óstrakon* o tablilla de madera, que eran los soportes habituales para este tipo de muestras. Además de la imposición temática, el pintor estaba sujeto también a una serie de convenciones estéticas como la perspectiva jerárquica, en la cual según la importancia de las figuras humanas representadas en una escena, ya fuera pictórica o escultórica, eran de mayor o menor tamaño. Otra de las normas acatadas por el pintor era el canon, que reglaba las proporciones de la figura humana. De esta imposición estética se tiene conocimiento gracias a los apuntes pictóricos que se han conservado. Uno de ellos, es el tablero de madera enyesado que se encuentra actualmente en el Museo Británico. En él, aparece la imagen de Tutmosis III sedente proyectado dentro de una cuadrícula, en la que la figura del faraón posee una proporción de 14 cuadrados, una medida que coincide con el fragmento de pintura procedente de una tumba tebana de la XVIII dinastía,

donde se ha representado un hombre sentado, cuyo cuerpo está inscrito en 14 cuadros. De igual modo, se sabe que la representación de la figura masculina de pie medía aproximadamente 18 cuadros en el conjunto reticular pictórico y que aumentó a 20 cuadros en la XVIII dinastía y a 21 en la XXVI dinastía (~664-525 a. C.).

Cámara sepulcral del hipogeo (KV57) del faraón Horemheb (~1319-1292 a. C.), en cuyo muro del fondo aparece la escena inacabada del Juicio de Osiris, Valle de los Reyes, Tebas.

Por otra parte, las herramientas del pintor se reducían a una serie de utensilios, cuyo máximo exponente era el pincel con diferentes grosores. Los pinceles más finos se fabricaban con el llamado junco marítimo, muy abundante en Egipto, cuyo tallo se masticaba para crear las cerdas del útil. Asimismo, los pinceles más gruesos se confeccionaban con fragmentos de ramas de palmeras machacadas, que eran los mismos que utilizaban los escribas en su profesión. Además de estos instrumentos, el pintor usaba una cuerda o cordel para trazar las cuadrículas que servían para encajar a la perfección el dibujo siguiendo el canon establecido. Uno de estos aperos de pintor se descubrió en la tumba tebana KV19 del príncipe Mentuhirkhopshef fechada en la XVIII dinastía. Otros de los materiales vinculados a estos artesanos eran los pigmentos, que ya molidos se guardaban en pequeñas vasijas de cerámica, mezclados *a priori* con algún aglutinante como el huevo, la cola o la goma vegetal, ya que la técnica pictórica egipcia por excelencia fue el temple. De igual modo, el repertorio de colores de origen animal conocido por los antiguos egipcios era reducido, pero estos tuvieron la destreza de saber combinar unos colores con otros y así la gama

cromática fue ampliada y enriquecida. En la paleta de colores conocida por los egipcios, destacaban el blanco de cal o yeso, el negro carbón —obtenido a partir de la quema de huesos de animales o materia leñosa—, el rojo ocre que se conseguía a través del óxido de hierro, el azul del lapislázuli, mineral exportado desde Afganistán y el verde, conseguido a partir del cobre o la malaquita. El color amarillo que se lograba moliendo el ocre, desde la XVIII dinastía se comenzó a utilizar el oropimente (sulfato de arsénico), que muy probablemente fue enviado en un primer momento desde Persia. No obstante, a la civilización egipcia se le debe la creación de un nuevo color: el azul frita o también llamado azul egipcio que se alcanzaba con la mezcla de cobre y silicato de calcio y que no solo fue aplicado como pigmento, sino también en la joyería.

La destreza de los pintores egipcios se constata por la superación de dos limitaciones técnicas: los pinceles y la gama del color. Su maestría es evidente sobre todo cuando el pintor tiene la suficiente libertad para poder crear sus propias composiciones y su trazo no está sujeto a una idea prefijada, por lo que puede romper las superficies de color liso. Gracias a esta independencia artística, el artesano fue capaz de realizar pinceladas con distintos matices, creando así texturas más naturalistas que se aplicaron en la piel o el plumaje de un animal tal y como se observa en la tumba tebana de Intef datada en la XVIII dinastía. Asimismo y en relación con el espacio compositivo, en un primer momento el pintor no relacionará las figuras con el mismo, sin embargo, paulatinamente, va abordando y conectando ambos elementos.

ESCULTORES Y ALBAÑILES

Otros de los artesanos, los escultores, trabajaban tanto la madera, la piedra como el metal, aunque con técnicas diferentes. De la escultura en madera se ha conservado un buen número, a pesar de que muchas han sido atacadas por las termitas, otro grupo significativo ha llegado hasta nosotros en buen estado, gracias al clima seco de Egipto. Una de las modalidades de talla era la que representaba la figura humana en diferentes tamaños, aunque las de mayores dimensiones no se realizaban en una sola pieza: algunas partes anatómicas como los brazos, los antebrazos y el cuerpo se ensamblaban para crear la escultura completa. Este método se puede constatar gracias al hallazgo de una de las tallas más relevantes que se han conservado del antiguo Egipto, la estatua de sicomoro de Kaaper, también conocida como el «alcalde del pueblo» de 112 cm de altura y

que se ha datado entre las dinastías IV y V (~2450-2325 a. C.) en pleno Reino Antiguo. Después de la fase de ensamblaje, la escultura se enlucía con una capa de estuco para luego pintarla. Otra de las técnicas para revestir estas imágenes de madera consistía en recubrir las carnaciones con resina negra y con pan de oro, solo reservado para algunas partes de la estatua como la vestimenta, las cejas o párpados. Hay ejemplos destacables como las estatuas de dos centinelas hallados en la tumba de Tutankhamón (~?-1324 a. C.).

Las maderas utilizadas para estos fines podían proceder del propio territorio egipcio —acacia, sicomoro y espino—, aunque también se importaban maderas de mejor calidad del Líbano y Siria como el pino, el ciprés y cedro, además del ébano que provenía de Sudán. Este último se alternaba en escultura con el marfil. Relacionados con los escultores, estaban los carpinteros y ebanistas que utilizaban las mismas herramientas de cobre y bronce —su forma y utilidad no difiere mucho de las actuales—, como el taladro de punta de cobre, el formón de cobre, la lezna de cobre con mango de madera, la piedra de afilar, la sierra de mano de una sola dirección, etc. Sin embargo, el útil más empleado era la azuela, que servía para devastar y pulir la pieza en la que trabajaban.

Vista frontal y vista posterior de la escultura de sicomoro que representa al aristócrata Kaaper, que se conoce también como «el alcalde del pueblo», apodo que le otorgaron los operarios que trabajaron en 1860 bajo las órdenes del arqueólogo Auguste Mariette en Saqqara, porque les recordaba al alcalde de su localidad. En realidad, Kaaper ocupó el cargo de jefe de los sacerdotes lectores y escriba del ejército del rey. Esta escultura mide 112 cm de altura y en ella se puede observar cómo algunas de las partes anatómicas están ensambladas. Una de las partes de la escultura que más llama la atención es la vivacidad de sus ojos que están realizados con una mezcla de cristal de roca, alabastro y obsidiana. Museo del Cairo.

Por otro lado, los escultores de la piedra utilizaban herramientas como cinceles, que eran golpeados con un mazo o almádena para devastarla, así como taladros, limas y abrasivos naturales como la piedra pómez o el esmeril. La dureza de la piedra obligaba a emplear herramientas de cobre y bronce. Si el bloque elegido era de basalto, granito, diorita o grauvaca se empleaba el cincel puntiagudo de bronce y se pulía con esmeril. Si la piedra era blanda como la caliza, arenisca o alabastro, se usaban cinceles de corte. Con respecto a la escultura de metal, los escultores empleaban planchas de metal sobre todo de cobre, pero también de oro, plata y bronce, que luego eran enchapadas en un alma o *xoana* de madera, siempre que la escultura fuera de gran tamaño. Otro de los métodos conocidos por estos escultores, al menos desde el II Milenio, era la técnica de fundición a la cera perdida con el alma interior de arcilla, pero raramente utilizada. No fue el caso del colado de bronce en moldes, que se usó solo para figuras de pequeñas dimensiones.

Detalle de la escena de la capilla funeraria del visir Rekhmire (TT100), en la que se representa a unos albañiles fabricando adobes. Sheij Abd el-Qurna, Tebas.

Otra de las profesiones imprescindibles, aunque denostada por la población, fue la de los albañiles que por su trabajo rudo y duro era ejercido por hombres libres, pero también por prisioneros de guerra. Su labor era fabricar adobe, cuyo método consistía en mezclar pisoteando limo con arena de río y paja cortada, todos ellos humedecidos, por lo que el operario tenía que estar próximo a una fuente de agua. Después de este proceso, se introducía la argamasa en un molde, eliminando el exceso de barro, para luego sacar con cuidado el bloque de la matriz para no deformarlo. Finalmente, se dejaba secar ocho días. Cuando la pieza de adobe estaba terminada se transportaba al lugar de construcción en unos gatillos idénticos suspendidos de una pérgola. Este oficio era muy demandado por la sociedad, ya que el adobe se utilizaba para construir tanto murallas y palacios como las casas más modestas. El barro era también utilizado por alfareros, que modelaban la arcilla en un torno sencillo de disco fabricado en madera que hacía girar alrededor de su eje. Después se introducía en hornos para su cocción. No es extraño que ambos oficios se designaran con el vocablo *idqu*, aunque el albañil se denominaba como *idqu inebu*, mientras que el alfarero se conocía con el nombre de *idqu nedjesit.*

FUNCIONARIOS

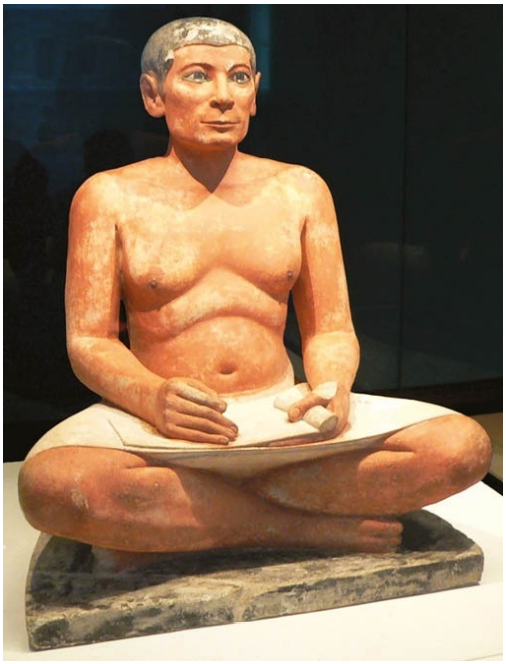
Un segundo grupo de oficios engloba el basto cuerpo de funcionarios que trabajaban para la administración, y que ya desde la I dinastía (~2950-2775 a. C.) no dejó de crecer.

Escribas

Destaca entre ellos el escriba, cuya profesión fue una de las más valoradas en el antiguo Egipto, ya que la escritura poseía para este pueblo un carácter mágico, por lo que aquellos que de ella hacían su profesión entraban directamente a formar parte de la élite. (Hay que destacar, que solo entre un 3 y 5 % de la población egipcia sabía leer y escribir). Por otra parte, los egiptólogos desconocen cuáles eran los requisitos para poder convertirse en escriba, pero es

muy posible que fueran elegidos entre las familias más acaudaladas, pues así se formaban individuos leales al faraón. Según el *Decreto de Nauri*, datado en tiempos del reinado de Seti I (~1290-1279 a. C.), los altos cargos que tenían grandes responsabilidades eran heredados por sus vástagos, por lo que es razonable pensar que la profesión de escriba también pasaba de padres a hijos.

Es posible que en el Reino Antiguo no existieran academias para formar a las nuevas generaciones, de lo que se puede deducir que fueran los propios escribas los que elegían a los niños que más destacaban para esta profesión. La primera mención a una escuela de estas características data del Primer Período Intermedio, más concretamente en la X dinastía (~2080-1975 a. C.), aunque el primer gran centro de estudios para escribas se fundó en la XII dinastía (~1938-1755 a. C.), ya en el Reino Medio. Según la información que se ha conservado, estas escuelas no eran internados, ya que el niño accedía al sistema educativo y en él estaba estipulada la vuelta a casa todos los días. En estas academias se imponía un régimen pedagógico estricto (en el que el maltrato a los estudiantes torpes era la norma), que fue narrado en dos documentos: el *Papiro Anastasi III* y el *Papiro Anastasi V*. Asimismo, la indolencia era fuertemente criticada y castigada, ya que por lo general estos malos estudiantes pasaban la vida en las tabernas, tal como se recoge en el *Papiro Harris* I.



El escriba sentado, datado en la V dinastía (~2450-2325 a. C.), esculpido en caliza policromada cuyas medidas son 53,70 cm de alto x 44 cm de ancho. Una de las partes más destacadas de la escultura son los ojos que están tallados en cristal de roca, cuarzo blanco y ébano. Museo del Louvre, E3013.

Por otra parte, se desconoce la edad en la que los niños comenzaban la instrucción para convertirse en escribas. Sin embargo, se ha conservado un documento con la biografía del sacerdote Bakenhnosu, en la que se arroja algo de luz sobre este asunto. Este papiro informa de que la educación de los muchachos finalizaba tras cuatro años y que después de este período los más brillantes seguían su formación, mientras que los mediocres buscaban un puesto de trabajo en alguna administración local. Se sabe que la esperanza de vida era de aproximadamente 39 años para los varones y 35 para las mujeres, por lo que el inicio de la enseñanza debía comenzar alrededor de los 10 años del infante y culminaba a los 14 años. Pero no se conoce al detalle el método de aprendizaje. Gracias al material arqueológico conservado, conocemos que los aspirantes a escribas practicaban en *óstraka* de piedra caliza pulimentadas, en los que se trazaban cuadrículas o líneas. También, eran utilizados tableros a los que se les había dado una capa de yeso, donde el estudiante podía repetir lo aprendido cuantas veces necesitara porque podía borrar su contenido. Asimismo, el papiro —propiedad del faraón—, era un material muy apreciado y costoso para que un niño hiciera sus primeras caligrafías. De estos primeros cuadernos se conserva la fecha en la que fueron utilizados: están compuestos de signos aislados realizados torpemente, jeroglíficos, dibujos y textos cada vez más extensos, no exentos de errores gramaticales, que denotan la evolución del aprendizaje de los jóvenes estudiantes.

El primer sistema de escritura que aprendían los aspirantes a escribas era el hierático. Sin embargo, muchos de ellos no accedían a formarse en la escritura jeroglífica, pues no era necesaria para formar parte del entramado burocrático del antiguo Egipto. Pero la escritura y la gramática, los textos clásicos, la historia divina y el dibujo no eran las únicas materias dentro de su formación, pues también debían instruirse en historia y geografía, así como en leyes y reglamentos. Cuando el alumno estaba suficientemente avezado en la escritura, se le permitía copiar un texto completo en un papiro. Además, el escolar debía de aprender modelos epistolares ya establecidos que contenían el modo adecuado para dirigirse a cualquier persona y que fueron compendiados en el llamado *Libro de Kemit*, datado en la IX dinastía (~2125-2080 a. C.) y conservado gracias a una tablilla y unos 100 *óstraka* fechados en el Reino Nuevo. Los textos siempre debían comenzar en el margen derecho del papiro y de forma vertical. Sin embargo, esta norma cambió durante la XII dinastía ya que se comenzó a escribir horizontalmente y de derecha a izquierda

componiendo columnas. Además de estas disciplinas, también se les enseñaban reglas aritméticas con el objetivo de que pudieran calcular medidas de alimentos, dado que en muchos casos los escribas eran los encargados de hacer el cálculo de las raciones de comida que se le debía abonar a un trabajador que estuviera contratado en alguna obra arquitectónica o de ingeniería. No obstante, los estudiantes más brillantes trabajaban en la capital, en alguna importante administración, como es el caso de los grandes templos, en donde se adscribían las Casas de la Vida o bibliotecas.

Por otro lado, las herramientas de las que se valía el escriba se componían de una especie de estuche de madera, denominado paleta, que consistía en una pieza rectangular en la que se habían horadado dos agujeros, donde se colocaban las pastillas de los pigmentos que se empleaban para la escritura. Los colores que usaban los escribas eran el negro —procedente del carbón— y el rojo —ocre, óxido de hierro—. Este último era el tono destinado a los encabezados, frases destacadas y despedidas. El instrumento también estaba provisto de un recipiente para agua, además de una cuerda con la que el escriba se colocaba el estuche de la forma más cómoda para escribir. Sin embargo, el utensilio fundamental eran las cañas con las que escribía, además de un cuchillo para poder afilar las cañas y cortar los papiros. Este soporte, originado en los albores de la civilización egipcia, fue una de sus creaciones más relevantes, pues es duradero, liviano y flexible ya que se podía enrollar, y no hubo nada comparable hasta la invención del pergamino en el siglo III a. C. y del papel, que se creó en China aproximadamente en el siglo II d. C. e introducido en Europa en el siglo XII d. C. por los musulmanes. Su principal material era el *Cyperus papyrus* que crecía abundantemente en la ribera del Nilo y cuyo vocablo *papiro* ha llegado hasta la actualidad gracias al griego que se traduce como ‘el faraónico’, ya que, como se ha dicho anteriormente, su confección era monopolio real. Su proceso de fabricación comenzaba con la recogida de los largos tallos de la planta que se cortaban en finas tiras colocadas en una primera fila a la que se superponía una segunda de forma perpendicular. Esta trama se prensaba, encolaba y se dejaba secar al sol como se puede observar en los bajorrelieves de la tumba de Kagemni, situada en Saqqara, visir en tiempos del faraón Teti (~2305-2279 a. C.). Por último, se utilizaba una piedra pómez para pulirla. El papiro fue,

junto a la paleta, el utensilio principal del escriba. La paleta o *sheh* se convirtió en el motivo iconográfico para identificar a estos funcionarios. El dios egipcio patrono de estos trabajadores era Thot, cuya representación teriantrópica se caracteriza por tener cuerpo humano y cabeza de ibis, aunque en algunas ocasiones era remplazada por la de un babuino.

LA MEDICINA EN EL ANTIGUO EGIPTO

Otra de las profesiones con renombre que se englobaban dentro del funcionariado, eran los médicos, denominados como *sinu* o *sunu*, que podían estar asociados a un templo o podían ejercer de forma autónoma. Al igual que los otros oficios, la medicina era una ocupación de carácter hereditario y estaba fuertemente jerarquizada: los más prestigiosos trabajaban en la corte del faraón, seguidos por los que desempeñaban su oficio en las necrópolis, las canteras y los que formaban parte del cuerpo militar. Asimismo, los altos cargos médicos se ocupaban de la organización y administración de otros galenos de rango inferior. Se desconoce dónde aprendían su profesión, pero uno de los posibles lugares para su instrucción pudieron ser las Casas de la Vida adscritas a un templo. No obstante, es muy posible que entre los Reinos Medio y el Nuevo se establecieran algunas escuelas médicas, que debieron de contar con algún manual de formación que actualmente desconocemos. Uno de estos podría ser el *Papiro de Edwin Smith*, en el que se describen 48 casos de traumatismo y su cura. También, se detallan tres posibilidades en el diagnóstico según su dificultad curativa: «una enfermedad que yo trataré», «una enfermedad contra la que yo lucharé» y, por último, «una enfermedad con la que nada se puede hacer».

No hay que olvidar que la medicina en el antiguo Egipto estaba intrínsecamente vinculada con la religión y la magia, pues los tres principios se creían esenciales para poder curar las enfermedades. De hecho, había dioses asociados a algunos órganos del cuerpo humano que además eran los encargados de velar por ellos. De igual modo, se utilizaban talismanes y amuletos que presumían sanar las dolencias. Junto al médico era habitual que estuvieran los sacerdotes de Sekhmet, diosa de la curación cuando su ira estaba aplacada, o los sacerdotes del dios Heka (divinidad de la magia) y la diosa Slekis relacionada con las mordeduras de serpiente y picaduras de arácnidos como el escorpión. Tras estos religiosos se encontraban los magos que tenían un papel preponderante en la medicina.

Por otro lado, el conocimiento de la anatomía y fisiología humana por el cuerpo facultativo del antiguo Egipto era escaso, pues no estaba permitida la disección de cadáveres. Con la llegada de los Lágidas se autorizó a Herófilo de Calcedonia a realizar esta práctica, según informa el enciclopedista romano Aulo Cornelio Celso en su obra *De medicina*. Sin embargo, los antiguos médicos egipcios sí conocían la existencia de los órganos vitales como el cerebro, los pulmones, el estómago, el hígado y el corazón. Este último era el más importante para los egipcios, pues todo el cuerpo humano dependía de este músculo, nombrado con dos palabras: *ib* y *haty*. El primer vocablo alude al corazón como el ente donde se originaban los sentimientos, mientras que el segundo hace referencia al aspecto físico del órgano central de la circulación sanguínea. Asimismo, los médicos egipcios conocían y designaron los nombres de algunos huesos del cuerpo humano como el cráneo, las vértebras, las costillas, la mandíbula y la clavícula.

No obstante, estos profesionales eran hábiles combatiendo las enfermedades, pues sus experiencias se basaban en la observación de heridos de guerra, accidentes laborales y en las propias afecciones diarias. Además, tenían conocimientos de la farmacopea, ya fuera vegetal, animal o mineral, que administraban con bastante precisión como lo atestigua el *Papiro de Berlín*. En cuanto a la cirugía, no debía de ser una práctica muy utilizada: solo se conoce la operación quirúrgica de la circuncisión gracias a las imágenes de la mastaba de Ankhmahor datada en la VI dinastía (~2325-2175 a. C.) o las amputaciones de las que se tiene constancia gracias a los cadáveres de los trabajadores de uno de los cementerios de la Ciudad Perdida de las Pirámides, en Guiza. Asimismo, cuando un miembro del cuerpo era seccionado existían prótesis para remplazarlo. Una prueba es el hallazgo de una prótesis para remplazar el primer dedo del pie descubierto en Tebas, conservado en el Museo del Cairo. Está datada entre el 950 y el 710 a. C., es decir, entre el Tercer Período Intermedio (~1075-715 a. C.) y el comienzo de la Baja Época (~715-332 a. C.). Un segundo ejemplar se encuentra en el Museo Británico de Londres, cuya fecha se ha establecido en el 600 a. C.

Según el historiador griego Heródoto, los médicos del antiguo Egipto se dedicaban a una sola especialidad, aunque los títulos en las tumbas de los galenos eminentes lo desmienten, ya que estos podían ocuparse de dos o más materias sin relación entre sí, como lo demuestra la primera referencia que existe de un médico en el antiguo Egipto, llamado Hesira, que vivió en la III dinastía y ocupaba los cargos de jefe de los dentistas y jefe de los médicos de Nekjekhet.

Esta información se ha conservado en varios paneles de madera hallados en su mastaba situada en Saqqara. Otro ejemplo es el de un médico llamado Irenakhthy que desempeñó los puestos de médico de la Corte, inspector de los médicos de la Corte y oftalmólogo de la Corte. Además, se conoce la existencia de una médica llamada Pesheset, gracias a la inscripción de una tumba situada en Guiza de un familiar, que recoge el título que ocupaba como supervisora de los médicos, que según algunos investigadores vivió en la IV dinastía y otros defienden que fue entre las dinastías V y VI.

Prótesis de madera para el primer dedo del pie encontrada en la tumba TT95 de la necrópolis de Sheij Abd el-Qurna, destinada a la hija de un sacerdote y actualmente conservada en el Museo del Cairo.

De entre todas las especialidades médicas los oculistas o *sunu irty* estaban muy considerados socialmente, ya que los habitantes del reino padecían múltiples enfermedades oculares originadas, entre otros motivos por el clima seco y cálido del reino. Una de las enfermedades oculares más comunes era el temido tracoma, provocado por la bacteria *clamydia trachomiatis*, que producía conjuntivitis y lesiones en la córnea que derivaba en ceguera. También, era agravada por la falta de vitamina A en la alimentación y contra la que los médicos poco podían hacer. Sin embargo, existían pomadas, a cuyas composiciones se les añadía ingredientes como la malaquita y la galena (mineral compuesto de azufre y plomo) para aliviar e intentar paliar las infecciones de los ojos, así como otros componentes menos usuales como la leche materna, tal y

como ha quedado reflejado en el *Papiro de Ebers*, compendio médico que recoge setecientas enfermedades y su tratamiento, datado en el Reino Medio. Entre las dolencias que más sufrían los egipcios estaban los problemas estomacales y dermatológicos, pero también otras enfermedades como hernias, tumores o infecciones.

2

Wag o la festividad de los muertos

La festividad de Wag, constatada ya en el Reino Antiguo (~2650-2125 a. C.), se celebraba dieciocho días después del Año Nuevo, es decir, el 17 (víspera de dicha festividad), 18 y 19 del mes de Thot, el primero de la estación *ajet*. La figura de esta fiesta gira en torno al dios Osiris que, como divinidad de los muertos y juez, controlaba el destino de los difuntos, por lo que en ella se conmemoraba su resurrección. Es posible que esta idea de renacimiento estuviera vinculada también a la inundación de las tierras de cultivo del Nilo, aunque su significado concreto es actualmente controvertido entre los egiptólogos.

En la víspera de la celebración, los egipcios antiguos organizaban una procesión con antorchas, para luego ofrecer a sus difuntos, a modo de banquete funerario, alimentos y bebidas como el vino, razón por la cual Osiris fue nombrado Señor del vino o Poseedor del vino. Este apelativo aparece escrito en la declaración 442 de la pared oeste de la cámara mortuoria de la pirámide del

faraón Teti (~2305-2279 a. C.). La uva con la que se hacía el vino estaba intrínsecamente relacionada con el concepto de resurrección y por tanto con Osiris. Puede vincularse esta asociación con los racimos de uvas que pueblan el techo del hipogeo tebano TT96, conocido como Tumba de las viñas, hallado en la necrópolis de Sheij Abd el-Qurna, propiedad del noble Sennefer.

Detalle de una vid cuajada de uvas, del hipogeo tebano TT96, conocido como Tumba de las Viñas del noble Sennefer que se encuentra en la necrópolis de Sheij Abd el-Qurna, Tebas.

El Wag conectaba con el Festival de Thot, pues ambas festividades se enlazaban, la última noche de la primera con la mañana del segundo día, de manera que vinculaban la resurrección de Osiris con el nacimiento del dios de la sabiduría. Para conmemorarlos, se ofrecían coronas elaboradas de hojas de vid, acacias, olivo, perseas y papiro, además de flores de loto.

Esta festividad sirve de enlace para desarrollar en este capítulo uno de los aspectos más importantes para el egipcio antiguo: el tránsito de la existencia terrenal —ya expirada—, a la vida de ultratumba o vida eterna. Cuando una persona moría era inhumada: lo peor que podía hacerse para el futuro de ultratumba era quemar su cuerpo o arrojarlo al río, pues nunca alcanzaría el más allá. Asimismo, el difunto iniciaba un periplo, no exento de peligros, por la *Duat* (el inframundo), cuyo objetivo final era llegar a los campos de *Iaru*, dominios del dios Osiris. Para lograrlo, se iniciaba un proceso funerario que se dilataba en el tiempo según el poder adquisitivo del difunto, y para el cual se establecían una serie de rituales rígidamente fijados.

MOMIFICACIÓN

En época predinástica, III milenio a. C., habitualmente los cadáveres se enterraban en pozos superficiales excavados en la arena del desierto, donde se momificaban de forma natural gracias al calor y a la sequedad del clima. Este proceder era habitual entre los habitantes sin recursos económicos, también, en ocasiones, los cuerpos eran envueltos en pieles de animales. Sin embargo, ahora se sabe que los primeros intentos de momificación se realizaron en época predinástica, tal como se ha corroborado con el hallazgo de varios cadáveres en la necrópolis de Hierakónpolis. En estos cuerpos se ha conservado lino empapado en resina, cuyo cometido era rellenar el cadáver del difunto seguido de un largo proceso que culminaba con el cubrimiento del mismo con esteras. Este tratamiento tiene más que ver con una función ritual que con una preocupación por su natural proceso de putrefacción.

Cuando las prácticas funerarias se fueron complicando, el cuerpo del difunto tenía más posibilidades de descomponerse al no estar en contacto con la arena. Para evitarlo, el cuerpo del fallecido era preparado adecuadamente para el más allá, por lo que era esencial la momificación. No obstante, tal proceso de conservación no estaba al alcance de todos los egipcios: solo se lo podían costear las clases sociales más favorecidas, por lo que no todos tenían la certeza de poder vivir en el más allá, con lo que el temor que todo egipcio tenía a la muerte se hacía más patente. Con la llegada de los Ptolomeos se abarató el embalsamamiento, por lo que consecuentemente se democratizó en todo Egipto.

El método de momificación se conoce, sobre todo, gracias a los relatos del historiador griego Heródoto (siglo V a. C.), pero también merced a la existencia de documentos que se remontan al menos a la XVIII dinastía (~1532-1292 a. C.) y que han llegado a nosotros en ejemplares que datan de la época romana: el *Papiro Boulaq III* y el *Papiro Louvre 5158*. Es importante recalcar que esta parte del ritual funerario era capital, pues conservaba artificialmente el cuerpo del difunto para su supervivencia en la vida eterna. Es decir, permitía que los cinco componentes del ser humano —*dyet* o cuerpo del difunto, que era el contenedor para albergar los demás elementos no tangibles, *ka* o fuerza vital, *ba* o personalidad, que es lo más parecido al concepto de alma occidental, *ren* o nombre que recibe un individuo al nacer, y *shut*, la sombra que proyecta cada persona, fundamental para la vida— se reunieran cuando el difunto hubiera pasado todas las pruebas que le esperaban en el inframundo, imprescindibles para el renacimiento eterno.

El tratamiento del cadáver para convertirlo en momia, tal y como lo narran las escasas fuentes documentales que se conservan, pasó por un proceso de perfeccionamiento a lo largo de los siglos. En el Reino Antiguo comenzaron los primeros ensayos de desentrañamiento (extracción de las vísceras), aunque parece haber sido una práctica reservada solo al faraón y su familia. Posteriormente, el difunto era envuelto en tejidos, teniendo cuidado para que se distinguiera su anatomía entre las capas de tela y, por último, en algunos casos se le añadía una capa de yeso o resina que lo recubría por completo. En el Reino Medio (~1975-1640), la práctica de eviscerar se popularizó y ya en el Reino Nuevo (~1539-1075 a. C.) se implantó la técnica de momificación estándar que duraba setenta días. Sin embargo, en el Tercer Período Intermedio (~1075-715 a. C.), más concretamente durante la XXII dinastía (~945-715 a. C.) se modificó el método de momificación, según el cual el cuerpo se envolvía en un armazón rígido de yeso, goma arábiga y lino. Además, era recubierto, a su vez, por una envoltura de limo y paja creando una armadura exterior que se decoraba con escenas mitológicas. Este trabajo lo realizaban los embalsamadores o *ut* —de los que existe escasa documentación— entre los que destaca el *Papiro Hawara* que alude a una familia de embalsamadores que vivieron en época romana. Se tiene constancia de que en época faraónica fueron paulatinamente degradados socialmente, ya que pasaron de poder aparecer junto al faraón en el Reino Antiguo a, en épocas posteriores, estar mal considerados por el contacto con las vísceras de los cadáveres.

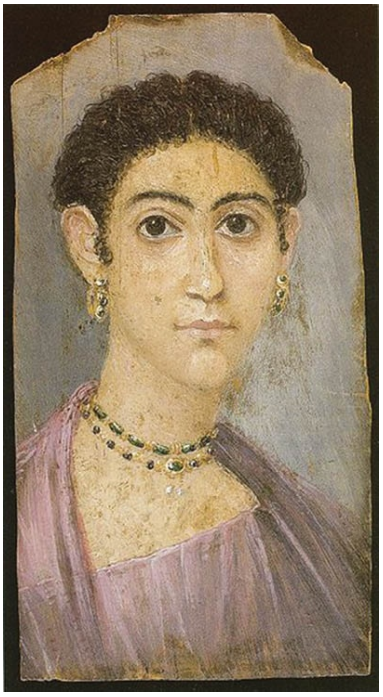
La técnica de momificación estándar duraba, como se ha dicho, setenta días. Todo el proceso estaba dirigido por el embalsamador jefe o *hery seshet*, que portaba una máscara del dios Anubis (divinidad con cabeza de chacal), dios de la muerte y patrón de los embalsamadores. La momificación era un ritual que iba acompañado por el recitado de hechizos y conjuros por parte del *hery hebet* o sacerdote encargado de leer los diferentes pasos que acompañaban todo el proceso para que nada saliera mal. En primer lugar, se trasladaba el cuerpo al *ibu en hab* o ‘tienda de purificación’, mientras que los cadáveres de individuos que no pertenecían a la realeza se llevaban a una estancia llamada *seh netjer* o ‘cabina divina’. En estos dos lugares, indistintamente, el cadáver era desnudado y lavado. Después, era desplazado al recinto donde los embalsamadores realizaban la momificación, conocido como *wabt wat* (‘lugar puro’), comenzando por extraer el cerebro con un gancho curvo por la nariz, para posteriormente extraer los intestinos, el estómago, el hígado y los pulmones, que eran vendados y alojados en vasos canopos creados ex profeso para ellos. El

corazón se dejaba en el centro de la cavidad torácica, porque era considerado sede de las emociones. Más tarde, se limpiaba el interior del cuerpo con agua y vino de palma para desinfectarlo y se desecaba con natrón (mineral de carbonato sódico cuyo nombre significa ‘divino’ o ‘puro’, obtenido en Uadi el Natrun, al noroeste del Cairo).

Posteriormente, se introducían en el cadáver diferentes envoltorios de lino que deshidrataban el cuerpo y que estaban impregnados de resina, que desinfectaba y de mirra para darle buen olor. El siguiente paso era sumergir el cuerpo en natrón durante un período de cuarenta días para su total desecación. Pasado este tiempo, era vaciado y limpiado. Más tarde, se procedía a rellenar la cavidad craneal con resina y la del cuerpo con saquitos de natrón, arena y cebolla, que conferían al cuerpo un aspecto natural. Después, se cerraban los orificios de la cabeza y se colocaban en las cavidades oculares telas en las que se había dibujado unos ojos. Por último, se ungía el cuerpo con aceites aromáticos, cuya función era otorgarle un olor agradable y se derramaba sobre el cuerpo resina líquida para impermeabilizarlo.

Escena de la tumba del artesano Senedyem de la necrópolis de Deir el-Medina, en la que se representa al embalsamador jefe portando la máscara del dios Anubis, preparando el cuerpo del difunto para la vida de ultratumba, datada en la XIX dinastía (~1292-1190 a. C.).

Acabado el proceso, el cadáver era envuelto meticulosamente con largas tiras de vendas de lino que se pegaban con resina para que ningún agente externo pudiera deteriorarlo, y en las que se inscribía la fórmula 145 del *Libro de los muertos* que prevenía la descomposición corporal. Este trabajo era tarea del *khetemu netjer* o 'jefe de los secretos'. Entre los pliegues de esta mortaja se colocaban joyas y amuletos para asegurar la protección del difunto en el más allá. Cada uno de estos objetos protectores estaban colocados en un lugar concreto de la anatomía del difunto, como el escarabeo (talismán en forma de escarabajo vinculado al dios Khepri y en cuya base se solía escribir el capítulo XXX del *Libro de los muertos*), símbolo de regeneración que era situado en el tórax y tenía un tamaño mayor que los demás amuletos. Encima de estos vendajes se colocaba una banda ancha longitudinal y dos o más tiras transversales, para luego colocar la máscara funeraria, que protegía la cabeza del difunto, y cuya función era la representación idealizada de sus facciones, para que permanecieran así eternamente.



Retrato de El Fayum de una mujer ricamente enjoyada, fechado entre el 100 y el 120 d. C. (época romana), con unas medidas de 38,2 cm x 20,5 cm, está realizado en madera de tilo pintada a la encáustica. Museo Británico, EA74706.

Los retratos funerarios también sufrieron modificaciones formales y artísticas a lo largo de la historia de Egipto. Los primeros retratos eran representados en las vendas o el yeso de las momias, pero evolucionaron hasta adoptar la forma de máscaras que podían recubrir la cabeza o incluso el torso, las denominadas máscaras yelmo. En el Reino Nuevo, estas fueron concebidas por los artesanos con unos parámetros más estéticos y cuidados, tal y como se observa en la famosísima máscara de oro e incrustaciones de piedras de Tutankhamón (~? -1324 a. C.). Con la invasión romana de Egipto a partir del año 30 a. C., se mantuvo la práctica de representación de los difuntos momificados, como se puede constatar en los retratos realizados sobre tablas de maderas estucadas y pintadas a la encáustica —pigmentos diluidos en cera— de los *Retratos de El Fayum* (datados aproximadamente a finales del siglo I a. C. hasta mediados del siglo III d. C.), que se colocaban tras las vendas en lugar del rostro del muerto.

También había tradición de momificar animales de una gran variedad de especies: mamíferos como toros, perros y gatos; reptiles como el cocodrilo; aves como el ibis; peces como el siluro e insectos como el escarabajo pelotero. Como cada especie tenía diferente naturaleza se embalsamaban de diversas formas, pues que se tenía en cuenta su tamaño y cómo estaba recubierto su cuerpo ya fueran plumas, pelo o escamas. Se sabe que en el caso de los toros y cocodrilos no se evisceraban. Al igual que la momificación de humanos la de animales también sufrió cambios y se fue perfeccionando a lo largo de la historia. También se estandarizó la duración de la misma en períodos entre quince y cincuenta días: se procedía a la evisceración, si era oportuno, luego se lavaba y secaba el cadáver del animal y se desecaba sumergiéndolo en natrón. Después de la desecación, el cuerpo se limpiaba y se impregnaba de resina y aceites, para luego vendarlo e introducirlo en un ataúd o se enterraba. Por qué los egipcios momificaban animales no tiene una única respuesta. En primer lugar existían momificaciones de mascotas, cuyos dueños las querían con ellos en el más allá. De hecho, algunos de ellos se enterraron con sus animales de compañía. Es el caso de un perro de caza y un babuino que pertenecieron seguramente al faraón Horemheb (~1319-1292 a. C.) o el de la reina Isitemkheb que tenía una gacela y que construyó para ella un ataúd que fue colocado en la tumba de su dueña.

En segundo lugar, estaban las momias alimenticias que como su propio nombre indica servían para alimentar al difunto en el inframundo. Estas podían ser piezas de carne o aves que se preparaban —en el caso de las segundas se desplumaban—, se untaban con resina y aceite para luego vendarlas y colocarlas en ataúdes que se adecuaban a sus formas. Un ejemplo de este tipo se halló en la

despensa funeraria de la tumba de Tutankhamón que albergaba más de cuarenta y que fueron muy habituales en los enterramientos de la élite egipcia durante el Reino Nuevo. El tercer tipo eran las momias de animales sagrados que se vinculaban a un dios concreto y se utilizaban como ofrendas votivas. Estos animales se seleccionaban según las rarezas físicas que presentaban al nacer como, por ejemplo, una marca en la piel. A lo largo de su vida eran cuidados y adorados como si fueran un dios y cuando fallecían se les momificaba, se les organizaba un gran funeral y se les enterraba en catacumbas. Son pocos los casos que han llegado hasta la actualidad pues sus tumbas a menudo eran saqueadas. Los egipcios pensaban que cuando estos animales morían su esencia divina mudaba al cuerpo de un nuevo animal. Uno de los ejemplos más relevantes y antiguos, que se remonta por lo menos al 3000 a. C. es el caso del toro Apis, cuyas momias se han hallado enterradas en Saqqara.

Un cuarto tipo eran las ofrendas a los dioses en forma de animales momificados, asociados a una deidad particular, de los que se han encontrado un buen número de ellos. Esta práctica fue tardía en la historia de esta civilización. Se comienza a contabilizar hacia el 600 a. C. y perduró hasta el 350 d. C. cuando el cristianismo se impuso. Estos animales eran criados en granjas asociadas a los templos y luego eran sacrificados, desecados y vendados. Los mismos clérigos eran los encargados de exportar animales exóticos para fabricar este tipo de momias-ofrendas. Posteriormente, eran vendidas por los sacerdotes de los templos a peregrinos que dedicaban a los dioses. Estas ofrendas votivas eran un gran aliciente económico para los recintos sagrados, que las custodiaban una vez ofrendadas hasta la celebración de una fiesta importante cuando eran enterradas en tumbas vinculadas al templo. El estudio de este tipo de momias ha revelado que muchas de ellas no son animales completos, sino una amalgama de huesos de varios animales de diferentes especies, unos pocos huesos de un solo animal o incluso un montón de plumas, razón por la cual *a priori* se podría pensar en un fraude. Hay que tener en cuenta que con oraciones y afirmaciones esta mezcla se convertía, y así lo creían los egipcios, en un todo. Uno de los ejemplos más numerosos fueron los gatos momificados ofrendados a la diosa gata Baset, protectora del hogar, diosa de la felicidad y la alegría, por lo que simboliza las ganas de vivir. Su culto es antiguo ya que comienza en II dinastía (~2775-2650 a. C.) y toma relevancia en la XXVII dinastía (~525-404 a. C.). Esta

divinidad se veneraba sobre todo en Bubastis, la capital del XVIII *nomo* del Bajo Egipto y situada en la zona oriental del delta del Nilo. Se sabe que a finales del siglo XIX este tipo de momias se vendían a los viajeros. Su número era tan elevado que llegaron a enviar a Liverpool 180 000 para ser reutilizadas como fertilizantes.

FUNERAL

Después del embalsamamiento, se procedía al funeral propiamente dicho. Tras el duelo en la casa del difunto, este era acompañado hasta la tumba por un cortejo formado por su esposa, hijos y familiares, entre los que destacaba el sacerdote *sem* ataviado con una piel de leopardo —cuyas funciones, normalmente, eran llevadas a cabo por el hijo primogénito del difunto—, que era el encargado de organizar el funeral del padre; ambos simbolizaban a Horus y Osiris. Además de los parientes, también formaban parte de la comitiva funeraria los amigos del difunto, los embalsamadores y un grupo de plañideras —mujeres a las que se les pagaba para llorar en el funeral— y que aparecen representadas ya en época predinástica en una pintura parietal sobre yeso en una tumba de Hierakónpolis. Los más allegados al muerto eran los encargados de llevar el ajuar funerario a la tumba —testimonio de la cotidianidad—, imprescindible para su vida en el más allá. Es decir, que tenían una doble función: utilitaria y simbólica. El traslado de los enseres funerarios a la tumba a la vista de todos, podía atraer miradas indiscretas, y si estaban fabricados con materiales nobles estarían expuestos a profanadores de tumbas.

Antes de llegar a la sepultura, todos hacían un viaje por el Nilo en embarcaciones que transportaban al grupo, el difunto y su ajuar funerario. Ya en la tumba, se procedía por el sacerdote *sem* (encargado de los ritos fúnebres) a la ceremonia de Apertura de la boca o *Uep-rá*. Este ritual consistía en renovar mágicamente la facultad de ver, oír y de abrir la boca para que el difunto pudiera ingerir alimentos y bebidas, además de respirar y hablar en el mundo de los muertos, gestos que eran la manifestación de la vida. Esta práctica, en la que se tocaban los tres sentidos de la momia o de una estatua que representaba al

difunto ante la puerta de su tumba, se realizaba con una serie de instrumentos rituales, entre los que destacaban las cuchillas *netjeruy*. Después de esto, se procedía al ritual llamado Venid al escuchar la voz, en el que se avisaba al muerto para que se uniera a la ceremonia de las ofrendas y alimentase a su *ka*, por lo que se sacrificaba un buey.

Vasos canopos de alabastro fechados en la XIX dinastía (~1292-1190 a. C.) procedentes del Museo Egipcio de Berlín.

Tras esta celebración, el cadáver se colocaba en diferentes tipos de ataúdes y por último en un sarcófago normalmente de piedra, a la manera de las *matrioskhas* rusas para proteger aún más al difunto del exterior. Estos contenedores funerarios fueron concebidos de dos formas básicas: rectangulares y de forma antropomorfa, esta última ya en el Reino Nuevo, en la que solo la cara y las manos emergían del entramado pintado que imitaba los vendajes de la momia. Luego se colocaba todo el ajuar y el mobiliario y después la entrada de la tumba se tapiaba por un albañil auspiciado por un sacerdote.

Desde época predinástica era habitual enterrar al muerto con un ajuar, que con el paso del tiempo fue ampliado con múltiples objetos de variada utilidad que le servirían para la vida de ultratumba. En la clase más pudiente, se traducía en la posesión de espléndidas y refinadas piezas funerarias de alto valor económico por estar fabricadas con materiales ricos. En este conjunto de objetos había muebles de toda clase, ungüentarios y tejidos, pero también alimentos y guirnaldas de flores, que en algunos casos aparecen representados en las tumbas, además de la estatua *ka* del difunto, que era guardada en el *serdab* de la tumba

—habitáculo al que habitualmente no se tiene acceso y se comunica con la cámara funeraria por una o varias aperturas, por las que los familiares entregaban al difunto sus ofrendas. Otro grupo de objetos que componían el ajuar eran los cuatro vasos canopos o canopes (vasijas), que se colocaban en un cofre al lado del sarcófago del difunto y además estaban bajo la protección de los cuatro hijos de Horus: Amset (dios con cabeza humana, contenía el hígado), Hapy (dios con cabeza de babuino, guardaba los pulmones), Qebehsenuef (representa un halcón y protegía los intestinos) y, por último, Duamutef (la divinidad con testa de chacal que custodiaba el estómago).

Unido a lo anterior, entre todas las piezas funerarias propiedad del difunto existían una serie de amuletos —ya se ha hablado del escarabeo, que tiene forma de un escarabajo pelotero—, que lo protegían. Uno de estos era el ojo de Horus o *udjat* (‘el que está completo’), uno de los talismanes más importantes y poderosos con los que podía contar el muerto. El *udjat* estaba vinculado con la leyenda mitológica de la lucha entre Horus y su tío Seth, asesino de su hermano y padre del primero, Osiris. En la contienda, Set robó a su sobrino el ojo izquierdo y fue remplazado por un *udjat*. En relación con su poder, cuantos más amuletos de este tipo poseyera la momia, más protegida estaría. Las partes anatómicas más habituales donde se colocaban estos objetos eran sobre el pecho o en la incisión abdominal que se practicaba durante el embalsamamiento. Estos también aparecían representados en los muros de los templos.

Los objetos del ajuar funerario que más llaman la atención son figurillas momificadas llamadas *ushebtis* (‘el que responde’) y que antes de la Baja Época (~715-332 a. C.) se denominaban *suabt(y)*, palabra que proviene de *suab* y comparte la misma raíz que el verbo responder, que significa ‘árbol de la persea’. El término está vinculado a esta planta, porque las primeras estatuillas *ushebtis*, que datan de la XII dinastía (~1938-1755 a. C.) en el Reino Medio, se hacían con su madera. Estas figurillas se fabricaban a imagen del difunto y eran las encargadas de sustituir al muerto en los diferentes trabajos encomendados a él cada mañana. Esta especie de sirviente apareció por primera vez en el Reino Medio, y se asociaba con el dios Osiris, ya que habitualmente portaba útiles de labranza y un saquito a la espalda que denotan su función. En el Reino Nuevo, comienza a aparecer inscrito en los cuerpos el capítulo VI del *Libro de los muertos*, en el que se describían los trabajos de los *ushebtis* en la Necrópolis. En una etapa inicial solo había un grupo reducido de *ushebtis* en las tumbas, pero después llegaron a colocarse 365, uno por cada día del año, con más de 36

capataces que organizaban los trabajos. Además de estos objetos, el muerto contaba entre sus pertenencias con un ejemplar del *Libro de los muertos*, colocado entre las vendas de la momia o en sus cercanías. En épocas posteriores, el papiro enrollado se introducía en la base de una estatuilla de madera del Ptah-Sokar-Osiris, la triple divinidad sincrética.

Ushebti de caliza policromada que posee unas medidas de 24,8 cm de alto, está fechado en la XVIII dinastía (~1539-1292 a. C.). Museo de Brooklyn, 50 128.

Tras dejar al difunto y el ajuar en su tumba, cerrándola, se procedía al banquete funerario en el que el muerto era un invitado más, del que participaban quienes le habían acompañado hasta su morada eterna. El ágape era más o menos copioso, dependiendo de la economía de la familia, y no se sabe concretamente si se hacía en el patio de la tumba. El sobrante se depositaba en la tumba del difunto como ofrenda, pues era esencial que este siguiera alimentando al *ka* o energía vital cósmica de cada individuo. Esta práctica se remonta a época predinástica ya que se han hallado inhumaciones que iban acompañadas de recipientes que contenían alimentos: pan, cereales o patas de animales. No obstante, uno de los descubrimientos que más información ha dado sobre este asunto ha sido la tumba, situada en Saqqara, de una mujer de unos sesenta años que vivió en la II dinastía, en la que se han conservado gran variedad de

alimentos que completarían un banquete: todo tipo de carnes, lácteos procesados, dulces, etc. Asimismo, fue recurrente la representación del banquete funerario como asunto iconográfico, cuyo significado está vinculado a la preocupación de la alimentación eterna del difunto en el inframundo. Este tipo de escenas comienza a aparecer en época de la II dinastía y casi no varía a lo largo de la historia. Las primeras representaciones muestran al difundo sedente delante de una mesa llena de comida, tal como se escenifica en la estela datada en la IV dinastía (~2575-2450 a. C.) y hallada en Guiza, que tiene como protagonista a la princesa Nefertiabet, posiblemente hija del faraón Keops (~2509-2483 a. C.). Esta imagen se contrapone al despliegue iconográfico del Reino Nuevo en el que el muerto aparece acompañado de un grupo de comensales, de sirvientes que portan ofrendas y de músicos y bailarines que amenizan la velada. Sin embargo, en el reinado de Akhenatón (~1353-1336 a. C.) se retorna a las antiguas y austeras escenas de banquete, que se mantendrán hasta el declive faraónico de los Ptolomeos.

VIAJE AL MÁS ALLÁ

Para llegar al descanso eterno, el difunto contaba con el *Libro de los muertos* o *Libro para salir a la luz del día*, cuya traducción sería publicada por primera vez en 1842 por Karl Richard Lepsius. No era realmente un libro, sino una colección de fórmulas ordenadas en capítulos, algunos ilustrados, reflejo del contenido escrito. Por otro lado, los soportes del *Libro* fueron de diferente índole: papiros, paredes de tumbas, tejidos, además de amuletos y figuritas. A modo de recordatorio, el contenido guardado por los escribas de la Casa de la Vida situada en los grandes templos, hacía referencia a los obstáculos y peligros que debía superar el difunto hasta alcanzar la vida eterna. El pago de uno de estos ejemplares podía ascender a un *deben* de plata, es decir, a la mitad de la paga anual de un campesino y de él se han conservado rollos de papiro de cuarenta metros de longitud. El ejemplar más completo del *Libro de los muertos* se conoce como *Papiro de Ani* y contiene unas doscientas fórmulas, pero su número variaba según la capacidad económica de la persona que lo encargaba.

El *Libro de los muertos* recoge la mayor parte de las fórmulas que aparecen en los *Textos de las pirámides*, hallados por primera vez grabados en la cámara mortuoria del faraón Unas, en el ocaso de la V dinastía (~2450-2325 a. C.) en el Reino Antiguo. También, se añadieron los *Textos de los ataúdes* (se inscribían en estos contenedores funerarios) mal llamados *Libro de los sarcófagos*, que fueron escritos en el Reino Medio, y que junto con los anteriores se configuró un documento como una mezcolanza sin orden de tradiciones locales, fórmulas del ritual particulares del faraón, etc. El ejemplar más antiguo que se conoce en la actualidad apareció en el sarcófago de la reina Mentuhotep (XVII dinastía, ~1630-1540 a. C., Segundo Período Intermedio, ~1630-1520 antes de Cristo).

Durante el Reino Nuevo, los sacerdotes recopilaron los textos para hacerlos menos confusos y prácticos, por lo que el *Libro de los muertos* se convirtió en el texto funerario de referencia a partir de la XVIII dinastía en el Reino Nuevo. Con la XXVI dinastía (~664-525 a. C.) en la Baja Época, se creó su versión definitiva, denominada *Recensión saíta*, cuyos capítulos poseían la misma estructura: título en el que se aclara lo que se puede lograr si se recita la fórmula contenida, el pasaje del apartado que estaba escrito en vertical y, por último, la rúbrica caligrafiada en tinta roja, cuyo objetivo era señalar los pasos para utilizar la fórmula. De entre todos los asuntos de índole funeraria de este *manual*, que no siempre contenía los mismos pasajes, existían algunos escritos que eran recurrentes: plegarias recitadas desde el cortejo fúnebre hasta llegar a la tumba, la ceremonia de la Apertura de la boca, sortilegios y encantamientos para superar las pruebas que imponían los genios funerarios con aspecto amenazador que guardaban puertas, cavernas y montañas por las que el difunto debía de pasar para alcanzar la vida en el más allá, la vida de ultratumba en todas sus ricas variantes, pues allí también se tenía que trabajar y en los que los *ushebtis* se revelaban muy útiles y, por último, la glorificación del alma que viajaba en la barca solar por el cielo visitando los sagrados lugares de Egipto.

Escena del Juicio de Osiris en la que se puede observar como el dios Anubis conduce al difunto ante el dios Osiris. En la misma imagen aparece la balanza donde se pesaba el corazón del muerto y si el resultado era negativo sería devorado por el monstruo Ammit, que aparece debajo de la barra que sujeta ambos platillos. La imagen procede del *Papiro Hunefer*, una de las versiones más conocidas del *Libro de los muertos* que se conserva en el Museo Británico, EA9901.

También en el Reino Nuevo, se compusieron nuevos textos funerarios como el *Libro del Am Duat*, que describe el inframundo, el *Libro de las puertas*, que detalla los accesos que hacen referencia a las doce horas de la noche o el *Libro de las cavernas*, en el que se narra el mundo subterráneo como una serie de hoyos por los que pasa el dios Re (dios sol y del cielo, además de ser el origen de la vida, en el que la muerte y la resurrección forman parte del ciclo vital) y además hace referencia al destino solar del faraón.

Tras superar estas pruebas, el difunto pasaba a la Sala de la doble verdad, en la que se realizaba el Juicio de Osiris, que está descrito en el sortilegio 125 del *Libro*. Este acontecimiento era el momento culminante para el muerto: se pesaba su corazón —ritual conocido como *psicostasia*—, que en el antiguo Egipto era considerado la sede del intelecto, la conciencia y los sentimientos del ser humano. El difunto era guiado por el dios Anubis a la estancia donde esperaba Osiris junto con un jurado de cuarenta y dos dioses, que escuchaban la Confesión negativa, en la que el difunto juraba que no había cometido ningún delito. En ese momento, Anubis colocaba el corazón del fallecido —símbolo de las acciones de cada persona—, en uno de los platillos de la balanza y en el otro aparecía la pluma de la diosa Maat, que solía representarse como una pluma de avestruz, símbolo de la justicia y signo jeroglífico del nombre de esta divinidad.

Thot, como dios de la escritura y protector de los escribas, anotaba el veredicto de la balanza. De ser adverso, la diosa Ammit (monstruo con cabeza de cocodrilo, parte delantera de león y trasera de hipopótamo) que permanecía bajo la balanza, devoraba el corazón del impío. No obstante, si el muerto había superado la prueba gozaba de la vida eterna en los dominios del dios Osiris y se convertía en *maa-kheru* o 'justo de voz'. En el caso de los faraones, además de alcanzar la vida de ultratumba, puesto que se les consideraba dioses ya en vida, se reunían con las demás deidades y se convertían en una estrella circumpolar.

TIPOS DE ENTERRAMIENTOS EN EL ANTIGUO EGIPTO

Las estructuras de las tumbas en el antiguo Egipto estaban construidas para que cumplieran una serie de funciones religiosas y funerarias vinculadas con la creencia de la vida de ultratumba. El primer elemento esencial era el de guardar y proteger el cuerpo del difunto, así como preservar su memoria describiendo su vida y su aportación a la *maat*, información dirigida a los visitantes de la tumba. El tercer requisito estaba vinculado con la supervivencia del difunto en el inframundo, por lo que debían nutrirlo con alimentos y dádivas para reverenciarlo. Asimismo, en la tumba se necesitaba una zona de tránsito para que el *ba* y *ka* pudieran iniciar y completar el viaje que realizaban todos los días hasta volver al difunto. Por último, estaba el componente que servía para unir todas las exigencias anteriores, pero también servía de nexo entre el mundo de los vivos y el de los muertos.

Las estructuras funerarias que se desarrollaron para enterrar la clase dirigente son tres: mastabas, hipogeos y pirámides, que se diferencian según a quién estaban destinadas ya fueran la nobleza o el faraón. De época predinástica ya se ha hablado al principio del capítulo de las sencillas inhumaciones de agujeros ovalados en la arena del desierto, en las que se enterraba a los individuos importantes de la sociedad y que difieren de las inhumaciones de los gobernantes en varios elementos. Las diferencias entre ambas se advierten porque las segundas son más grandes, además de estar ubicadas en lugares destacados de los cementerios de Hierakónpolis, Nagada y Abydos.

En el período de las dos primeras dinastías (~2950-2650 a. C.) se eligió como ubicación funeraria destinada a los nobles la necrópolis de Saqqara. También se crea la mastaba como nueva estructura de enterramiento nobiliario, cuyo significado en árabe es ‘banco’, elemento que tienen actualmente todas las casas tradicionales egipcias. La mastaba de la I dinastía (~2950-2775 a. C.) se caracterizaba por tener un interior excavado de forma rectangular, cuyo espacio estaba dividido en varias estancias, la cámara sepulcral y dos almacenes que la flanqueaban. Su exterior se configuraba por la alternancia de entrantes y salientes imitando el frente de los palacios del monarca, por lo que se denominan «fachadas palacio», además estaban decoradas con pinturas imitando las esterillas de caña. La mastaba, durante de la II dinastía, se complicó en su interior ya que se multiplicó el número de salas a las que se accedía por una escalera y que más adelante se combinó con pozos: ambos elementos serán sustituidos por un acceso vertical. En cuanto a la estructura de la fachada, se ideó lisa y pintada de blanco con dos nichos en los extremos norte y sur, cuyo objetivo era la presentación de ofrendas al difunto y a su esposa. Por otra parte, los reyes se enterraban en la necrópolis de Abydos con una tumba específica para ellos. Este nuevo enterramiento posee un interior rectangular excavado y reforzado por adobes, en cuyo centro se hallaba la cripta. Los dos espacios adyacentes a la misma servían de almacenes. El foso se cubría con troncos sobre los que se disponía un montículo de arena al mismo nivel que el terreno. Estaba rodeado por un recinto de ladrillos, de ahí que este tipo de enterramiento se conociera como palacios funerarios. Conocemos la existencia de estas tumbas reales porque encima de ellas se colocaba una estela de piedra en la que aparecía el nombre del difunto.

Durante el Reino Antiguo, además de la mastaba se van a crear dos nuevos tipos de tumbas llamados hipogeo y pirámide. La aristocracia continuó enterrándose en mastabas, que fueron modificándose e incorporando nuevos elementos, como la creación a finales de la III dinastía (~2649-2575 a. C.) del *serdab* —en árabe sótano o bodega—, una estancia sin accesos, con un único orificio para arrojar ofrendas al difunto y de importancia primordial pues contenía la estatua del mismo, que servía de sustituta para el *ba*, si por casualidad la momia se degradaba o era destruida. De igual modo, al término de la IV dinastía se concibió el hipogeo como nuevo tipo de enterramiento para la nobleza, sobre todo provincial. Estas tumbas se situaban en las cercanías de las del faraón de manera que también en el otro mundo se conservaba el orden social que contribuye al equilibrio de la *maat*. El hipogeo tenía algunas ventajas

sobre la mastaba: la montaña proporcionaba mayor protección asegurando mayor perdurabilidad, además de que se aprovechaban los huecos hechos por los canteros. También su ubicación responde a un símbolo de poder, ya que la entrada se veía desde lejos. Los hipogeos del Reino Antiguo se caracterizaban por tener una entrada excavada en la roca por la que se accedía a un vestíbulo transversal, que posteriormente se ampliaría para crear una sala columnada. Otra de las modificaciones espaciales que se observan en este tipo de enterramiento es que el *serdab* sería sustituido por un nicho, donde se colocaban las estatuas del difunto y su familia.

Pirámide escalonada del faraón Djoser (~2592-2566 a. C.) en la necrópolis de Saqqara, al sur del Cairo.

Las tumbas reales del Reino Antiguo se ubicaron en la necrópolis de Saqqara, situada al norte de la nueva capital, Menfis. El modelo que se impuso fue la pirámide, pues solo el faraón Shepseskaf, último monarca de la VI dinastía (~2325-2157 a. C.), se enterró en una mastaba. La primera pirámide que se construyó fue la del faraón Djoser (~2592-2566 a. C.), cuya estructura con forma escalonada en 6 niveles tiene una altura de 60 metros y fue ideada por uno de los arquitectos más importantes del antiguo Egipto, Imhotep. El planteamiento que se concibió para la tumba de este monarca fue modificado en varias fases constructivas hasta que se levantó la pirámide. La superestructura comenzó partiendo de una mastaba ya construida, posiblemente del faraón Sanajt (se desconoce su cronología) y hermano de Djoser. El monumento tenía planta cuadrada con unas medidas de 63 m de lado x 8 m de altura y fue revestida con piedra caliza procedente de la cantera de Tura situada cerca de

Menfis. Después de algunos cambios, el célebre arquitecto ideó una construcción gradual troncopiramidal de 4 escalones, que llegó a una altura de 42 metros. Por último, la estructura se elevó aún más, por la edificación de dos nuevos niveles escalonados y por la ampliación longitudinal de la base de la pirámide hacia el norte y el oeste que llegó a alcanzar los 109 m de alto x 121 m de base. El interior de la pirámide posee una rampa que parte del templo funerario situado al norte del recinto que rodea el complejo de Djoser, en el que se abría un pozo —7 m de lado x 30 m de profundidad—, excavado en la roca y bajo el corazón de la pirámide hasta llegar a la cámara mortuoria.

La llegada de la IV dinastía trajo consigo un cambio de escenario o mejor dicho de escenarios para la construcción de las pirámides que ya no volvieron a edificarse en Saqqara. El punto de no retorno en la estructura de estas colosales tumbas fue la pirámide escalonada de Meidum, la primera de las tres pirámides del faraón Esnefru (~2543-2510 a. C.), padre del futuro faraón Keops. Con ella se configuró el modelo del complejo funerario vinculado a la pirámide que tenía los siguientes elementos: templo bajo, la calzada de acceso, el templo alto, la pirámide subsidiaria, un muro que delimita el complejo que en la parte exterior estaba rodeado por tumbas de personajes relevantes de la corte. Para la ubicación de la segunda y tercera pirámide de Esnefru se eligió Dahshur, conocidas como romboidal y roja. Esta última es la primera con cuatro lados lisos, que será el modelo definitivo de pirámide, y fue la tumba elegida de Esnefru para guardar sus restos. Sin embargo, fueron su hijo Keops, su nieto Kefrén (~2472-2448 a. C.) y su bisnieto Micerinos (~2447-2442 a. C.), los que construyeron las pirámides más impresionantes que dominan la meseta de Guiza.

La elección de Guiza para el emplazamiento de las tres grandes pirámides —aunque allí se construyeron otras tumbas piramidales destinadas a las esposas de los faraones—, se impuso por varios motivos. La explanada estaba vacía de grandes monumentos, lo que daría una visibilidad muy amplia como deseaba el nuevo faraón Keops. Otro de los aspectos que influyeron en la elección de Guiza fue su cercanía a dos centros religiosos importantes, Letópolis y Heliópolis, vinculados con Keops.

De las tres pirámides de Guiza, la del faraón Keops es la más grande y la mayor que se construyó en todo Egipto, mide 146,5 m de altura x 230 m de lado respecto a la base. Su interior está dividido en tres estancias independientes: la primera es una cámara excavada en la roca de la meseta, es decir, es subterránea y parece que estuviera inacabada. La segunda, conocida como Cámara de la

reina, y por último la Cámara del rey, que se ubica mucho más arriba y se comunica con la llamada Gran galería.

La segunda pirámide en importancia es la del faraón Kefrén, hijo de Keops, que para parangonarse con su padre, construyó su pirámide al lado de la suya. Esta tumba tiene unas dimensiones aproximadas de 143 m de altura con una base de 215 m de lado y, aunque es más pequeña que la primera, parece más alta porque está levantada sobre un promontorio. La disposición interna es muy diferente a la que se ideó para la primera pirámide: la cámara mortuoria que se sitúa en la base de tumba posee un pasillo que se bifurca en dos entradas localizadas en la cara norte de la pirámide.

Por último, la tercera pirámide, la de Micerinos, es la más pequeña de las tres: mide 60 m de altura con 100 m de base. Su interior se caracteriza porque tiene una única entrada de la que surge un pasillo por el que se accede a una estancia y de esta sale otro corredor que lleva a la cámara mortuoria. Las tres pirámides estaban integradas en un conjunto de edificios de carácter religioso y funerario relacionados con la figura de estos tres soberanos, en la que destaca la esfinge, en cuya cabeza se representa al faraón Kefrén.

La V dinastía trajo consigo el abaratamiento de los materiales constructivos de las pirámides. La mayoría de ellas estaban edificadas con mampuestos y arena, y forradas con un revestimiento de caliza de gran calidad. No obstante, con el paso del tiempo estas construcciones se desmoronaron. El último faraón de esta dinastía, Unas (~2321-2306 a. C.), ubicó su pirámide en Saqqara, más concretamente en el lado suroeste del recinto de Djoser. La importancia de este faraón radica en que fue el primero que grabó en su cámara mortuoria los *Textos de las pirámides*. Con la VI dinastía se estandarizó el tamaño de las mismas.

Durante el Reino Medio se trasladó la capital a Lisht, situada al sur del actual Cairo. Las preferencias funerarias de los nobles retornaron a las mastabas, que están construidas con ladrillo y revestidas de piedra caliza. En esta época, se configuran dos tipos de mastabas. La primera de ellas se caracteriza por poseer una serie de habitaciones en el nivel superior, mientras que el segundo modelo carecía de estas y su exterior estaba decorado. La realeza, por su parte, continuó enterrándose en complejos funerarios vinculados a una pirámide, situados en la necrópolis de Dashur. Tanto los materiales como la estructura de las tumbas reales se abarataron pues se construyeron con mampuesto y más tarde con

ladrillo, revestidos con caliza de Tura. Hay que destacar, que entre los cambios que sufrieron las pirámides uno de los más significativos fue dejar al constructor que eligiera la entrada a la pirámide. Bajo esta abdicación de poder estaba el hecho de confundir a los ladrones de tumbas. Durante la XIII dinastía (~1755-1630 a. C.) se construyeron las últimas grandes pirámides de Egipto.

El Reino Nuevo fue una época de renovación, en la que se puede incluir la transformación de las tumbas, cuyo máximo exponente fue el hipogeo, un nuevo tipo de enterramiento que utilizó tanto la aristocracia como los faraones. A principios de la XVIII dinastía se creó una tumba para los nobles con una planta en forma de T. Con la llegada al poder del faraón Amenhotep III (~1390-1335 a. C.) se configuró un nuevo tipo de hipogeo mucho más grande que se caracterizaba por tener varios patios y salas columnadas. A finales de la XVIII dinastía, la capital se trasladó a Menfis. Saqqara vuelve a ser la necrópolis principal donde se van a construir tanto hipogeos como mastabas. Estas últimas van a emular el aspecto de los templos, pues poseen pilonos, patio, sala hipóstila y varios santuarios al fondo. Uno de los elementos más importantes de estas mastabas es que la parte subterránea se realizó tomando como modelo los hipogeos tebanos. Por otro lado, en estos conjuntos funerarios se situaba una pirámide encima del santuario principal.

Vista del Valle de los Reyes, donde se inhumaron la gran mayoría de los faraones de las dinastías que conformaron el Reino Nuevo (~1539-1075 a. C.).

Las tumbas reales construidas en el Reino Nuevo cambiaron su ubicación a Tebas, la actual Luxor, además de elegir el hipogeo que por primera vez está separado del templo funerario del faraón y que fueron denominados Templos de millones de años. El lugar que seleccionaron los faraones para sus inhumaciones fue el Valle de los Reyes o Gran Pradera, necrópolis que se encuentra frente a esta urbe, en la orilla occidental del Nilo. Allí se enterraron los reyes de la XVIII dinastía hasta la XX (~1190-1075 a. C.), excepto el faraón hereje Akhenatón. Este cementerio excavado en la roca fue inaugurado muy posiblemente por Tutmosis I (~1493-1483 a. C.) como necrópolis real y abandonada con el hipogeo inacabado de Ramsés XI (~1129-1111 a. C.), que no fue enterrado allí. Actualmente, se conocen más de sesenta tumbas, aunque solo veintiséis son de carácter real, pues aquí también se enterraron príncipes, parientes, visires y altos dignatarios.

La tradición historiográfica defiende que una de las razones del traslado de las tumbas a este lugar fue con el ánimo de esconderlas, sobre todo para evitar la rapiña de los ladrones de tumbas. Sin embargo, este paraje agreste dominado por una cordillera, en su mayoría de piedra caliza, tiene una carga simbólica muy fuerte. El pico más alto denominado el-Qurn (‘el cuerno’) es una montaña con forma piramidal, por lo que esta necrópolis podía vincularse con los grandes enterramientos de antaño, además de seguir conectados con el culto a Re. Otro de los motivos de la elección del lugar, fue que desde Tebas la cadena montañosa puede parecer un *ajet*, palabra que designa el horizonte y que se representa en la escritura jeroglífica como un sol naciente, el dios Re, que sale entre dos montañas y que evoca el concepto de renacimiento.

Como ya se ha dicho en el capítulo anterior, las tres dinastías que se enterraron en el Valle de los Reyes no eligieron el mismo lugar para sus enterramientos. En la XVIII dinastía, los hipogeos se excavaron en la parte más alta de los acantilados, aprovechando las oquedades creadas por el agua y el tiempo. En el ocaso de esta dinastía y principios de la XIX (~1292-1190 a. C.), las tumbas se ubican más cerca del valle, lejos de las paredes rocosas, que están muy afectadas por las inundaciones. Por último, la XX dinastía excava sus moradas funerarias en el fondo del valle, claramente más expuestas a los peligros de ser profanadas, pero no a las condiciones del tiempo y de las inundaciones.

No obstante, en los hipogeos se pueden distinguir tres etapas de desarrollo arquitectónico. La primera de ellas, característica de la XVIII dinastía hasta la revolución de Amarna con Akhenatón, sigue el planteamiento de eje en ángulo o también conocido como eje doblado, cuyos ejemplos más destacados se encuentran en los hipogeos de Tutmosis III (~1479-1425 a. C.) y Amenhotep II (~1425-1400 a. C.). El segundo grupo se diferencia del anterior porque su planta posee dos ejes paralelos o modelo de eje empujado, cuyos corredores desembocan en la cámara funeraria tal y como muestra la tumba de Horemheb. Este se construyó una primera tumba en la necrópolis de Saqqara, cerca de Menfis, cuando todavía no se había convertido en rey y era solo comandante en jefe de los ejércitos del faraón Akhenatón. Por último, los arquitectos del Valle de los Reyes diseñaron un hipogeo en el que los pasadizos seguían un eje rectilíneo, o eje recto único, que estaba interrumpido por salas hipóstilas (estancias con columnas) como lo muestra el enterramiento subterráneo de Merneptah, hijo de Ramsés II (~1279-1213 antes de Cristo).

Los hipogeos del Valle de los Reyes destacan sobre todo por las decoraciones parietales. En ellas, se representan escenas mitológicas en las que los dioses tienen un papel preponderante, aunque también aparecen genios y enemigos —como la serpiente Apofis, a las que se tiene que enfrentar el dios Re en su viaje en barca al más allá—. Re comenzaba su periplo por el este como el escarabajo Khepri y se escondía por el oeste ya como el carnero Atum. Se traslada así al inframundo donde le acechaban innumerables peligros que le dificultaban poder salir otra vez a la luz del mundo exterior. Este pasaje mitológico está relacionado con la resurrección del difunto, un asunto pictórico recurrente de los gobernantes de la XVIII dinastía y que solo figuraba en la cámara sepulcral. En la XIX dinastía, la representación más habitual fue la del viaje celeste de Re, mientras que en la XX dinastía se escenificaron ambos temas que se desarrollaron en todas salas del hipogeo. Además, de este repertorio iconográfico también se representó el asunto funerario del Juicio de Osiris.

Imagen de una de las paredes de la cámara funeraria del hipogeo del faraón Seti I (~1290-1279 a. C.) en el Valle de los Reyes, Tebas. Se representa la bóveda celeste y la «Segunda Hora» del *Libro de Am Duat*, en el que se narra el viaje del dios Re por el inframundo.

Posiblemente una de las tumbas más interesantes de todas las que se ha descubierto hasta ahora en el Valle de los Reyes sea el hipogeo K17 o tumba de Seti I (~1290-1279 a. C.) hijo de Ramsés I (~1292-1291 a. C.) y fundador de la XIX dinastía. Descubierta el 16 de octubre de 1817 por Giovanni Battista Belzoni, que se bautiz ó como La capilla Sixtina del arte egipcio. El rico ajuar que debió de poseer la tumba no se halló, ya que debió de ser sustraído en un momento histórico desconocido. Esta tumba fue cerrada en 1991 por problemas de conservación en la cámara funeraria y en uno de sus anexos por miedo a que se derrumbara.

Este capítulo quedaría inconcluso si no se hablara del Valle de las Reinas, del que conocemos mucho menos que del Valle de los Reyes a falta de estudios. Esta necrópolis conocida también como Biban el-Harim y que los antiguos egipcios denominaban *Ta set neferu* o Sede de las bellezas o de la perfección, es una denominación que ha cambiado recientemente para pasar a llamarse Lugar de los Niños (reales). El verdadero descubridor de esta necrópolis fue el director del Museo Egipcio de Turín, Ernesto Schiaparelli, que comenzó su labor desenterrando, en 1904, la tumba de Nefertari Meritenmut, esposa predilecta del faraón Ramsés II. Al igual que el Valle de los Reyes, este comenzó a utilizarse como lugar de enterramiento a principios de la XVIII dinastía. La primera que se enterró en esta zona fue la reina Sat Re, esposa de Ramsés I y madre de Seti I. En esta necrópolis no solo se inhumaron los cuerpos de las esposas de los faraones, sino también los de los príncipes y princesas, además de personajes relacionados con ellos como educadores, mayordomos o nodrizas reales. Sin embargo, una de las incógnitas que todavía no ha sido resuelta por los investigadores es el código de elección por el cual se enterraba a un individuo o a otro, pues no todas las esposas e hijos principales de los faraones están enterrados allí.

Los enterramientos subterráneos que se excavaron en el Valle de las Reinas cuentan con unas sesenta tumbas-pozo. La planta en la XVIII dinastía fue estructurada en una sola cámara funeraria excavada al final del pozo de acceso, que en la gran mayoría de los casos no posee decoración. Esta aparente sencillez se transformará con la XIX dinastía en hipogeos más grandes y con mayor decoración parietal.

En relación con la ordenación de las tumbas y a diferencia de la distribución anárquica que impera en las inhumaciones del Valle de los Reyes, aquí los sepulcros se agrupan en zonas determinadas vinculadas por lazos de consanguinidad familiar. Además, a los pies del valle existe una cueva conocida como Gruta Sagrada del Valle de las Reinas, que fue identificada por la egiptóloga Christiane Desroches Noblecourt y que está relacionada con el culto a la diosa Hathor y, por ende, a la fecundidad. Su entrada asemeja el útero de la Vaca Sagrada, donde tiene lugar el renacimiento de los reyes que han fallecido. Su interior está pulido y enyesado, con la finalidad de que el agua no destrozara la cavidad.

Si hubiera que destacar una tumba del Valle de las Reinas, sería la de la reina Nefertari o QV66, por su grandeza y por su belleza. Además, está muy cerca de la de la madre de su esposo, Ramsés II, la reina Tuya. Con todo, es uno de los enterramientos cuyo ajuar ha sido profanado y robado ya desde la Antigüedad. Sin embargo, de este tesoro Schiaparelli recuperó piezas que los ladrones habían dejado: 34 *ushebtis* de madera pintada, un pilar djed (símbolo de estabilidad) usado como amuleto de madera dorada y fayenza azul, unas sandalias fabricadas con hojas de palma y papiro, que actualmente se conservan en los Museos de Turín y Boston. La planta del hipogeo de Nefertari sigue el modelo de las tumbas de la XIX dinastía: la entrada conducía a una escalera de dieciocho peldaños que llevaba a la antecámara cuadrangular y a un anexo. Tras estas, aparecen dos estancias que llevan a otra escalera que desciende a la cámara funeraria con cuatro pilares. Además, cuenta con tres salas aledañas para depositar ofrendas como alimentos, perfumes y vestidos para la reina. Del sarcófago de granito rosa solo se encontraron restos.

La reina Nefertari representada en una de las paredes de su cámara funeraria en el Valle de las Reinas, en Tebas. En su cabeza lleva el tocado símbolo de las esposas divinas que se compone del llamado tocado buitre que se fusiona con la corona *shuty* que estaba configurada con dos grandes plumas de halcón erguidas, a la que se le añade además el disco solar símbolo del dios Re.

Lo que hace relevante a este enterramiento es su repertorio iconográfico de una calidad escultopictórica excepcional. Tiene un denominador común que se cumple en casi toda la tumba: una triple franja —negro, amarillo y rojo—, que recorre la parte inferior de las paredes enmarcando las escenas. Asimismo, los techos del hipogeo están decorados por un cielo estrellado, en el que los astros son dorados y de cinco puntas. Solo la cubierta de la entrada de la primera sala no posee la representación del firmamento, ya que se ha representado a Nefertari como el disco solar, que viene a simbolizar la ascensión del dios Re hacia el horizonte. Es importante apuntar, que en ninguna de las pinturas aparece la efigie de Ramsés II, debido a que es el palacio eterno y exclusivo de ella.

Uno de los problemas de estas pinturas y de otras muchas es que han sufrido un deterioro notable. Por esta razón en la década de 1980 se puso en marcha un proyecto de restauración llevado a cabo por la Organización de Antigüedades Egipcias, en colaboración con el Instituto Getty de Conservación de los Ángeles, que devolvió en parte su esplendor de antaño. Tanto la tumba de Seti I como la de Nefertari han estado cerradas durante años, aunque en el año 2016 el Consejo Superior de Antigüedades de Egipto decidió abrir ambos hipogeos.

3

La ceremonia de elevar el pilar de djed

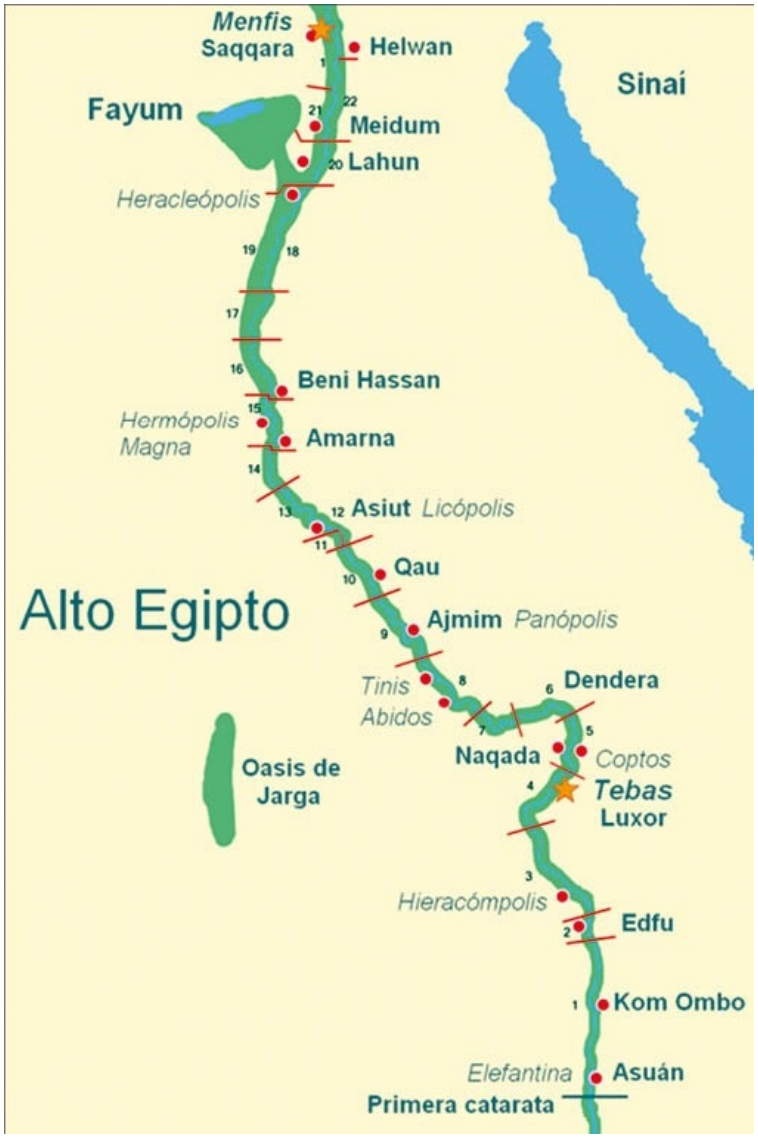
El djed, símbolo de estabilidad y perdurabilidad, tiene un origen oscuro y muy antiguo que se remonta a una época anterior al período dinástico, cuando estaba relacionado con la fertilidad y las cosechas. Su conexión con diferentes divinidades tiene su evolución en época faraónica primero con el dios Ptah considerado maestro constructor, creador de la albañilería y patrono de los arquitectos y artesanos, y después en Reino Nuevo (~1539-1075 a. C.) con la columna vertebral del dios Osiris. Uno de los atributos más característicos de Ptah es el cetro *uas*, que podía estar compuesto por el *anj* (significa 'vida') y por el pilar de djed.

Estatua de diorita del dios Ptah, que lleva el cetro *uas* compuesto también por el pilar de djed. Museo Egipcio de Turín.

Menfis, capital del Reino Antiguo (~2650-2125 a. C.), tenía como dios principal de su panteón a Ptah. En esta ciudad se llevaba a cabo la ceremonia de elevar el pilar de djed constatada desde principios del Reino Antiguo. También, la elevación del pilar de djed estaba vinculada al Heb Sed o Fiesta de Renovación Real, en la que se conmemoraba el poder del faraón y la regeneración de su energía vital. Esta ceremonia casaba a la perfección con el simbolismo del djed, que en este rito representaba la estabilidad del reinado del faraón. Posteriormente, cuando la ceremonia se vinculó a Osiris, se conmemoraba el triunfo del dios del inframundo frente a su hermano Seth y su resurrección. Esta festividad se celebraba dentro del Festival de Choiak, el cuarto mes de la estación de *ajet* y más concretamente el día 30. Partiendo de estas premisas, este capítulo va a tratar de la ciudad y el urbanismo en el antiguo Egipto, ya que estos trabajos están relacionados con Ptah, el dios constructor.

CIUDAD ORGÁNICA VERSUS CIUDAD *EX NOVO*

La abundancia de piedra de buena calidad que había en Egipto fue una ventaja con la que contaron sus habitantes, frente a sus contemporáneos del sur de Mesopotamia quienes tuvieron que importarla. Los egipcios aprendieron pronto a cortar bloques de piedra para la construcción. Desde los albores de la civilización aparece una predisposición hacia la forma cúbica de su arquitectura, en contraste con la forma redonda y cónica usada por los mesopotámicos. No obstante, este material fue reservado fundamentalmente para las edificaciones de templos y tumbas, mientras que para la arquitectura secular se continuó empleando adobe y madera.



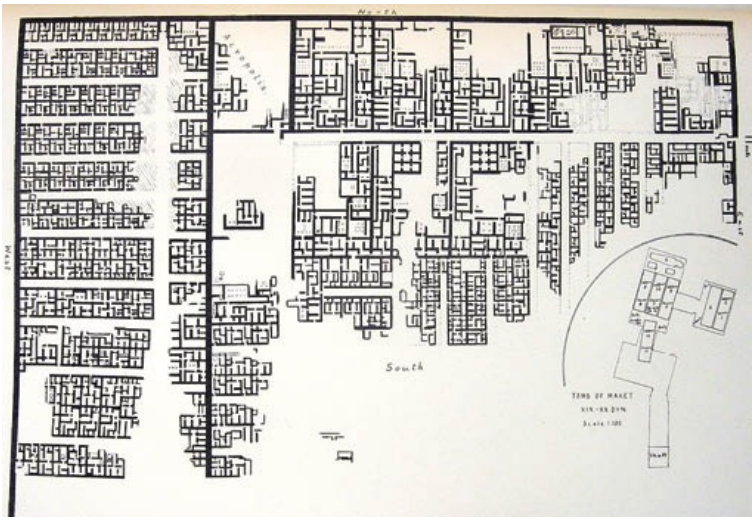
Mapa con los *nomos* del Alto Egipto.

Los habitantes de las ciudades y poblados que vivían en el antiguo Egipto lo hacían en torno al Nilo o a los oasis. Tanto unas como otros se ordenaban en categorías según su importancia no tanto por el número de habitantes sino por su trascendencia política, económica y social. De ahí, que se dividieran en capital del Estado, *nomos* o capitales de provincias, fuertes y centros mercantiles, ciudades de pequeñas dimensiones y poblaciones provinciales. Aunque en Egipto no existía el concepto de capital, siempre hubo un centro político y administrativo en el reino a pesar de que la corte era itinerante. La capital se elegía por su destacada posición geográfica, por motivos religiosos o porque estaba vinculada con la dinastía reinante. Un aspecto a tener en cuenta es que había ciudades que fueron pobladas durante muchos siglos, mientras que otras no perduraron en el tiempo. Un ejemplo es el caso de Tell el-Amarna fundada por Akhenatón (~1353-1336 a. C.), que solo fue habitada durante los doce años del reinado del faraón hereje más los tres de Tutankhamón (~?-1324 antes de Cristo).

Los centros de población se solían ubicar sobre elevaciones naturales que se denominaban *tells* o *kom*. Muchos de estos promontorios se hicieron más angostos por la acumulación de restos materiales antiguos de construcciones procedentes de casas, edificios administrativos, templos —que se hacían en su gran mayoría de piedra—, de palacios que se edificaban con adobe, barro y madera. Cuando alguna de estas edificaciones se demolía, sus ruinas se utilizaban como cimientos de nuevas construcciones. Uno de los problemas para el estudio de las ciudades es que los ladrillos con los que se construía se han ido sustrayendo a lo largo de los siglos por los lugareños que los convertían en abono natural. Por esta razón, es muy difícil estudiar los estratos y las dimensiones de las urbes porque están alterados y dañados. Otra dificultad para su estudio es que los asentamientos antiguos están actualmente ocupados.

Mapa con los *nomos* del Bajo Egipto.

La clasificación urbanística más lógica divide a las ciudades egipcias en dos tipos: orgánica —desarrollo urbanístico sin planificación— y *ex novo* —cuya creación depende del Estado—. En la configuración del primer tipo, cuyo caso más característico es Hierakónpolis, pueden influir razones naturales, económicas o religiosas. En todo caso están vinculadas a la unión de asentamientos más pequeños y en otros, ligada a una construcción prominente, más antigua, ya sea una vivienda, torre o almacén de comida.



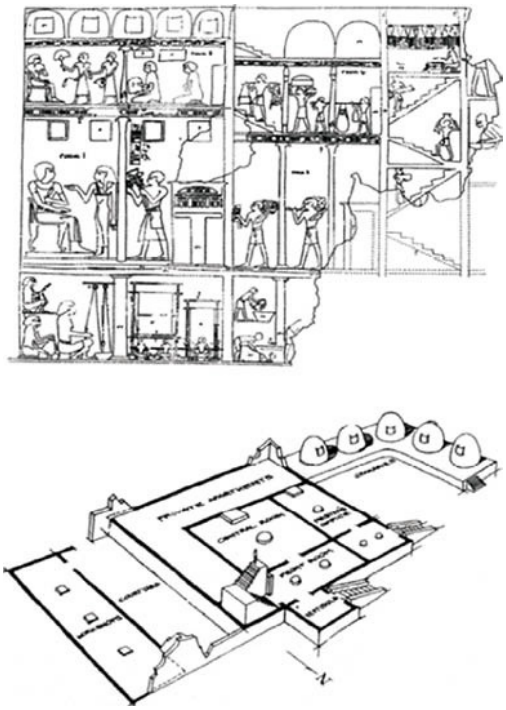
Plano de la ciudad de la pirámide del faraón Sesostris II (~1845-1837 a. C.) situada en Lahun.

La ciudad *ex novo*, o de nueva planta, está estrechamente vinculada con el poder estatal. Su configuración depende de la administración y su planteamiento en origen es ordenado y ortogonal. Con el paso del tiempo y la falta de espacio por el crecimiento poblacional, su urbanismo se va deformando. Uno de los ejemplos conservados más destacados de este tipo de ciudades son los asentamientos de artesanos en torno a las grandes obras de carácter funerario vinculadas a la realeza. Esta planificación aparece en el Reino Antiguo, en la Ciudad Perdida de las Pirámides o en Deir el-Medina fundada en el Reino Nuevo, como consecuencia de la construcción de los hipogeos del Valle de los Reyes y el Valle de las Reinas en Tebas.

DENTRO Y FUERA DE LA CIUDAD

Desde el Reino Antiguo, la ciudad fue un núcleo político, administrativo y económico, aunque la burocracia tuvo una destacada relevancia en el conjunto de las urbes egipcias. Es sabido que la religión tuvo un papel esencial: cada ciudad estaba adscrita a un dios que era el centro de su existencia. Era tal su importancia que se reflejaba en el urbanismo, ya que el templo se ubicaba en un lugar relevante de la ciudad, además de estar amurallado.

El entramado urbano, que se conoce ahora gracias a la arqueología, es muy variado y tiene una característica común: el hacinamiento. Solo unos pocos ejemplos, como es el caso de Tell el-Amarna, no responden a una ordenación caótica. A este mismo planteamiento desordenado responden tanto las calles —angostas y sucias, pues no había un sistema de alcantarillado—, como la gran mayoría de casas urbanas que eran de pequeñas dimensiones y estaban destinadas a familias numerosas. Además, estas casas se mezclaban con otras viviendas de mayor tamaño, por lo que la sensación de abigarramiento y caos era más evidente. La ciudad es un ente vivo en el que las modificaciones en su plano fueron una constante, como queda reflejado en las reformas de viviendas a lo largo de los siglos como ocurrió en Abydos o en Tebas.



Casa urbana de cuatro pisos de la tumba de Djehuty-Nefer en Tebas. Fuente: *http://what-when-how.com*

Las viviendas de los trabajadores se ubicaban al lado de las mansiones de la aristocracia. Una de estas grandes casas aparece representada en la tumba de Djehuty-Nefer en Tebas, que constaba de cuatro pisos y muestra la distribución interna de una casa egipcia. En la planta baja, cuya representación está incompleta, se puede distinguir a varios individuos hilando, tejiendo y cribando grano, por lo que esta zona de la casa se ha pensado que eran talleres de la misma. En el segundo piso, al que se accede por una escalera, están las estancias

nobles decoradas. En una de ellas, se encuentra representado el dueño de la casa, al que algunos sirvientes le traen alimentos. Otro tramo de escaleras conduce al siguiente nivel de la casa, en la que el dueño ahora es presentado en una especie de despacho acompañado de escribas que van anotando los productos que traen otros criados. El espacio del último piso está constituido por unos almacenes: en el extremo derecho de la escena se ha representado lo que parece la cocina de la casa, ya que en ella aparece un individuo debajo de un dosel que parece estar cocinando. En su estructura se puede constatar que las casas de la élite estaban unidas a la producción artesanal.

La aristocracia también tenía grandes haciendas campestres situadas en las inmediaciones de las ciudades y cerca de la zona cultivable, cuya parte más destacada eran los espacios ajardinados. Estos tenían un estanque de agua con peces, aves y plantas acuáticas. Además de todo tipo de árboles frutales, estos jardines contaban con huertos elevados medio metro del suelo: eran de planta rectangular y reticulada con muretes de adobe. Por lo general, a los huertos se accedía por una escalera que permitía el riego, que se realizaba por medio de cántaros sostenidos con cuerdas a un palo. A principios de 2017, arqueólogos españoles hallaron el primer huerto funerario conservado hasta la fecha. Se descubrió en el poblado de Dra Abu el-Naga, que poseía las características descritas en el párrafo anterior. Este espacio, de 3 x 2 m con retículas de 30 cm de lado ha sido datado en la XII dinastía (~1938-1755 a. C.) y en él todavía se conservaba un fragmento de tronco de un tamarisco. Estas grandes villas estaban dotadas de todas las comodidades para su dueño y su familia, pues el total de estancias podía ser de entre 20 o 28. Una de las estancias que revelan la búsqueda del bienestar y privacidad es la destinada a la higiene y servicio que estaba constituido por un receptáculo lleno de arena que servía de retrete y un recipiente para el agua. Por otro lado, parece ser que los matrimonios dormían en habitaciones separadas y que la dueña de la casa contaba con sus propios espacios, como una sala donde se engalanaba con otras mujeres de la familia.

Maqueta funeraria de una casa con jardín fabricada en madera estucada y policromada datada en la XII dinastía (~1938-1755 a. C.) perteneciente a la tumba tebana de Meketre (84,4 cm de largo x 42,5 cm de ancho). Museo Metropolitano de Nueva York, 20.3.13.

En la zona periférica de la ciudad también se construyeron casas de campo más modestas, cuya forma conocemos gracias a las maquetas de barro halladas en tumbas del Reino Medio (~1975-1640 a. C.), conocidas también como casas del alma. Delante de estas viviendas de pequeñas dimensiones hay un patio y todo el complejo está cerrado por un cercado.

El mobiliario de estas casas era variado y el material fundamental y fabricado sobre todo en madera. Los muebles podían estar decorados con taraceas e incrustaciones de diferentes materiales que iban desde la fayenza, al ébano y al marfil. Además los muebles no estaban unidos por clavos: la pericia de los artesanos fue tal que ensamblaban diferentes partes de un mueble y las pegaban con cola de origen animal y vegetal. Este método alcanzó su máximo esplendor en el Reino Nuevo. Después de la construcción del enser se protegía con una capa de cera de abeja o de barniz. En cuanto a este último estaba compuesto de aceite de cedro o goma arábiga que se obtenía de la exudación del tronco de la acacia.

En la antesala de la casa, que tenía también la función de comedor, se colocaba una especie de altar donde los miembros de la familia veneraban a los dioses protectores de la casa y a sus antepasados. Entre los muebles también existían sillas, taburetes y mesas. Una vivienda modesta solo se amueblaba con cojines y esteras para sentarse. En la alcoba, el mueble por excelencia era la cama que estaba constituida por cuatro patas que sostenían una estructura de madera a la que iba trenzada un entramado vegetal. El lecho solía tener un cabecero que podía estar fabricado con diferentes materiales: barro, madera o alabastro, que podía estar revestido con una cobertura de lino para amortiguar la dureza del material. Al dormitorio estaban destinados armarios y cómodas para guardar la ropa de lino y otras prendas, así como baúles para meter los utensilios destinados al aseo y belleza de los habitantes. Los ungüentarios y pequeños recipientes para cosméticos se guardaban en arquetas. Las casas más pudientes contaban con una sala para llevar las cuentas donde se guardaban los documentos relacionados con ellas que se colocaban en bolsas fabricadas en cuero. Por otro lado, la iluminación de la casa se hacía por medio de recipientes parecidos a los candiles con una mecha que contenían grasa que se colgaban de las paredes o un soporte de madera.

CIUDADES EGIPCIAS

El urbanismo egipcio ha empezado a ser tratado de forma más profunda por los egiptólogos que antes estaban más interesados en las tumbas y en los templos. Aunque exista más información en las ciudades, hasta ahora han sido poco estudiadas, lo que dificulta establecer patrones urbanísticos. A continuación, se han elegido las urbes mejor estudiadas.

Ciudades de artesanos

La Ciudad Perdida de las Pirámides de Guiza, datada en los gobiernos de los faraones Kefrén (~2472-2448 a. C.) y Micerinos (~2447-2442 a. C.), se dividía en dos zonas separadas por una pared conocida como Muro de Cerramiento. La primera zona estaba constituida por un edificio de grandes dimensiones que ha sido interpretado como un *wabet* o ‘el lugar de purificación’, en el que se albergaban artículos funerarios. La segunda zona se organizaba en cuatro

galerías, cada una de ellas formada por nueve estructuras modulares en forma de pasillo, alineadas entre sí y orientadas de sur a noroeste, que tenían 4,5 m de ancho x 34,5 m de largo. Estas galerías estaban delimitadas por tres calles que se conocen como Norte, Principal y Sur. Es posible que estas estructuras estuvieran destinadas a viviendas de los trabajadores, que vivirían en común y trabajarían por turnos. En estas galerías se han encontrado restos de alimentos entre los que destaca el pan, que procedería de una de las panaderías que había en el poblado. Al sur de estas galerías apareció un edificio, que se conoce como Edificio Administrativo Real, cuya función todavía no está clara. Sin embargo, dentro de este complejo se han hallado siete grandes silos enterrados, cada uno de ellos de más de dos metros de diámetro, además de estancias y patios para la administración, de lo que se ha deducido que pudiera ser el almacén central de grano.

La ciudad de Deir el-Medina, que en su origen responde a un planteamiento ortogonal, se fue desordenando a medida que la urbe crecía.

La urbe de Deir el-Medina está semiescondida tras una colina de Tebas cuya forma se asemeja a un largo rectángulo: la ciudad se fundó en la XVIII dinastía (~1539-1292 a. C.) y duró unos cuatro siglos. Amurallada y estructurada en torno a una única calle que se orienta de norte a sur, las casas estaban adosadas las unas a las otras. Poseían una planta casi idéntica con una dimensión de aproximadamente 60 m^2, sin contar el sótano. A medida que la ciudad crecía demográficamente su ordenación ortogonal se fue modificando: la calle principal al prolongarse rompió su alineación, las viviendas de los artesanos también

sufrieron cambios en su interior y varias de sus estancias se convirtieron en tabernas, tiendas y talleres. Una de las dificultades a la que tuvieron que enfrentarse los habitantes de este poblado fue la carencia del agua, que suplieron con la construcción de una cisterna que estaba situada en la parte exterior de la puerta principal.

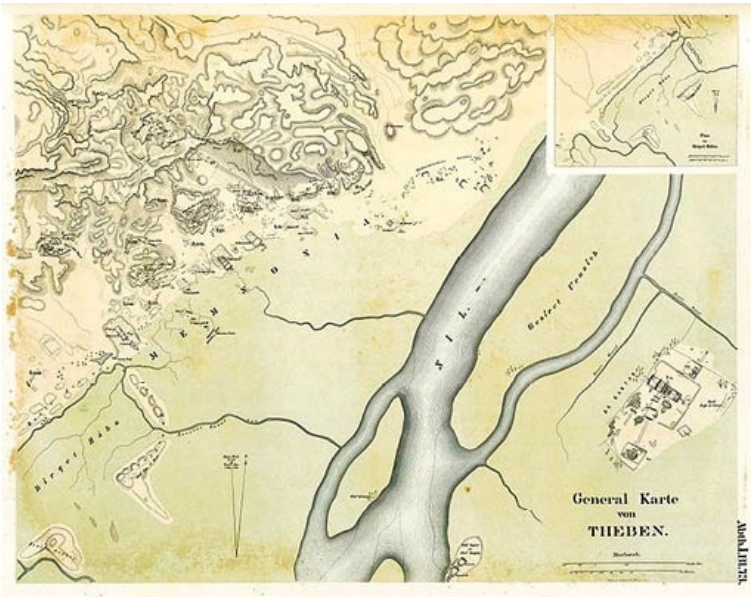
Tebas

Tebas fue una de las ciudades más importantes del antiguo Egipto, nombre griego que los egipcios conocían como *Waset*. Uno de los problemas que presenta esta ciudad para su estudio arqueológico es que está bajo la moderna Luxor, por lo que no se conoce apenas su topografía ni sus fases estratigráficas.

La urbe se situaba en el margen oriental del Nilo, cuya importancia radicaba sobre todo en que fue un foco religioso importantísimo, pues en su territorio circundante se erigieron a lo largo de la historia, al menos treinta y seis templos alineados de este a oeste, que estaban asociados al culto faraónico y seguían el ciclo del sol. Las necrópolis del Valle de los Reyes y el de las Reinas están en sus proximidades. Su ubicación, además, era estratégica ya que estaba cerca de Nubia, lugar en el que se encontraban las canteras auríferas, además del desierto Oriental en el que confluían las rutas comerciales.

La aparición de Tebas comienza a aclararse durante el Primer Período Intermedio (~2125-1975 a. C.), momento en el que el reino se fragmentó en dos facciones: al norte, los monarcas herakleopolitanos y, al sur los reyes tebanos, de cuya ciudad quedan pocos vestigios como el templo de Mentuhotep III (~1958-1947 a. C.). En el Reino Medio, el poder de Tebas decayó en detrimento del nuevo centro político y administrativo, Ity Tauy, cuya ubicación no se ha localizado todavía, aunque se cree que está situada en un punto indeterminado entre El Fayum y Menfis. Sin embargo, gracias al culto de Amón, esta ciudad tenía una ventaja frente a otros centros de población, porque este dios se convirtió en la divinidad principal del Estado, momento en el que los faraones del Reino Medio volvieron a unificar el país. De esta época se han encontrado restos de viviendas que dan la pauta de un planteamiento urbano ortogonal y amurallado.

En el Segundo Período Intermedio (~1630-1520 a. C.), con la invasión de los *hyksos* la situación de Tebas es confusa, ya que el país se volvió a fragmentar en dos partes: el norte, donde se instalaron los invasores, y el sur, en el que gobernaban los reyes tebanos que expandieron su territorio más allá de la Tebaida, hasta la moderna Asiut. Con la llegada de los faraones del Reino Nuevo se expulsó a los *hyksos* del reino unificándolo una segunda vez. Este período, considerado la edad dorada del antiguo Egipto, también está ligado a esta ciudad, porque se trasladó a la población a una nueva Tebas, en un punto cercano al río con la construcción de nuevos templos, que recuperaron la consideración religiosa de antaño. La destrucción de la antigua ciudad se convirtió en un espacio privilegiado para levantar nuevos edificios monumentales de carácter religioso. No obstante, la nueva Tebas todavía no se ha descubierto, aunque los egiptólogos creen que está sumergida bajo las aguas del Nilo.



Plano del área de Tebas según el egiptólogo alemán Karl Richard Lepsius (1810-1884).

Según las especulaciones defendidas por los investigadores, el nuevo urbanismo de Tebas debió de estar estructurado alrededor de una gran avenida que conectaba la urbe con los dos grandes complejos monumentales de carácter religioso: Luxor y Karnak. Los complejos estaban amurallados y en sus alrededores se situaron edificios administrativos, almacenes y viviendas de la clase pudiente asociada a estas edificaciones religiosas con cargos sacerdotales,

que vivían con sus familias. Esta zona destacada de la ciudad estaba tan apartada del núcleo poblacional, que posiblemente vivían en barrios con calles angostas y en casas de diferentes tamaños según el estatus económico que poseyeran. Asimismo, en la ribera del Nilo se encontraba el puerto, en el que se descargaban todo tipo de mercancía, lo que no era un obstáculo para la pesca.

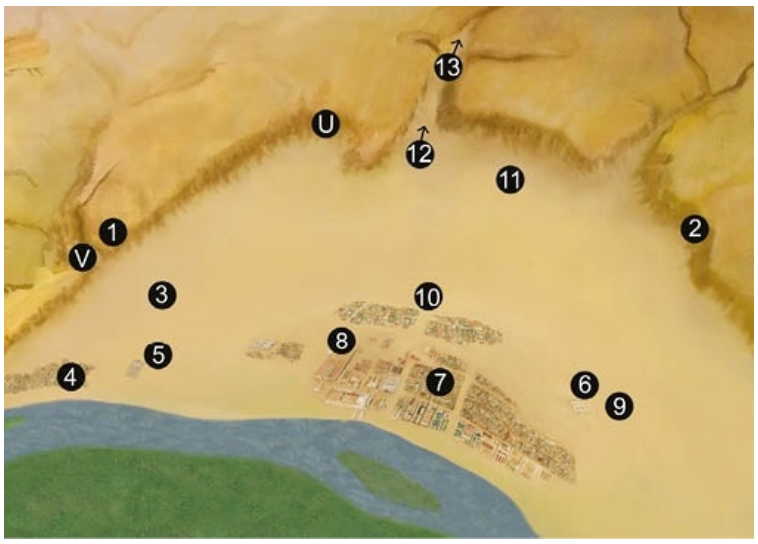
El ocaso de Tebas comenzó con las dinastías XIX (~1292-1190 a. C.) a la XXI (~1075-945 a. C.), porque estos faraones se trasladaron a la ciudad de Tanis en el delta y abandonaron el Valle de los Reyes y el Valle de las Reinas como lugar preferido para sus enterramientos. Las incursiones bélicas de los reyes asirios, que saquearon Tebas varias veces, acabaron con lo que quedaba del esplendor de la antigua Tebas.

Tell el-Amarna

Una de las ciudades que mejor se conocen del antiguo Egipto es Akhenatón o Tell el-Amarna, capital del reino fundada por el faraón Akhenatón en el Reino Nuevo, que fue entronizado como Amenhotep IV. La razón fundamental por la que se tienen tantos datos de esta ciudad se debe a su abandono que no se repobló en épocas posteriores. En un principio, esta urbe no contó con un planteamiento urbanístico, ya que solo se planificó la Calzada Real, o la calle principal, que se iniciaba en el norte, lugar en el que habitaban el faraón y su familia. En esta calle se situaron los dos templos más importantes de la metrópoli, dedicados al dios Atón que conformaban el barrio central. Es posible que todo el pueblo pudiera acceder a las dos sedes, ya que en el Gran Templo se han descubierto 929 mesas de ofrendas. Esta misma avenida conducía a la necrópolis, a la cantera de alabastro y al puerto.

Las casas de Tell el-Amarna son muy variadas: su tamaño está en relación con la disposición económica de sus dueños, aunque las viviendas de ricos y pobres estaban mezcladas en el entramado urbano. Se tiene constancia de que en el quinto año del reinado de Akhenatón la élite se trasladó a la nueva metrópoli y sus casas tenían un tamaño y distribución acorde con su estatus social. Sus amplias casas se estructuraban alrededor de una estancia central desde la que se distribuían las demás habitaciones que estaban pavimentadas con losas de piedras, las más lujosas, o de barro, las más pobres. La cocina se orientaba al norte para que los olores de los alimentos cocinados no impregnaran toda la casa. El exterior de estas viviendas estaba rodeado de otras construcciones como

establos, almacenes y graneros que guardaban los alimentos de la familia. También tenían una huerta, pozo y talleres de tejido y cerámica que estaban asociados a las grandes casas para uso diario de sus propietarios. Las ventanas de estas grandes viviendas se cerraban con persianas fabricadas con fibra vegetal o cortinas.



Plano del área de Amarna: 1. Cementerio Norte. 2. Cementerio Sur; 3. Santuarios del desierto; 4. Ciudad Norte; 5. Palacio Norte; 6. Maru-Atón (Palacio Mirador de Atón); 7. Ciudad del Sur; 8. Gran Templo de Atón; 9. Kom el-Nana; 10. Poblado de los trabajadores; 11. Cementerio de los trabajadores; 12 Valle Real; 13. Tumba de Akhenatón.

Uno de los ejemplos más llamativos que se han conservado de grandes casas de Tell el-Amarna es la del visir Nakht. Otra de las mansiones importantes de esta ciudad fue la de Meryre, quien ocupó el cargo de mayor de los videntes de Atón, y que se conoce gracias al plano conservado en una de las paredes de su tumba. La planta de este gran complejo doméstico cuenta con una portería, por la que se accedía al mismo, además de una oficina donde este alto funcionario se ocupaba de administrar las ofrendas del dios Atón. También contaba con un gran jardín con palmeras, granados y perseas que circundaban un estanque. Además, en sus inmediaciones se levantaron otras construcciones que han sido interpretadas como dependencias personales del dueño, establos y apartamentos para los servidores del templo.

Restos de edificaciones de la ciudad de Tell el-Amarna.

Mezcladas con las suntuosas viviendas, estaban las casas de los artesanos que trabajaban para la élite y cuyas dimensiones eran más reducidas que aquellas más lujosas. Sin embargo, la gran mayoría de estos operarios vivía en la Aldea de los Trabajadores, que estaba situada en la zona sureste del desierto de Amarna y aislada del centro urbano. Las casas del asentamiento tenían en un principio una planta idéntica, pero con el paso del tiempo sus estructuras se fueron modificando y ampliando, según la prosperidad económica de sus dueños. Es el caso de los artesanos que trabajaron en los talleres oficiales impulsados por el propio Akhenatón.

Alejandría

Este capítulo quedaría inconcluso si no se hablara de la ciudad ptolemaica por excelencia: Alejandría. Esta ciudad fue fundada por Alejandro Magno en el año 331 a. C. tras derrotar a los persas en Egipto. La nueva urbe de corte helenístico se ubicó en un antiguo poblado de pescadores, llamado Racotis, entre el Mediterráneo y el lago Mareotis. La elección del emplazamiento se cuidó al detalle ya que ofrecía un lugar estratégico para el comercio mediterráneo, además de estar cerca del Nilo lo que propiciaba la llegada de mercancías

procedentes del río y del mar Rojo. Asimismo, Alejandría tenía agua dulce, un clima apacible y contaba con canteras de caliza en sus cercanías. Las fuentes literarias de la Antigüedad informan de que fue el propio Alejandro el que diseñó el entramado urbano de la ciudad, orientado por el gran arquitecto Dinócrates de Rodas, cuya ordenación urbanística estaba basada en el llamado planteamiento hipodámico, en memoria de su creador el arquitecto del siglo V a. C. Hipodamo de Mileto: las calles se ordenaban siguiendo un trazado rectilíneo creando una retícula a la manera de un tablero de ajedrez. La urbe, que fue la primera megalópolis conocida de la historia, poseía dos calles principales: la llamada avenida Canópica, que era la arteria principal, y una segunda perpendicular a esta conocida con el nombre de avenida Soma o Sema, llamada así porque en ella se situó el mausoleo de Alejandro Magno. El monumento se levantó dentro de un gran templo en pleno corazón de Alejandría y fue más tarde la ubicación elegida para los enterramientos reales de los ptolomeos. No obstante, hay que mencionar que aunque los restos del macedonio descansaban en Alejandría, Alejandro Magno nunca volvió a la ciudad tras la conquista de Egipto, pues sus pasos le llevaron a anexionarse el Imperio persa, llegando hasta la parte noroeste de la India para volver por sus pasos hasta Babilonia donde murió.

Con el reinado de los Ptolomeos o Lágidas, Alejandría se convirtió en su capital y gobernaron allí trescientos años. La ciudad tenía una idiosincrasia híbrida: por un lado, griega, pues poseía no solo un entramado urbano hipodámico, sino que también poseía una serie de monumentos de tradición helena como el ágora, el gimnasio o el teatro. La influencia egipcia de Alejandría, ubicada en el Bajo Egipto, estaba vinculada a la doble titulatura de los gobernantes ptolomeos: eran príncipes griegos a la vez que faraones.

Una de las zonas más importantes de Alejandría fue el complejo portuario, que atrajo a numerosos comerciantes de todo el mundo antiguo. Estaba formado por dos puertos separados por un dique: el primero y más importante era el de Mégas Limén o Portus Magnus y el segundo, llamado Eunotos Limén, traducido como ‘puerto del buen retorno’, estaba situado en el oeste y servía para guardar la flota de guerra. El dique llevaba el nombre de Heptastadio que hacía referencia a sus siete estadios, es decir, un kilómetro y medio de longitud que tenía la función de unir la ciudad con la isla del Faro, donde se situaba el faro de Alejandría, una de las siete maravillas del mundo antiguo y emblema de la

ciudad. La torre fue ideada por el arquitecto Sóstrato de Cnido que, además de guiar a los barcos, tenía la función de fortaleza. Tenía una altura de 120 metros y una estructura arquitectónica decreciente que culminaba en una torreta de planta circular, donde estaba ubicado el fuego, que servía de señal luminosa para los navíos que podían desubicarse en la noche o en días de niebla.

Otros edificios importantes de la polis fueron el palacio real, de grandes dimensiones, que se alzaba en la parte noroeste de la ciudad, que además de ser residencia de los Ptolomeos también era la sede del Gobierno. Este espacio áulico poseía su propio puerto y una isla llamada Antirrodos. El museo era otro de los monumentos importantes de la urbe, donde estaba ubicada la famosa Biblioteca de Alejandría, el tributo más relevante de los Ptolomeos y en la que se concentraron los eruditos más importantes de la época. En sus instalaciones llegó a albergar más de 500 000 rollos de papiro convirtiéndose en la biblioteca más grande del mundo antiguo. Tanto el museo como la biblioteca estaban cerrados al público, ya que era un espacio destinado a la comunidad científica que estaba protegida por los reyes ptolemaicos. Un tercer edificio relevante era el Serapeo, en el que se veneraba al dios Serapis una divinidad sincrética, ya que en su ser mezclaba varias deidades egipcias y griegas: Osiris, Amón, Apis, Zeus y Dinosio que fue creada bajo el gobierno de Ptolomeo I en el siglo III a. C.

Una de las características de Alejandría fue su cosmopolitismo, ya que su prosperidad facilitó el enriquecimiento de su población lo que impulsó la llegada de extranjeros que buscaban fortuna y un futuro mejor. Según el historiador griego Diodoro Sículo, cuando visitó la metrópoli en el año 60 a. C., afirmó que existían unos 300 000 hombres libres, sin contar las mujeres y niños (ni, obviamente, los esclavos), por lo que la población total podría ascender a casi un millón de personas. Una de las comunidades más extensas era la judía, que llegó a ser casi un tercio de la población total de la urbe. Además de los hebreos, también se asentaron en la ciudad diferentes comunidades griegas como macedonios, rodios, tracios, beocios, cretenses o siracusanos. Toda esta amalgama de pueblos con sus diferentes culturas, lenguas y religiones no estaba exenta de fricciones pues los privilegios solo los disfrutaban los individuos de origen heleno. Además de los inmigrantes, la ciudad también congregaba a estudiantes y viajeros que querían formar parte del ambiente erudito y observar sus maravillas arquitectónicas.

El declive de Alejandría se produjo por varios desastres naturales: un terremoto al que le siguió un maremoto en el año 365 d. C. En el siglo VIII d. C. a causa de un corrimiento de tierras su complejo portuario se sumergió bajo las aguas al igual que los dos centros urbanos cercanos, Tanis-Heracleion y Canope. Otra de las razones que llevaron al hundimiento de parte de Alejandría por las aguas del Mediterráneo fue la acumulación de sedimentos en el delta del Nilo. Además de la zona portuaria también quedó hundida bajo las aguas el palacio real. Asimismo, hay que señalar que la otra parte de la ciudad descansa bajo la actual urbe, lo que imposibilita su estudio. El entramado urbano y sus monumentos los conocemos gracias a los testimonios de los autores grecolatinos y la numismática que los representó de una forma fiel.

II

Escena de siembra. Tumba de Sennedjem, artesano de la cuidad de Deir el-Medina que trabajó en el Valle de los Reyes, Tebas.

La estación naciente de *peret*

La estación de *peret* o siembra estaba dividida en cuatro meses de 120 días —*tybi*, *mecheir*, *phamenoth*, *pharmouthi*— un período que abarcaba desde invierno a inicios de primavera. En esta estación las aguas del Nilo habían vuelto a su cauce y fertilizado los campos de cultivo, por lo que el agricultor podía sembrarlos si la inundación había sido abundante para irrigar los campos, pero sin ser demasiado copiosa. Por el contrario, había años en el que el desborde de las aguas nilóticas había sido insuficiente incluso para llenar los canales de regadío, por lo que la población pasaba hambre.

En este apartado se desarrollarán los siguientes asuntos:

Rannut y el principio de la siembra, en el que se expondrá el mundo agropecuario en el antiguo Egipto.

Festividad y procesión de Neit, cuyo asunto describirá la moda, estética y el culto a cuerpo.

Heb Sed, donde se expondrá el asunto de las diferentes clases sociales egipcias.

4

Rannut y el principio de la siembra

El primer día de la diosa Rannut —divinidad con cabeza de cobra asociada a la alimentación, la cosecha y la fertilidad—, abría el primer mes de la estación de *peret* que coincidía con el comienzo de la siembra en los campos egipcios. Si el esfuerzo de los campesinos resultaba, la simiente habría florecido en el comienzo de la siguiente estación —*shemu*—, es decir cuatro meses después, por lo que se celebraría una fiesta en conmemoración a esta diosa, que coincidía, además, con el nacimiento de su hijo Nepri, personificación del grano. Rannut era una deidad vinculada a la siega y a la cosecha, pero también al destino, concepto que está en consonancia con esta etapa crucial de carácter agrícola, tan importante para la supervivencia de los habitantes del antiguo Egipto que dependían de la agricultura, pilar económico del reino. Así pues, este capítulo está dedicado al mundo del campo, en el que no solo estaba integrada como oficio la agricultura, sino también la pesca, la caza, la ganadería y la apicultura.

La diosa Rannut amamantando a su hijo, el dios Nepri. Fuente: *http://polemistas.foroactivo.com*

AGRICULTURA

Esta civilización se basó en la agricultura que fue el elemento clave para su longevidad y desarrollo y cuya importancia contrasta con el denostado oficio de agricultor, desempeñado por aproximadamente el 90 % de la población y de su trabajo vivía la mayoría de los egipcios. Su importancia está reflejada en el *Papiro Willbour*, datado en la XX dinastía (~1190-1075 a. C.), que describe el paisaje agrícola egipcio. Con un clima árido y una pluvimetría anual que solo superaba los 100 ml anuales en el delta, la actividad agrícola se podía llevar a cabo año tras año gracias a dos elementos esenciales que aún hoy coexisten en Egipto: la fértil tierra negra y el Nilo. La primera denominada *kemet* —término con el que los antiguos egipcios designaban su territorio—, era la zona habitada y dedicada también al cultivo de los campos y que se diferenciaba de la estéril tierra roja del desierto, nombrada como *desheret*. El área de asentamiento y labranza se concentraba en las inmediaciones del Nilo y de su delta. El Nilo,

conocido por los antiguos egipcios como *Iteru*, es sin lugar a dudas el ente vertebrador de la cultura del antiguo Egipto, no solo por ser una fructífera fuente de alimentación, sino también porque fue la vía de transporte principal para mercancías y personas. Además, este río es el más largo de todo el continente africano, 6853 km, nace en África Central, en la región de los Grandes Lagos, y atraviesa actualmente nueve países: Burundi, Ruanda, Tanzania, Uganda, Kenia, República Democrática del Congo, Sudán del Sur, Sudán del Norte y Egipto para desembocar en el mar Mediterráneo. El Nilo dividía Egipto en dos partes: *iabet* u oriente e *imenet* u occidente, constituyendo así la ubicación de la ciudad de los vivos y de la de los muertos en relación con la salida y el ocaso del sol, es decir, su nacimiento y su muerte.

El Nilo fue venerado por los antiguos egipcios, aunque nunca se levantó un templo en su honor. Estaba personificado por el dios Hapi, cuya imagen es la de ser un hombre de piel verdosa con senos caídos y barriga abultada, que representa la fertilidad: solo iba ataviado con una barba postiza, símbolo de poder. De igual manera, esta divinidad fluvial tenía como atributos iconográficos peces y plantas, lo que reforzaba la idea de que la deidad era la fuerza benefactora responsable de la rica diversidad de vida que existía en sus orillas y en las profundidades de sus aguas.

Otro de los aspectos que hacían que el Nilo fuera esencial para la vida en el antiguo Egipto, era su ciclo anual, que los egipcios dividieron en tres estaciones: *ajet*, o inundación, *peret*, o siembra, y *shemu*, o cosecha. Los agricultores se preparaban para comenzar su labor cuando el Nilo crecía e irrigaba los campos, proceso que comienza gracias a las lluvias que caen en el actual Sudán Central y que elevan las aguas del Nilo Blanco. A este incremento fluvial se añade el monzón estival que caía en las tierras altas de Etiopía y aumenta el nivel hidrográfico del Nilo Azul. Así pues, todo el torrente líquido llegaba al territorio de Egipto fertilizando los campos al asentarse en ellos una fértil capa de aluvión. De la crecida nilótica dependía todo, pues en torno a ella se configuró la vida en Egipto hasta la construcción de la presa de Asuán en 1970.

El dios Hapi representado en los laterales de sendos tronos de los *Colosos de Memnón*, que personifican la efigie sedente del faraón Amenhotep III (~1390-1353 a. C.).

No obstante, aunque el Nilo era generador de vida su exuberancia no era ni constante ni mansa: su volubilidad contrastaba con las escenas idealizadas de carácter funerario que decoran las tumbas de la plutocracia egipcia, como la del monarca del Nejab llamado Pahery situada en la necrópolis de El- Kab. La crecida del Nilo era caprichosa y peligrosa: la inundación del río debía cubrir de agua la llanura aluvial sin llegar a las zonas habitadas. Sin embargo, si la crecida era escasa o muy caudalosa significaba la hambruna, la enfermedad y la muerte de cientos de personas, porque solo había una cosecha al año. De ahí, que la escasez de alimentos fuera un problema al que tuvieron que enfrentarse los habitantes de Egipto en muchas ocasiones a lo largo de su historia. Una de estas hambrunas fue narrada en un conjunto de documentos conocido como *Cartas de Heqanakht*, escritas por un sacerdote funerario del visir Ipy y datadas al inicio del Reino Medio (~1975-1640 a. C.). En ellas, se describe la dramática situación que sufría en mayor o menor medida toda la sociedad a causa de una hambruna.

Si bien, los egipcios contaban con los nilómetros para medir el desbordamiento anual de las aguas del Nilo, lo que le permitía calcular la cosecha de ese año. Estas estructuras realizadas en piedra en forma de pozo o túnel con escaleras descendentes, tienen labradas en sus paredes o pilares una escala en codos, pies y dedos, que señalaba la superficie de tierra anegada por el Nilo, que además permitía calcular los impuestos a percibir. Los nilómetros estaban repartidos por todo el territorio, con ejemplos que se conservan en la actualidad en la ciudad de Kom Ombo y los edificados en las islas Filé, Elefantina y Edfú.

Nilómetro de Kom Ombo, situado al norte de la Primera Catarata, cerca de Asuán.

Por otro lado, la preocupación de la administración, que se remonta a época predinástica, por aprovechar la inundación al máximo llevó a idear canales de regadío y diques a lo largo de la geografía del reino para retener el agua necesaria que irrigaba los campos de cultivo. Pepi I (~2776-2228 a. C.), tercer faraón de la VI dinastía (~2325-2175 a. C.) en el Reino Antiguo (~2650-2125 a. C.), decretó la construcción de varias de estas estructuras. En el Primer Período Intermedio (~2125-1975 a. C.), el faraón Khety I fundador de la IX dinastía (~2125-2080 a. C.), ordenó que se realizaran las obras de un canal para la ciudad de Sauty (actual Asiut), la capital de XIII *nomo* del Alto Egipto. De igual modo, Sesostris III (~1837-1819 a. C.), quinto monarca de la

XII dinastía (1938-1755 a. C.) en el Reino Medio, mandó que se efectuara la canalización y drenaje del cauce artificial, conocido actualmente con el nombre de Bahr Yusuf, que permitía el cultivo en el oasis de El Fayum, pues lo conectaba con el río Nilo. Otra de las construcciones que destacó por su envergadura, también datada en el Reino Medio, fue un gran dique de 230 metros de longitud que se edificó con el objetivo de salvaguardar el templo de Amón en Karnak.

La actividad del campesino en la fase de la crecida del Nilo era casi inexistente en el campo, pues debía aguardar el momento propicio en el que las aguas retrocedieran de los estanques de barro creados por la crecida y ampliados y completados por el agricultor. Sin embargo, el labriego debía realizar otras labores como mantener las instalaciones hidráulicas limpias y acondicionadas, además de reforzar los márgenes del río para evitar desbordamientos innecesarios. Otro de los trabajos que se hacían a la espera de sembrar los campos, era el de fabricar y reparar herramientas para la misma tal y como describe el *Papiro Lansing*. Tras este período, es decir, el final de la estación de *ajet* y principio de la de *peret*, el duro y extenuante trabajo de sementera se imponía en los campos. Sin embargo, antes de comenzar la siembra, los campesinos debían reparar los canales de regadío y diques que hubieran resultado dañados por la fuerza de las aguas. De igual modo, los agricultores estaban controlados por las instituciones locales, pues los agrimensores se ocupaban de recolocar los mojones que se podían haber desplazado a causa de la inundación del Nilo, para así constatar los límites de cada parcela, lo que evitaba disputas entre vecinos, además de facilitar la aplicación de los impuestos exactos que se grababan por el dominio de cada propiedad.

Azada egipcia, Museo de Bellas Artes de Rennes, Francia.

La gran mayoría de las tierras pertenecían al faraón o en su defecto a grandes terratenientes. Era muy raro que el agricultor libre fuera propietario de la tierra y en pocas ocasiones el agricultor-propietario, al igual que los terratenientes, debía abonar los impuestos que se pagaban en especie. Todo egipcio estaba obligado a llevar a cabo diferentes trabajos, en los que se incluía el cultivo de la tierra, menos las clases pudientes que se libraban de realizarlos con el pago que abonaban a otros individuos más desfavorecidos para que les sustituyeran. A estos trabajadores, mejor definidos como siervos, solo se les sufragaba la manutención y se diferenciaban del jornalero que sí cobraba un salario, aunque paupérrimo. Si alguno de estos trabajadores forzados eludía su responsabilidad con el Estado, eran perseguidos y detenidos y les imponían un castigo severo, que podía consistir en trabajar de por vida para el reino.

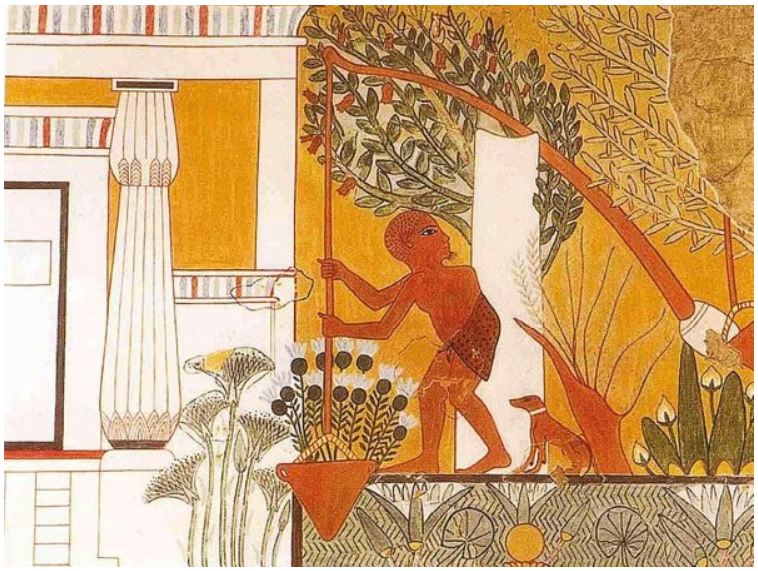
Cuando la tierra estaba bien reblandecida por la inundación del Nilo, se procedía a la roturación. No obstante, si la extensión de tierra era muy amplia los campesinos la araban con la ayuda de animales bovinos, que tiraban de un arado de madera dirigido por un hombre. Este era ayudado por otro hombre que dirigía las reses con un palo, tal y como muestra la escena de la Tumba de Djar en Tebas, datada en el Primer Período Intermedio. Después, se procedía a esparcir la simiente en la tierra removida. Si el terreno estaba demasiado seco se labraba

manualmente con una azada de madera, que estaba compuesta por un mango atado con una cuerda a una especie de pala o pico. Tras sembrar, los agricultores tenían que hacer frente a una nueva amenaza: las plagas de insectos y pájaros que devoraban la simiente, al igual que las fuertes tormentas que podían destruir los campos de cultivo.

Escena de la tumba de Najt (necrópolis tebana), alto funcionario de tiempos del faraón Tutmosis IV (~1400-1390 a. C.), en la que se representan varias fases de la actividad agraria, que se lee de abajo arriba: en el primer registro los campesinos adecentan y roturan la tierra, en el siguiente están cosechando lo cultivado y en los dos últimos el grano ya está recolectado y lo están cribando. Todos estos trabajos están atentamente supervisados por el capataz o dueño de la tierra.

Si el proceso anterior había dado buen resultado y las fuerzas de la naturaleza habían sido clementes, la cosecha sería abundante y los campos estarían repletos de espigas de trigo, cebada y lino, que eran las tres plantas más cultivadas en el antiguo Egipto. Se tiene constancia, tanto por la iconografía funeraria como por la arqueología, que las dos primeras se segaban con una hoz tallada en madera a la que se le incrustaban dientes de pedernal. Asimismo, el lino en vez de segarlo se arrancaba de raíz, ya que debía ser tratado y blanqueado para convertirlo en tejido. Después, lo recolectado se trasladaba a la era de trilla por medio de burros, y el sobrante que quedaba esparcido en el campo abandonado era recogido por niños que podían quedárselo. En la era —espacio de tierra limpia y firme que en algunas ocasiones está empedrado— se trillan las mieses. El grano

era separado de la paja por medio del pateado de varios animales que andaban en círculo y eran conducidos por varios hombres con unas varas. Luego se eliminaban todas las impurezas que pudiera tener el cereal y se trasladaba fuera de la era para ser amontonado y aventado. Finalmente, el conjunto de semillas, ya limpias, se guardaba en sacos o cestas en los llamados silos, que eran depósitos para almacenar alimentos.



Cigoñal representado en la tumba de Ipuy, un escultor de la ciudad de Deir el-Medina.

El Alto Egipto, que comenzaba al sur de Menfis y concluía en la Primera Catarata del Nilo, y el Bajo Egipto, cuya tierra se iniciaba en el delta hasta el oasis de El Fayum, se diferenciaban geográficamente, lo que propiciaba un tipo de cultivo u otro. En la primera zona, conocida por los antiguos egipcios como *Ta Shemahu* (‘tierra del junco’), se sembraba trigo, lino y cebada, esenciales para la supervivencia de los habitantes del reino, pero también legumbres, frutales y dátiles. En el Bajo Egipto o *Ta Mehu* (‘tierra del papiro’) en el delta occidental y en el oasis del desierto libio, nunca se pudieron cultivar grandes extensiones de tierra, pues era una zona de pantanos y marismas. Sin embargo, en esta región se desarrolló sobre todo la vid, que se plantó donde la inundación del Nilo no impedía este cultivo.

Por otro lado, existían otros productos alimentarios cuyo cultivo requería un riego constante, razón por la cual se plantaban en huertos o jardines de la élite o de algún templo. Este tipo de labranza —en el que se incluían la cebolla, la lechuga, los ajos, las lentejas y varios frutales como el sicomoro, la palmera datilera y la higuera—, necesitaba de la irrigación artificial, manual o semimanual todo el año. Uno de los métodos de riego consistía en transportar dos contenedores de cerámica, llenos de agua, que iban suspendidos a una percha de madera que un hombre cargaba sobre sus hombros. Un segundo sistema, que se implantó a partir de la XVIII dinastía (~1539-1292 a. C.), fue el cigoñal o *shaduf*. Este artilugio hidráulico que cumple el principio de palanca, se basaba en un soporte en el que se apoyaba una pértica que poseía en uno de sus extremos un contrapeso, mientras que en el otro había colgado un recipiente para poder recoger y elevar el agua. Posteriormente, ya en época ptolemaica, se comenzó a utilizar la noria hidráulica que estaba compuesta por varios canjilones que recogían el agua y era accionada por un par de bueyes. En Egipto, existían siete regiones que fueron las encargadas de suministrar los productos básicos para alimentar a los habitantes de Egipto: el valle del Nilo, el delta del Nilo, El Fayum, el desierto Occidental y Oriental, Nubia y la zona de Palestina y Siria.

Desde el Reino Antiguo, las zonas agrícolas estaban divididas por regiones: oasis de El Fayum, los oasis de Bahariyas, Farafra y el-Dakhla y el Kharga en el desierto Occidental, donde se cultivaban uvas y dátiles. En el desierto Oriental se desarrolló el pastoreo de forma más o menos intensiva durante toda la época faraónica. En cuanto a Nubia, se abrió una vía comercial para acceder a productos muy apreciados como las especias. Las zonas costeras de Palestina y Siria, que tenían una relación estrecha con Egipto, exportaban aceite y vino ya desde época predinástica.

PESCA Y CAZA

En torno a la riqueza natural del Nilo, que está representada con todo lujo de detalles en una de las escenas de la Tumba de Nebamún en Tebas, se desarrolló la actividad pesquera y además fue una zona de recreo de carácter cinegético para los egipcios de clase alta. En las aguas del Nilo, habitaban toda clase de criaturas peligrosas para el hombre como cocodrilos e hipopótamos, pero otras muchas que además vivían en canales, embalses y estanques, como el siluro, la tilapia o *inet* —que era sagrada además de símbolo de la vida y la resurrección

—, la perca o *abdyu* que era considerada también signo de renacimiento y el mújol o *adu* que era el mensajero del dios Hapi. Sin embargo, existía una excepción entre todas las especies del Nilo que no se pescaba, porque era considerada impura, aunque fue venerada: el pez conocido en el antiguo Egipto como *ojat* y que actualmente lleva el nombre de oxirrinco. Según la mitología egipcia, uno de los ejemplares de esta especie se habría tragado el falo de Osiris, cuando su hermano Seth lo había despedazado. Por otro lado, los utensilios que usaban los pescadores para capturar animales acuáticos eran redes, arpones, cañas y nasas. Estas últimas son trampas para capturar peces en zonas poco profundas. El método de pesca consistía en el que los pescadores se colocaban en la orilla del río o en pequeñas barcas construidas con papiro y madera, desde las cuales podían atrapar a los animales.

Paleta de los Cazadores, también conocida como *Paleta de la Caza del León* de arenisca está datada en el período predinástico (~4000-2920 a. C.). Su función es ritual, pero la circunferencia tallada casi en su centro indica que este tipo de objetos estaban destinados para la preparación de cosméticos. Actualmente se expone en el Museo Británico, EA20792.

Por otra parte, la caza también prosperó como fuente de alimentos y diversión en Egipto ya desde época predinástica, como muestra la escena de la llamada *Paleta de los Cazadores*. En un primer momento se hacía a pie sin embargo, en el Reino Nuevo (~1539-1075 a. C.), gracias a la introducción del caballo y el carro se impuso este nuevo modo de caza. Entre las diferentes modalidades cinegéticas estaba la caza de aves acuáticas (garzas, ánsares, oropéndolas, palomas torcaces, patos…), que exigía un tipo de arma diferente a las señaladas en el párrafo anterior, pues se utilizaba una especie de bumerán que se arrojaba

desde una barca. También se usaban redes que se lanzaban al aire para así capturar más pájaros, tal y como se representa en una de las imágenes de la capilla de Nefer-her-n-ptah en Saqqara conocida como ‘el huerto con cazadores de pájaros’ datada en la V dinastía (~2450-2325 a. C.), o en la escena ya posterior, de la Tumba de Najt ubicada en Tebas y fechada en el Reino Nuevo.

Los egipcios también se dedicaban a la caza mayor, en el desierto, en la que se incluían leones, gacelas, avestruces, hienas y búfalos salvajes. También en este caso, era un pasatiempo para la aristocracia en la que participaba el faraón. Esta modalidad de caza era casi un ritual, pues el aristócrata iba montado en un carro, como si se tratara de la guerra, y armado con un arco y flechas para abatir a sus presas. Además, iba acompañado por varios hombres bien experimentados en esta materia y por lebreles entrenados, que le ayudaban en su empresa, tal y como se ha representado en el abanico de oro hallado en la tumba de Tutankhamón (?-1324) y conservado en el museo del Cairo. La caza de estos animales no tenía por qué implicar su muerte, pues en algunas ocasiones se capturaban dejándolos con vida para ser exhibidos o para su domesticación.

Escena de caza de aves entre papiros de la Tumba de Nebamún. El protagonista de la imagen empuña un bumerán con su mano derecha, mientras que con la izquierda agarra tres garzas.

GANADERÍA Y APICULTURA

La actividad ganadera ya estaba desarrollada en época predinástica como se demuestra por los restos de vacas, cabras, ovejas, cerdos y perros, y fue con la agricultura uno de los pilares económicos del reino. Por lo que es en este mismo período cuando se comienzan a construir cabañas ganaderas para rebaños de bueyes, cabras, ovejas, burros, cerdos y gran variedad de aves. En época faraónica, los grandes rebaños de animales pertenecían al faraón y a los templos. La alimentación del ganado tenía dos modalidades: la primera se desarrollaba en los establos, cuando había suficiente vegetación para alimentarlos en libertad, como es el caso del delta del Nilo. La segunda era una ganadería trashumante, en la que el ganado era llevado de un lugar a otro buscando zonas de hierba. Dos de los peligros que conllevaba este método, eran, por un lado, el cruce con los animales de una orilla a otra del Nilo que podían ser devorados por cocodrilos y, por otro, la presencia de ladrones que podían hacerse con parte del ganado. Sin contar, por supuesto, con las epidemias que diezmaban la cabaña ganadera. Asimismo, fue durante la XVIII dinastía cuando se comenzó a utilizar los hierros para marcar el ganado como propiedad.

Existían varias clases de astados: de cuerno corto y de cuerno largo y además desde el Reino Nuevo se introdujo, procedente del Próximo Oriente, el toro hindú que se distinguía por tener una joroba en el lomo. También se domesticaron patos, gansos, cabras y cerdos. En el Reino Antiguo se intentó domesticar al antílope, al órice y a la hiena, pero se fracasó. El burro se domesticó hace 5000 años y se utilizó desde épocas tempranas como animal de carga. El camello no se introdujo en Egipto hasta época persa. Asimismo, el caballo fue introducido en Egipto hacia finales del Segundo Período Intermedio (~1630-1520 a. C.) y estuvo destinado, sobre todo, a la guerra y a la caza mayor.

Bóvidos pasando por el Nilo, escena esculpida y policromada de la mastaba de Ti —alto funcionario que vivió durante la V dinastía (~2450-2325 a. C.)—, construida en la necrópolis de Saqqara.

La apicultura se conocía en el antiguo Egipto desde el Neolítico, gracias a la abundante vegetación de la ribera del Nilo proporcionaba alimento a las abejas. En época predinástica, se tiene constancia de que los egipcios conocían las tres clases de antófilos que había en una colmena. Sin embargo, desconocían que la reina fuera tal, pues pensaban que el individuo principal de estos insectos era macho. Asimismo, la apicultura se practicó antes de la unión del Alto y el Bajo Egipto llevada a cabo por el faraón Narmer (~2900 a. C.), aunque no hay evidencia de su desarrollo hasta bien entrado el Reino Antiguo. Su representación iconográfica no se dio hasta siglos después. Una de las primeras representaciones de apicultura data del 2600 a. C. Se trata de un relieve que forma parte del templo de Sun, en Abu Ghorab, construido por el faraón de la V dinastía, Net-user-o re (~2402-2374 a. C.), en el que se representa la recolección de la miel y el sellado de sus recipientes. En el Reino Medio, se incrementa el número de textos en los que se habla de la apicultura, en contraposición a las escasas imágenes que la representan. Hay que esperar al Reino Nuevo para ver más imágenes de esta actividad. Un ejemplo conservado se halla en la tumba del visir Rekhmire. Gracias a estas imágenes se conoce

cómo eran los panales en el antiguo Egipto: tubos cilíndricos de barro cocido de gran tamaño. Los tubos estaban abiertos por ambos lados para la salida de los insectos y la recolección de la miel, que era almacenada en recipientes hondos de cerámica que se apilaban horizontalmente. De igual modo, el principal centro de apicultura fue el Bajo Egipto, cuyo símbolo representativo era la abeja.

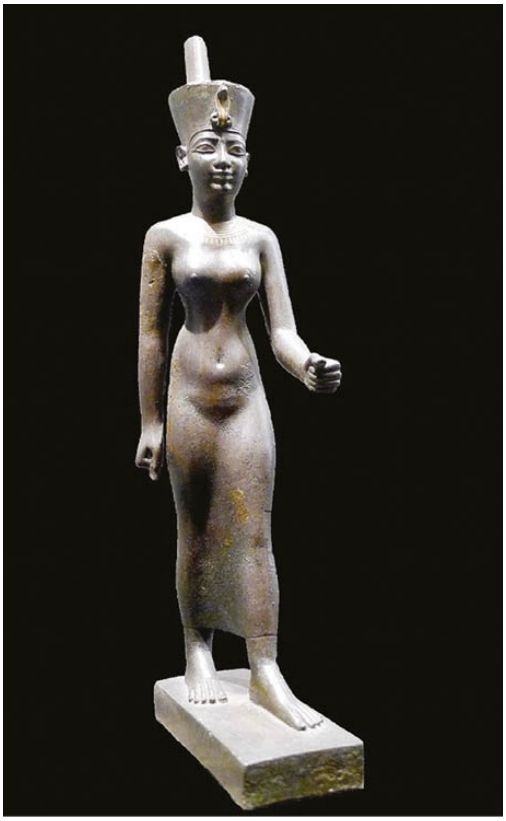
Abeja tallada en huecorrelieve perteneciente al complejo funerario del faraón Sesostris I (~1920-1875 a. C.). Este insecto era uno de los símbolos que representaba al faraón.

Uno de los métodos más extendidos en el reino, fue la apicultura trashumante que ha perdurado durante siglos y que consistía en el traslado de las colmenas a lomos de burro siguiendo la floración vegetal. Asimismo, la aristocracia contaba en sus jardines con colmenas que vivían en tinajas de barro. Al margen de la cría de la abeja, existían recolectores de miel silvestre, que era aún más apreciada, por lo que estos iban acompañados de arqueros que los protegían de los robos.

5

Festividad y procesión de Neit

La fiesta y procesión de Neit se celebraba el 8 del segundo mes de *peret* en la ciudad de Letópolis, capital del II *nomo* del Bajo Egipto. En esta festividad se abrían las puertas del templo de la diosa para llevar ofrendas de alimentos a los dioses. La diosa Neit era una de las divinidades más antiguas del panteón egipcio y en época predinástica estaba vinculada a la caza y a la guerra. Más tarde, fue asociada a la creación de los dioses y hombres, por lo que en época saíta (~730-715 a. C.) fue proclamada la madre de todos los dioses y divinidad estatal. Además, Neit fue una diosa inventora, creadora del tejido, razón por la cual fue patrona de los tejedores. Se la representaba como una mujer con la corona del Bajo Egipto o Roja y puede llevar como atributos iconográficos un arco y dos flechas, como recuerdo de su antigua imagen, además de sujetar en una de sus manos una lanzadera de tejedora: instrumento de madera que tenía forma de barca, en cuyo interior va colocado el carrete del hilo con el que se teje en el telar. En el mundo funerario era la encargada de otorgar las vendas de lino a los difuntos. Esta festividad da paso al asunto de este capítulo: la moda, la estética y el culto al cuerpo en esta civilización.



Estatuilla de bronce representando a la diosa Neit, cuyo atributo iconográfico más característico fue la corona Roja o del Bajo Egipto. Figura datada en la Baja Época (~715-332 a. C.). Museo Británico.

INDUMENTARIA Y COMPLEMENTOS

La vestimenta en el antiguo Egipto varió, como es lógico, a lo largo de su historia, aunque las prendas carecían de cortes y apenas poseían costuras, por lo que se debían ajustar al cuerpo con ceñidores o cinturones. Los pocos adornos que se incorporaron a la vestimenta se reducían sobre todo a pliegues, que debieron realizarse sobre la tela por medio de prensados. El principal material que se utilizó para fabricar la indumentaria fue el lino —blanco o crudo—, fibra vegetal que encajaba a la perfección con el clima seco y caluroso de Egipto ya que es ligero, fresco y además de fácil lavado, lo que cumplía con el concepto de pureza vinculado con la limpieza. Este fue el tejido estrella hasta la conquista macedónica. El lino se tejía en telares: el más antiguo era horizontal y ha sido

documentado desde el III milenio a. C., mientras que el vertical se inventó un milenio después, aunque nunca suplantó al primero. Es en esta época cuando se produce el desplazamiento de parte de la población siria a Egipto, entre los que iban numerosos tejedores que establecieron telares en el valle del Nilo y trajeron nuevos aires que influyeron en la moda egipcia.

Sandalias egipcias fabricadas con hojas de palmera procedente del Bata Shoe Museum de Toronto, Canadá.

Por otro lado, la lana también fue utilizada por los egipcios, ya que era apta para las noches frías. Sin embargo, se cree que la lana no estaba permitida en templos, pero sí en las tumbas, pues se han hallado madejas de lana con agujas en un enterramiento, que actualmente se conservan en el Museo del Louvre.

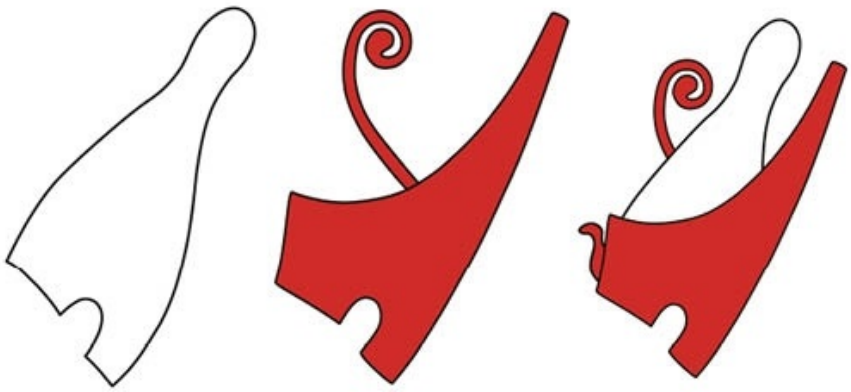
Además de los vestidos, los egipcios adornaban sus cuerpos con joyas. La aristocracia iba profusamente enjoyada con brazaletes, pectorales, collares y sortijas, fabricados con materiales nobles como el oro —del que se creía que era la carne de los dioses—, electro, coralina, lapislázuli, cristal de roca, amatista, ámbar o granate. Esta misma clase social era la única que iba calzada con

sandalias hechas de palmera, cuero y papiro: de la parte delantera de la suela salía una tira que quedaba entremedias de los dos primeros dedos del pie y que se ajustaba al talón. En la XIX dinastía (~1292-1190 a. C.) se creó un nuevo modelo que tenía como característica la puntera levantada: un calzado de este tipo y de color rojo se encontró en la tumba de la esposa del escriba real Ani.

Las pelucas también eran un complemento esencial en la estética egipcia, ya que los habitantes del valle del Nilo se rasuraban la cabeza para evitar parásitos a la vez que mitigaban el calor. Al igual que la vestimenta, los postizos capilares fueron variando de forma, volumen y materiales a lo largo de la historia —como las de lino negro, cuyos mechones se retorcían o trenzaban, o las de pelo natural —, y tanto hombres como mujeres las llevaban y podían recogerse con agujas. Para el peinado y colocación de los mechones de estos postizos, se utilizaban sobre todo alfileres, aunque también se usaban peines. Los hombres del pueblo que no podían costearse un postizo, llevaban un gorro de fieltro negro.

El tocado exclusivo de la realeza eran las coronas, entre las que destacaban para el faraón la del Alto Egipto o Blanca, decorada con el *ureus* o cobra sagrada, y la del Bajo Egipto o Roja, decorada con el cayado *heka*. Cuando las dos tierras se unificaron se creó una tercera corona en la que se unieron las dos citadas anteriormente, llamada *pschent*. La corona de carácter militar que llevaban los reyes se conocía como *khepresh:* un casco de cuero azul que se popularizó en época del faraón Akhenatón (~1353-1336 a. C.). Un sexto modelo era el tocado denominado *nemes* o *klaft*, que no era otra cosa que un rectángulo de tela que llevaba un diseño de franjas doradas y azules que se ceñía a la nuca y dejaba al descubierto las orejas. Iba rematado con la imagen de la diosa buitre, Nebjet, o de la diosa cobra, Uadyet. Las reinas también cambiaron de corona a lo largo de la historia. Una de las que más destaca es el tocado Buitre, cuyo nombre hace referencia a la forma de esta ave rapaz: la cabeza del animal coincidía en el centro de la frente y sus alas plegadas caían detrás de las orejas. Habitualmente, la corona se realizaba en oro y su uso se remonta a la IV dinastía (~2575-2450 a. C.), aunque se generalizó en el Reino Nuevo (~1539-1075 a. C.) y se prolongó hasta época ptolemaica. Su significado está vinculado con la responsabilidad que tenía la reina de proporcionar ascendencia al faraón, pues el jeroglífico buitre, *mut*, significa ‘madre’. Otra de las coronas más empleadas por

las reinas fue la que se componía de dos grandes plumas de halcón erguidas y sujetas por un soporte circular que simbolizaban la dualidad de la reina y que hace referencia al dios Horus. En el Reino Nuevo, las consortes del monarca comenzaron a utilizar el disco solar sustentado por los cuernos de una vaca, que estaban relacionados con el dios Re y la diosa Hathor.



Las tres principales coronas que llevaba el faraón. La primera, a la izquierda, era la Corona Blanca o del Alto Egipto también conocida como *hedyet*. La segunda representa el Bajo Egipto y era la Corona Roja llamada *desheret*, mientras que la última, denominada *sejmty* o Corona Doble, simboliza la unión de las dos tierras del valle del Nilo.

Uno de los emblemas más utilizados, tanto por los faraones como por sus esposas para decorar sus coronas o tocados, fue el *ureus* que se remonta a la I dinastía (~2950-2775 a. C.) que representa a la diosa cobra Uadjet, diosa tutelar del Bajo Egipto, que se convirtió en uno de los símbolos protectores más importantes y poderosos del antiguo Egipto.

VESTIMENTA FEMENINA

Las mujeres que vivieron en tiempos de los Reinos Antiguo (~2650-2125 a. C.) y Medio (~1975-1640 a. C.) vestían con una túnica de lino ceñida al cuerpo y escotada en forma de pico, que iba sujeta por uno o dos tirantes que cubrían una parte o el total de los senos. La diferencia entre mujeres nobles y mujeres del pueblo es que las primeras vestían túnicas de color rojo o anaranjado —alto

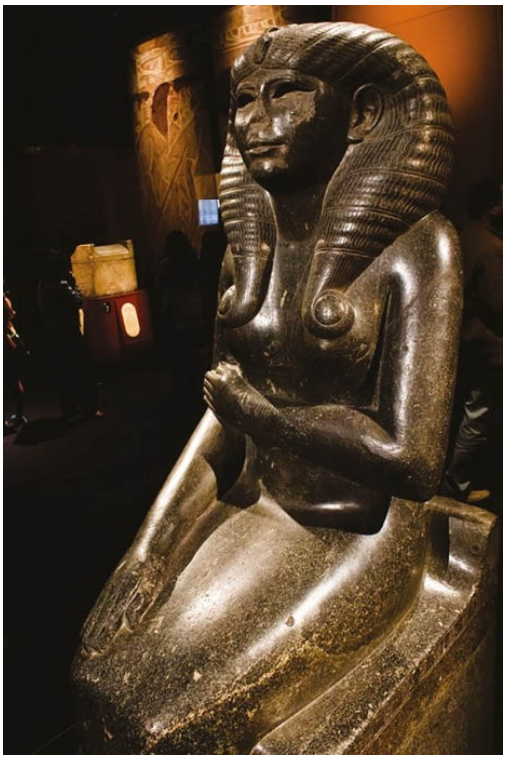
coste del tinte, símbolo de elevado rango—, y las segundas llevaban túnicas blancas o de tono crudo. Este ropaje se podía adornar gracias a unos trajes de redecilla elaborados con cuentecitas que se solían colocar encima de las mismas. Estas túnicas también podían ir bordadas, pero eran privativas de las aristócratas por su precio.

Vestido de redecilla elaborado con cuentas alargadas de fayenza azul verdoso y negro. En los tirantes de la vestimenta se han colocado dos semiesferas del mismo material a modo de adorno. Se conserva en The Petrie Museum of Egyptian Archaeology de Londres.

Durante el Reino Nuevo se produjo un cambio en la vestimenta de las egipcias con la llegada de tejedores sirios al país: se impuso una variedad de soluciones estéticas en torno a una misma indumentaria por medio de plegados. Los tejidos eran transparentes, plisados y vaporosos. Una de las novedades fue una especie de blusa que se colocaba encima de la túnica y tenía mangas anchas plisadas que se cruzaban alrededor del cuerpo. Este tipo de vestimenta se implantó en la época del faraón Akhenatón y continuó en tiempos del Gobierno

de Ramsés II (~1279-1213 a. C.). Una segunda innovación fue el alargamiento de los mantos de forma rectangular tal y como salían del telar y que se enrollaban en el cuerpo adoptando formas diferentes, entre otras, la almalafa, que se anudaba sobre el pecho y los mantos con el plegado etíope o el plegado doblado.

Entre los complementos más destacados de la estética femenina estaba la peluca. En el Reino Antiguo eran lisas y con una longitud que no sobrepasaba los hombros, mientras que durante el Reino Medio se impuso un corte más largo y eran más abultadas. Durante el Reino Nuevo las pelucas se siguieron alargando con una innovación: cuentas de colores en el extremo del pelo. Estos cabellos postizos se ajustaban a la cabeza con cintas que podían ir adornadas con flores naturales de loto. Las mujeres, además, podían llevar en la peluca para los lujosos banquetes unos conos de grasa perfumada de buey, cera y esencias que al derretirse nutrían la piel y dejaban una intensa fragancia en el ambiente. Estos adornos olorosos eran un símbolo de alto estatus social.



Estatua sedente de granito de la reina Nefret, esposa de Sesostris II (~1845-1837 a. C.), hallada en Tanis y actualmente conservada en el Museo del Cairo. Nefret lleva puesta una pesada y voluminosa peluca de caracol vinculada a la diosa Hathor, que consistía en enrollar el pelo del postizo a un elemento circular rígido que caía sobre el pecho.

VESTIMENTA MASCULINA

Los hombres vestían habitualmente una prenda muy sencilla llamada *shenti*, que consistía en un largo y estrecho rectángulo de lino que se colocaba envolviéndose en la cintura y que se ajustaba gracias a una faja de tela, con una longitud que no sobrepasaba las rodillas. Después se pasaba por debajo de las piernas y uno de sus extremos iba anudado en la zona de la cadera por un ceñidor. La *shenti* del faraón estaba adornada por suntuosos cinturones, de los que colgaban galones en los que se señalaba el nombre del individuo y las insignias reales.

Una segunda prenda, sin mangas, era la túnica o *kalasiris* de lino —vestida por individuos de la clase alta—, que se impuso en Egipto por la influencia oriental durante el Reino Nuevo. Era trasparente y se ajustaba al cuerpo con un cinturón. Una variante de esta prenda era una túnica muy ancha, cuyo frente se disponía de forma triangular y plisada. Los pliegues de esta prenda estarían muy tiesos porque suponemos que se engomaban. Un tercer modelo, el manto *sush* se ceñía a la cadera con un cinturón y se podía colocar de diversas maneras: enrollado a la cadera, a las piernas o por debajo de las axilas. También se solía colocar uno de sus extremos en el hombro izquierdo de manera que la tela caía por la espalda por lo que el otro hombro quedaba al descubierto. En el Reino Nuevo este manto se colocaba por encima de la *kalasiris.*

Detalle del anverso de la *Paleta de Narmer* de esquisto verde, en el que aparece representado el faraón (~2900 a. C.) que unificó las dos tierras del valle del Nilo en el momento de asestar un golpe mortal a un enemigo con la maza o *hedj*. El monarca va ataviado con la *shenti* adornada con un cinturón del que cuelgan varias insignias. Museo del Cairo.

El faraón además de la *shenti* vestía otras prendas como el *calambé* real o el manto conocido como almalafa real. El primero de ellos, que recuerda a la *shenti*, era un faldellín plisado que tenían rayas azules, amarillas y verdes separadas por líneas blancas. Esta prenda se sujetaba al abdomen con un cíngulo, cuya particularidad radicaba en la larga tela que caía desde el vientre. Habitualmente, esta vestimenta iba engalanada por un segundo cinturón muy lujoso compuesto por adornos colgantes. La túnica o almalafa real era semitransparente y se puso de moda durante el reinado de Akhenatón. Se envolvía al cuerpo sujetándola con un cinturón y se anudaba al pecho. La parte delantera del cuerpo iba adornada con unas cintas de colores. Esta vestidura se popularizó entre los hombres de la nobleza.

Las pelucas masculinas en el Reino Antiguo estaban compuestas por mechones superpuestos, cuyo largo no traspasaba la línea de los hombros y tapaba las orejas. Durante los Reinos Medio y Nuevo, las pelucas se alargaron y alisaron. Otros complementos vinculados a la realeza fueron los cetros: el flagelo o *nejej* y el *heka* o cayado, así como el cetro *uas* y la maza o *hedj* —instrumento militar con la que se aplastaban las cabezas de los enemigos—. Asimismo, los príncipes y grandes dignatarios llevaban el *sekhem* o *aba*, mientras que las reinas llevaban el *uadj* que culminaba en una flor de loto abierta.

JOYERÍA

Los objetos de orfebrería egipcia, además de ser estéticamente hermosos, tenían la función de proteger al individuo que los llevaba. Otro de sus cometidos era religioso, por lo que muchas de estas piezas tomaban la forma de un dios o símbolos vinculados a una deidad como el *udjat* u ojo de Horus o el nudo *tiet* asociado a Isis. Asimismo, eran un símbolo de alto estatus por lo que solo las lucían un grupo reducido de personas. Había una gama amplia de joyas que podían cubrir al individuo desde la cabeza a los pies: coronas, diademas, pendientes, collares pectorales, brazaletes, pulseras, anillos, cinturones, tobilleras, etc. Estas piezas eran utilizadas tanto por hombres como por mujeres.

La llegada de metales preciosos al valle del Nilo propició el desarrollo de talleres, cuyos máximos exponentes se ubicaron en Menfis, Coptos, Tebas y, ya en época ptolemaica, en Alejandría. Estos centros artesanos estaban supeditados al Estado, por lo que existían varios cargos de funcionarios vinculados a ellos entre los que destaca el de jefe de los orfebres, cinceladores, grabadores y sopladores, que gozaron de consideración social, aunque nunca firmaban sus obras como la gran mayoría de los artesanos egipcios. Las técnicas que fueron utilizadas para su realización fueron muy variadas, pues las piezas de joyería presentan soldaduras, cincelados, repujados y enhebrados. No obstante, el método de fabricación más característico es el *cloisonné* o tabicado: la plancha de metal se rehundía para crear la composición que estaba constituida por compartimentos que posteriormente eran rellenados por incrustaciones de piedras preciosas y semipreciosas, pasta vítrea y fayenza, que eran cortadas con anterioridad a la medida de dichos compartimentos.

Pectoral realizado con la técnica del *cloisonné* hallado en la tumba del faraón Tutankhamón (~? -1324 a. C.), hoy en el Museo del Cairo, en cuya decoración se ha representado su nombre, Neb-jeperu-Ra. En la barca solar figura la palabra *Neb*, en el escarabajo y las tres flores de loto *Jeperu* y por último el disco solar sostenido por un cuarto creciente que hace referencia a *Ra*. En esta esfera de plata, aparece el faraón acompañado de Thot y Horus. Además, está representado el ojo *udjat* u ojo de Horus, que era uno de los amuletos más utilizados por los egipcios. La joya está realizada en oro con incrustaciones de lapislázuli, coralina y turquesa. Sin embargo, la pieza que más destaca es el escarabajo tallado en un raro mineraloide procedente del desierto libio denominado lechatelierita de un color amarillo verdoso.

Desde época predinástica se tiene constancia de que los egipcios se enterraban con oro, por los restos que se han hallado de este metal noble en algunas tumbas. Sin embargo, el primer testimonio conservado se halló en Abydos en la tumba de Djer (~2870-2823 a. C.), tercer faraón de la I dinastía, en la que ya se observa la pericia técnica de los orfebres egipcios. Su ajuar fue saqueado, pero a los ojos de los ladrones pasaron desapercibidos cuatro brazaletes ocultos de oro, lapislázuli, amatista y turquesa que ahora se encuentran en el Museo del Cairo. Las joyas se encontraron por debajo del vendaje del brazo desmembrado de una mujer momificada, única parte del cuerpo que se conserva. Uno de estos brazaletes se caracteriza por estar realizado en oro y turquesa en la que se ha representado a Horus. En los otros aparece la figura de la roseta mayor en la que se ha utilizado oro, turquesa y lapislázuli. Los miembros de la realeza no eran los únicos que

podían contar con piezas de joyería en sus ajuares. Se conoce una tumba procedente del cementerio de Naga-ed-Dêr en Abydos, cuyo dueño estaba enjoyado con collares de piedras preciosas, amuletos de oro y un aro del mismo material en la cabeza, alhajas sencillas si las comparamos con las joyas de la familia real.

En el Reino Antiguo, se conservó tanto la técnica como los modelos decorativos de época tinita. De este período, se ha conservado un bajorrelieve que describe el proceso de elaboración de joyas. Esta representación pertenece a la mastaba de Mereruka, gobernador de Menfis y visir del faraón Teti (~2305-2279 a. C.), primer monarca de la VI dinastía (~2325-2175 a. C.). En el proceso de fabricación de joyas, lo primero que se hacía era pesar el metal con el que se iba a realizar el objeto, cuyo peso era anotado por un escriba. Luego, en unos hornos se fundía el metal colocado en unos moldes de piedra y después se incrustaban fragmentos de diversas piedras y cerámica azul frita que formaban parte de la decoración.

Fue durante el Reino Medio cuando se produjo un cambio sustancial en la joyería egipcia. Solo los orfebres de la XII dinastía (~1938-1755 a. C.) alcanzaron tal grado de destreza técnica nunca superado en ninguna otra etapa de la historia egipcia y que ha quedado reflejado en las tumbas de reinas y princesas de las necrópolis Dashur y El Lahun. Este impulso se debió, en parte, a la llegada de oro masivo procedente de Nubia, que produjo una fiebre aurea entre la élite. También se renovaron los modelos decorativos gracias a la influencia del Próximo Oriente y del Egeo que, además, trajeron innovaciones técnicas como el granulado que se basaba en la fabricación de diminutas esferas que se soldaban a otras piezas de metal. Uno de los ejemplos más llamativos que se han conservado apareció en la necrópolis real de Dashur, en la pirámide de la princesa Khnumet hija del Amenemhat II (~1878-1843 a. C.), tercer faraón de la XII dinastía. El ajuar estaba intacto y en él había dos coronas, diversos colgantes, varias pulseras y ceñidores. De este tesoro destaca, sobre todo, la corona de oro compuesta por un motivo floral que se repite ocho veces: una roseta con lirios abiertos a los lados colocados de forma horizontal. En esta decoración se alterna, uno sí y otro no, un tercer lirio ubicado en la parte superior de la roseta. De los lirios verticales nacen unos salientes curvos coronados por un buitre, que sirven de sujeción a una palmera de oro que se yergue en el centro de la corona.

El Reino Nuevo fue un período de continuidad, aunque hubo cierta renovación en los asuntos decorativos. Uno de los conjuntos de orfebrería más relevantes de esta época pertenecía al ajuar de la tumba de Tutankhamón (~? -1324 a. C.). Entre todas las vendas de lino que envolvían el cuerpo del monarca se hallaron 143 amuletos y joyas entre los que destacan la máscara funeraria de oro con incrustaciones de coralina, lapislázuli, cuarzo, fayenza y pasta de vidrio; el pectoral que colgaba de su cuello, que representaba a Horus alado; los trece brazaletes que enjoyaban los antebrazos de rey realizados en oro, electro, pasta vítrea y piedras semipreciosas; y las fundas de oro que cubrían sus manos y pies. La cabeza del monarca estaba cubierta con un casquete de lino en el que se habían cosido motivos de cobras, que estaban realizados con cuentas de oro y fayenza. Sobre esta funda se colocó una diadema compuesta por círculos de coralina sobre una franja de oro que culminaba en una cobra.

Cosmética

El cuidado personal al que dedicaban mucho tiempo era un aspecto importante en la vida cotidiana de los egipcios. De hecho, las actividades relacionadas con el cuidado corporal y estético del faraón —barberos y pedicuros— tenían mucho peso en la sociedad. Eran personajes influyentes, ya que la figura del monarca era sacrosanta y tocarla o tener una relación directa con él significaba tener una posición extremadamente privilegiada. Por otro lado, las capas más pudientes se lavaban varias veces al día, al levantarse y en las comidas principales, en una estancia de la casa preparada para este menester, donde se utilizaba una especie de jabón elaborado con una mezcla de natrón, ceniza y grasa. El pueblo se aseaba en el Nilo o en los canales. Como objeto fundamental del tocador estaba el espejo, que en el antiguo Egipto era una placa metálica, habitualmente de bronce bruñido con forma de elipse y cuyo mango estaba decorado.

El culto al cuerpo pasaba por la depilación como el afeitado masculino que solo dejaba libre la parte superior del labio, con un estrecho bigote y la barbilla con una perilla. Los faraones usaban barbas postizas en las grandes ocasiones como lo muestran las representaciones halladas en piedra o en pinturas. Se tiene constancia de que para este menester los egipcios contaban con navajas de afeitar —que guardaban en estuches de cuero— desde época predinástica, cuya forma se fue modificando a lo largo de la historia. Dos de estas navajas, las más antiguas encontradas, tenían un diseño diferente: la primera era asimétrica y de

un solo filo que pronto cayó en desuso, mientras que la segunda se componía de una espátula con uno de sus lados redondeados y afilado. Fue a partir de este último modelo como se crearon nuevos tipos de navajas: en el Reino Nuevo tenían forma de hacha. Es posible que en el afeitado los hombres se untaran la cara con ungüentos aceitosos para poder proteger un poco la piel ya que no existía el jabón. Para zonas más localizadas se utilizaban pinzas, mientras que las partes más delicadas se rasuraban con un útil que se formaba por dos elementos metálicos que estaban unidos por una aguja.

Escena de peinado tallada en huecorrelieve procedente del ataúd de la reina Kawit —esposa del faraón Mentuhotep II (~2009-1959 a. C.)— de la necrópolis de Deir el-Bahari y datada en la XI dinastía (~2080-1975 a. C.), Museo del Cairo. En la imagen se puede apreciar cómo la sirvienta de la derecha está trenzando la peluca de la dama, mientras bebe un cuenco de leche que lleva en su mano derecha. En su mano izquierda agarra un espejo.

Los ungüentos, cremas y productos de belleza se elaboraban con aceites vegetales —el de ricino fue muy utilizado entre la clase menos pudiente—, y grasas animales que servían de aglutinante para mezclarlos con resinas y sustancias aromáticas. Sus recetas las conocemos gracias a los papiros médicos como el de *Hearst* y el de *Ebers*. Además de tener una función estética tenían cualidades higiénicas y medicinales —cuyas recetas también aparecen en los papiros médicos—, que paliaban el calor y el clima seco de Egipto. En los ojos se aplicaba una mezcla de agua, goma aguada y polvo verdoso de malaquita (*udju*), óxido de cobre —que se puso de moda sobre todo en el Reino Antiguo y que tiene propiedades antibacterianas—. También se usaba la estibina

(*mesdemet*), conocida como kohl, un sulfato de antimonio triturado que se generalizó en el Reino Nuevo y que servía para perfilar los ojos además de protegerlos contra los insectos. Las pestañas se pintaban con polvo de galena —sulfuro de plomo—, mientras que los párpados superiores se sombreaban con el molido de malaquita, azurita o kohl.

Utensilios para el cuidado personal datado en el Reino Nuevo (~1539-1075 a. C.): 1. Recipiente de marfil y madera para contener kohl; 2. Navaja de bronce; 3. Pinzas de cobre; 4. Piedra de afilar; 5. Espejo de bronce; Museo Metropolitano de Nueva York.

Para realzar labios y pómulos, los egipcios usaban unas algas conocidas como *fucus* y ocre —óxido de hierro—, que mezclados con resina gomosa o grasa se aplicaban con unos pinceles. Por su parte, los dientes se limpiaban con piedra pómez o con agua mezclada con natrón. Las uñas, las palmas de las manos y los pies se decoraban con henna. Para el resto del cuerpo, se usaban pinturas compuestas por azafrán y ocre. El tatuaje también se utilizó como decoración corporal como se ha comprobado en cadáveres momificados de bailarinas, músicas, concubinas reales y esclavas.

En cuanto a los perfumes, muy apreciados por los egipcios desde época muy antigua, su importancia queda reflejada en los proverbios morales conocidos como las *Máximas de Ptahhoptep* datadas en la V dinastía (~2450-2325 a. C.). No se tiene constancia de que existiera la profesión de perfumista en el valle del Nilo, aunque la iconografía y los restos conservados de ungüentarios hacen pensar que debía haber individuos especializados. Además las fuentes latinas,

como el naturalista Plinio el Viejo, ponen de relieve el grado de perfección que tenía los perfumes egipcios todavía en época romana y su cotización. Los egipcios atribuían a los perfumes diferentes tipos de propiedades higiénicas, ya que enmascaraban malos olores y además se creía que tenían propiedades curativas porque alejaban las enfermedades y purificaban el aire.

Las diferentes fragancias que se conocían en Egipto se podían elaborar con ingredientes de la flora autóctona que crecía en los márgenes del Nilo: iris, loto blanco y azul, lirio, flores de mirto, de acacias y de la alheña, además de plantas aromáticas como el junco oloroso, el eneldo, la mejorana y la menta. También se utilizaban los frutos del balanito y la raíz de la acacia erioloba, más conocida como espina de camello, componentes que eran muy olorosos. Asimismo, existía otro tipo de sustancias que debían conseguirse por medio de la exportación ya fuera por el comercio exterior o por los tributos que debían abonar los vasallos de Egipto: el incienso, la mirra, la canela, el jazmín oriundo de la India o el azafrán, el estoraque —secreción vegetal gomosa—, y resinas de coníferas como el pino. Otros componentes que se usaban fueron la resina de trementina y el betún de Judea. Estos ingredientes se mezclaban con vino de palma y pulpa de frutas así como con aceites de nardo, sésamo y almendras, balanitos además de los frutos de la moringa y de la nuez ben de la que se extraía el aceite *baq*. Este último era muy apreciado porque no tenía olor por lo que conservaba adecuadamente las esencias además de ser muy resistente ya que no se enranciaba. Otros aglutinantes oleosos, en este caso de origen animal, también se empleaban para la fabricación de perfumes como la grasa de pato o buey.

Su consumo llegó a popularizarse, por lo que se impulsó la fabricación de ungüentarios y recipientes para cosméticos de todo tipo de formas y materiales: alabastro, obsidiana, cristal de roca, madera, ébano, así como bolsas de cuero. Existían otros recipientes fabricados en vidrio azul oscuro, decorados con líneas de colores y que al ser opacos no dejaban entrar la luz que degradaba el contenido. Los egipcios no conocían el método de la destilación por vapor para extraer esencias, pero realizaban perfumes con otros sistemas que también eran muy elaborados. Uno de ellos se realizaba por medio de la maceración en aceite y en caliente de flores, frutos y semillas, una vez se enfriaba la esencia se introducía en recipientes si era líquida, y adoptaba diferentes formas si era sólida. Otros perfumes se realizaban también con aceite para lo que se usaban ingredientes florales que se iban sustituyendo por nuevas flores a medida que se

corrompían o el aroma se perdía. La fragancia más conocida era la llamada *asousinon* o *lirinon*, cuyo ingrediente más importante era la flor del lirio, así como el perfume que se conocía como *mendesio* y que se fabricaba en la ciudad de Mendes situada en el delta del Nilo y que se elaboraba con mirra, casia —una variedad de la canela— y aceite de balanito.

Escena de bajorrelieve datada en el siglo IV a. C., en la que se muestra cómo dos mujeres están prensando lirios por torsión para obtener su sustancia líquida que es recogida en unos recipientes. Museo del Louvre, París.

No hay que olvidar que los perfumes de Egipto estaban vinculados al ámbito religioso y funerario. En el primero se usaba el *kyphi* o *kapet*, un tipo de incienso que contenía pasas y era símbolo de liturgia. Además los sacerdotes empleaban ungüentos perfumados para ungir las estatuas de los dioses. En relación con la religión y los perfumes estaba el dios Nefertum, divinidad tutelar de aquellos individuos que fabricaban perfumes y aceites, aunque también era el protector y la divinidad del loto sagrado. En el caso del mundo funerario, hay que recordar que las momias se embalsamaban utilizando productos aromáticos vinculados con el concepto del despertar en el más allá y hacer agradable al difunto frente a los dioses.

6

Heb Sed

La fiesta de la Renovación Real o Heb Sed se celebraba el primer día del mes de *tybi* en la estación de *peret*, fecha en la que se celebraba la renovación de la fuerza física y la energía sobrenatural del faraón, aunque existe controversia entre los egiptólogos sobre su significado. Por esta razón era una de las festividades más importantes en torno al soberano. Hay que recordar que no solo era el gobernante de Egipto, sino también el caudillo del ejército, por lo que debía estar capacitado para ambos cometidos. En síntesis, el jubileo real era una ceremonia de rejuvenecimiento en favor del faraón. Esta fiesta se realizaba a los treinta años del mandato del rey, sin embargo, algunos faraones decidieron celebrarla antes de que se cumpliera el período establecido. Se tiene constancia de la existencia del Heb Sed desde época de la I dinastía (~2950-2775 a. C.), sobre todo gracias a las representaciones reales de algunos mandatarios, como la del faraón Den (~2814-2772 a. C.) perteneciente a la I dinastía, Esnefru (~2543-2510 a. C.), monarca de la IV dinastía (~2575-2450 a. C.), Tutmosis III (~1479-1425 a. C.), rey de la XVIII dinastía (~1539-1292 a. C.) o Ramsés II (~1279-

1213 a. C.), faraón de la XIX dinastía (~1292-1190 a. C.). La fiesta fue tan popular que se mantuvo bajo los gobiernos ptolemaicos. Esta festividad da paso al asunto que se desarrollará en este capítulo, en el que se explicarán las diferentes clases sociales existentes en el antiguo Egipto, en cuyo centro estaba el faraón.

Fragmento de tablilla de ébano en la que se representa el Heb Sed del faraón Den. Datada en la I dinastía (~2950-2775 a. C.) y conservada en el Museo Británico, EA32650.

La sociedad del antiguo Egipto estaba organizada en clases sociales —no se regía por un sistema estamental—, por lo que era plausible la promoción y la caída en desgracia de los individuos. El ascenso a la élite se debía sobre todo a un componente esencial: la figura del faraón. En torno al monarca se creó una paradoja social, pues cuanto más cerca estaba un individuo de su persona más influencia y estatus social tenía. Por ejemplo, la figura de la nodriza podía tener más influencia que un escriba. Por otro lado, la clase de Egipto por antonomasia fueron los agricultores que en contraposición eran denostados por la sociedad. De ellos no se hablará en este capítulo porque ya se ha hecho en capítulos anteriores.

EL FARAÓN Y SU FAMILIA

En primer lugar, hay que señalar el origen y significado de la palabra *faraón* que oficialmente no se utilizó en Egipto para designar al monarca, pues existían otras expresiones más adecuadas como *nesu* o ‘rey’, *ity* o ‘soberano’, así como también *neb* o ‘señor’ y los apelativos de Nilo de Egipto que inunda el país con su perfección o buen dios. El recorrido semántico de faraón se inicia con la palabra egipcia *per aa* que significa ‘gran mansión’ —lugar que emanaba del monarca y no de las diferentes residencias palaciegas—, y que se vinculó definitivamente al nombre del rey a partir del Tercer Período Intermedio (~1075-715 a. C.). Asimismo, el vocablo *per aa* se transfirió al hebreo como *par-ó* y al griego (Φαραώ) y de ahí a la Biblia.

Escena en relieve donde aparece la diosa Isis, divinidad de la maternidad, acogiendo en su regazo al faraón Seti I (~1290-1279 a. C.). Templo funerario de este monarca en Abydos.

Por otra parte, la naturaleza del faraón se diferenciaba de la del resto de los mortales, ya que era el representante de los dioses en la tierra. Pero lo que no está claro es que se le considerara un dios. De hecho, vinculado con esta idea, se configuró en el ceremonial de coronación del monarca el ritual del amamantamiento del futuro rey por una diosa, que significaba que su estado mortal mudaba a una condición próxima a la deidad. Además, en las representaciones iconográficas áulicas, en las que también aparecen divinidades, se representaba a todas las figuras con las mismas dimensiones, mientras que el rey siempre estaba en una posición subordinada. En lo concerniente a las representaciones del rey —imágenes idealizadas, pues nunca aparecían ni viejos ni cansados— se acentuaba su plenitud física e infalible. Sin embargo, es evidente, que la condición humana del faraón y el paso del tiempo hacían estragos en su cuerpo: los achaques y enfermedades han sido constatados por la arqueología, que ha estudiado en profundidad los cuerpos momificados de algunos reyes.

El faraón solo tenía una única obligación: la conservación y propagación del equilibrio y la justicia en su territorio, englobados en el concepto de *maat,* ya que el caos era una de las situaciones más temidas por los egipcios. Para su total cumplimiento, el soberano debía ocuparse de las cuestiones más relevantes que conformaban el orden social en el reino: impartir justicia, suministrar alimentos a sus súbditos, defender el reino de la amenaza exterior de los pueblos colindantes, proveer y garantizar el correcto desarrollo del culto a los dioses, que implicaba entre otras cosas dotar económicamente y vincular terrenos a los complejos religiosos. Por último, el faraón debía obsequiar a las clases más altas con ofrendas funerarias, ya fueran reales o simbólicas, ya que el monarca era el proveedor del difunto en el más allá. El poder e influencia del rey, en todos estos cometidos, era limitado por lo que se apoyaba en numerosos funcionarios que los gestionaban en su nombre.

El trono de Egipto estaba destinado a los hombres, por lo que si una mujer gobernaba el reino rompía la dualidad masculina-femenina que ordenaba el mundo, según la creencia egipcia dentro del concepto del orden y del caos. Sin embargo, existieron varias mujeres que ascendieron al poder, normalmente en períodos convulsos, y que conocemos sobre todo gracias a dos historiadores griegos: Manetón (siglo III a. C.) y Diodoro Sículo (siglo I a. C.). La primera de ellas la conocemos solo a través del relato de Manetón, pero también por una fuente más antigua, el *Papiro de Turín,* que se llamaba Nitocris y fue la última monarca del Reino Antiguo (~2650-2125 a. C.). El segundo ejemplo se

encuentra en la XII dinastía (~1938-1755 a. C.) con Neferusobek, hija del rey Amenemhat III (~1818-1773 a. C.). Las imágenes que se han conservado de ella mezclan dos paradigmas: su condición de mujer y el cargo político que ocupa claramente masculino ya que va tocada con el *nemes* —tela rayada que cubría la totalidad de la cabeza y que se recogía a modo de trenza en la nuca—, propio de los faraones y vestía con una túnica femenina y encima un faldellín, prenda típica de los hombres. Nefertiti fue la tercera reina, que gobernó muy poco tiempo y que tras una corregencia con Akhenatón (~1353-1336 a. C.) se convirtió en faraón haciéndose llamar Semenkhlare. Otra de las nombradas es Hatshepsut, hija de Tutmosis II (~1482-1480 a. C.), de la XVIII dinastía en el Reino Nuevo (~1539-1075 a. C.) y la última es Tauseret, hija de Seti II (~1202-1198 a. C.) de la XIX dinastía. Estas dos últimas construyeron sus tumbas en el Valle de los Reyes. Por otro lado, tampoco podemos olvidar a las reinas ptolemaicas que llevaron el nombre de Berenice, Arsinone y Cleopatra.

El faraón solía tener una extensa familia que también estaba fuertemente jerarquizada. Entre todos sus miembros destacaba la figura de la reina que llevaba el título de ‘gran esposa del rey’, *hemet nesw weret,* que era la esposa principal del faraón destinada a engendrar al heredero al trono. Simbólicamente era el complemento femenino del monarca, pues ambos configuraban el concepto de dualidad masculino-femenino tan importante para el orden del mundo en consonancia con la *maat*. Su lugar en la corte era estar siempre al lado del rey, pero en una posición subordinada, como se demuestra en las imágenes áulicas en las que aparecen ambos consortes, y cuya sumisión se potencia al representar a la reina en un tamaño menor al del faraón.

La reina podía ostentar otros títulos además del de gran esposa del rey, como por ejemplo el de esposa del dios, que fue creado a partir de la XVIII dinastía y que alude al culto de Amón en Karnak. Su cometido religioso más importante fue el de sustituir al monarca en sus deberes para con el dios, por lo que podía entrar en la cella del templo (la parte más sagrada y restringida del edificio) y realizar los cuidados a la divinidad. Un tercer epíteto para designar a las reinas fue el de mano del dios que hace referencia a su papel sexual y engendrador, y que además se vinculaba con el mito del génesis helipolitano, cuyo protagonista es el dios Atum que al masturbarse crea el mundo. Es su mano la que se relaciona con la esposa del monarca, por su carácter femenino, determinante para originar el mundo, al igual que la reina era la garante de la concepción de nuevos príncipes y princesas.

El monarca no practicaba la monogamia, por lo que estaba casado con numerosas mujeres —el número llegó a sus máximos en el Reino Nuevo—, que se diferenciaban de la gran esposa del rey ya que eran secundarias y vivían en *ipet nesut* que puede traducirse como las 'estancias privadas del rey': entre sus funciones estaba la de formar parte del harén del faraón. De este espacio áulico solo se conserva una imagen que se halla en el Templo-palacio de Ramsés III en Medinet Habu, cerca de Tebas. Como la corte del monarca era itinerante no existía un único *ipet nesut*, pues existen pruebas de que uno de los más importantes se ubicó en Medinet el-Ghurab, en las proximidade del oasis de El Fayum. Se tiene constancia de que había por lo menos otros tres en Tebas, en Tell el-Amarna y en Menfis. Este lugar colindaba con la residencia del rey, pero era una institución independiente desde el punto de vista económico, ya que poseía granjas, rebaños, tierras propias, almacenes para alimentos y talleres. Este último estaba sobre todo centrado en la manufactura de telas que ellas mismas confeccionaban y que les reportaba elevados beneficios que facilitaba casi su autosuficiencia. La organización del harén la llevaba un alto funcionario que elegía el faraón y que estaba protegido por un grupo de hombres armados, que se conocían como *sasha*, quienes también podían dedicarse a proteger los templos.

Estas mujeres poseían el título de esposas del rey o *hemet neswt* y estaban destinadas a procrear y no tenían un papel simbólico como la primera. Sin embargo, a causa de la alta mortalidad, el hijo de una esposa secundaria podía acceder al trono si la línea de sucesión descendía hasta él, por lo que su madre se convertía en 'madre del rey' o *mwt-neswt*, título que de otro modo no podría ostentar al estar destinado a la esposa principal. Las aspiraciones de una consorte por convertirse en reina madre podían llevarla a confabularse y traicionar al faraón, como está documentado en los casos de Pepi I (~2276-2228 a. C.), Amenemhat I (~1939-1910 a. C.) y Ramsés III (~1187-1157 antes de Cristo).

La elección de una reina, ya fuera principal o secundaria, podía recaer en el seno de la familia real o por el contrario ser escogida fuera de su círculo consanguíneo. Esta última opción podía recaer en la hija de un noble o de un alto funcionario. Esta alternativa se incrementó a partir de la XVIII dinastía, cuando Egipto se convirtió en una potencia política del Mediterráneo oriental y necesitó de los matrimonios diplomáticos con princesas extranjeras para asentar su poder, como fue el caso del reino de Mitanni (norte de la actual Siria), Babilonia, Hatti (Imperio hitita) o la zona de la Baja Nubia. Estas uniones tenían dos modalidades: los enlaces con hijas de vasallos, que prácticamente eran un

obsequio para el faraón, mientras que las segundas se desposaban con el rey para crear una alianza entre su pueblo y Egipto, pueblos que políticamente tenían una relevancia similar. Durante esta época de expansión territorial y de florecimiento de Egipto, ninguna princesa egipcia tuvo que ser enviada fuera de su patria para consolidar la política exterior.

Estas mujeres llegaban al valle del Nilo con un gran séquito y numerosos presentes para su futuro esposo. Sin embargo, una vez instaladas en su nuevo hogar su presencia se diluye en el harén y es difícil seguirles la pista, ya que una de las costumbres más habituales era que cambiaran su nombre original por uno egipcio. No obstante, existen referencias a estas princesas extranjeras como la que se casó con el faraón Sahure (~2428-2416 a. C.) y que era oriunda de la ciudad de Biblos, situada en el actual Líbano. En el Reino Nuevo destaca Amenhotep III (~1390-1353 a. C.) que llegó a albergar en su harén 356 consortes extranjeras, dato que conocemos gracias a las tablillas cuneiformes pertenecientes a las llamadas *Cartas de Amarna*, halladas a finales del siglo XIX, que fue la correspondencia diplomática entre la administración egipcia en tiempos de Amenhotep III y Akhenatón (~1353-1336 a. C.) y algunos reyes del Próximo Oriente. Otro matrimonio de conveniencia se dio entre Ramsés II y una princesa hitita hija del rey Hattusili y que quedó reflejado, en la llamada *Estela del Matrimonio*, que fue nombrada ‘gran esposa del rey’.

El único supuesto en el que la consorte de un faraón podía acceder al gobierno del reino era la regencia, a la manera de la diosa Isis con su hijo Horus, aunque nunca fueron faraones. La primera referencia a un gobierno tutelado por la madre de un futuro monarca se produjo en la I dinastía (~2950-2775 a. C.) con la reina Merneith, esposa del faraón Djet y madre del futuro rey Den. La segunda de la que hay noticia es Khentkaus II de la V dinastía (~2450-2325 a. C.) esposa de Neferirkare Kakai (~2415-2405 a. C.). Por otro lado, se tiene constancia de que algunas consortes ocuparon cargos de gran relevancia, pero siempre bajo la supervisión del faraón. Es el caso de Tiyi, la esposa de Amenhotep III y madre de Akhenatón, que fue la mano derecha en el gobierno de su cónyuge. Algunos egiptólogos han sugerido que fue la promotora de la revolución religiosa de su hijo.

El integrante esencial de la familia del faraón era el príncipe heredero, que aseguraba la continuidad de la dinastía, además de garantizar el orden y mantener la *maat*. La sucesión entre padre e hijo se vinculaba con la de Osiris y Horus: de hecho el nuevo faraón simbólicamente se transformaba en el dios halcón. El paso de un gobierno a otro se realizaba por medio de un ceremonial que consistía en el entierro del monarca fallecido con todo lo que conllevaba: momificación, culminación de la tumba si no estaba acabada, el traslado del cuerpo y el ajuar a la misma, sin olvidar los diferentes rituales funerarios en torno al difunto. El título de hijo del rey que puede asociarse al heredero al trono es ambiguo, porque también hacía referencia a los cargos más importantes de la administración. En un primer momento estaban ocupados por familiares del rey, que más tarde lo desempeñaron otros individuos ajenos a su parentesco y que continuaron recibiendo este nombre para otorgarles más prestigio.

La imagen del príncipe primogénito tampoco se identifica con claridad en la iconografía áulica, pues en pocos casos aparece junto al monarca. En los escasos ejemplos que se cumple este supuesto está siempre vinculado con la necesidad que tiene el faraón de legitimar su reinado, como el caso de Seti I (~1290-1279 a. C.) y Ramsés II, segundo y tercer faraones de la XIX dinastía. Sin embargo, no siempre la sucesión era pacífica pues al haber fallecido varios hijos de la primera esposa, existía la posibilidad de que varios hijos de esposas secundarias fueran aspirantes al trono ya que tenían el mismo rango y edad para acceder al poder. Por otro lado, no siempre eran los hijos del faraón los que se convertían en reyes. Se conocen casos de visires que llegaron a ser monarcas como el fundador de la XII dinastía, Amenemhat I: este monarca, para reforzar su mandato, gobernó en corregencia con su hijo Sesostris I (~1920-1875 a. C.). Otros ejemplos son el del visir Ay padre de Nefertiti que llegó a ser rey tras el fallecimiento de Tutankhamón (~?-1324 a. C.) o el visir Paramesu, que llegó a ser faraón después del reinado de Horemheb (~1319-1292 a. C.) y se coronó con el nombre de Ramsés I (~1292-1291 a. C.), primer monarca de la XIX dinastía.

La educación del heredero al trono era un asunto reglado. Para este menester se creó lo que se podría denominar como una escuela oficial que en la XII dinastía se conocía como *Kap*, una institución que se hallaba dentro de *ipet nesut* a la que solo podían acceder el príncipe y los hijos de altos dignatarios. Con ella se facilitaba desde la más tierna infancia la continuidad de la jerarquía de la élite egipcia. Su importancia se incrementó a partir de la XVIII dinastía, ya que a él también asistieron los hijos de los vasallos egipcios, que debían ser

convertidos en fieles servidores de la monarquía. Además de tener que asistir al *Kap*, el príncipe tenía que completar su educación con otras materias que eran impartidas por un funcionario que ocupaba el cargo de padre tutor de un hijo del rey, y les enseñaba el arte de la guerra, que además ejercitaba el cuerpo; protocolo; y la escritura y lectura de jeroglíficos.

ARISTÓCRATAS

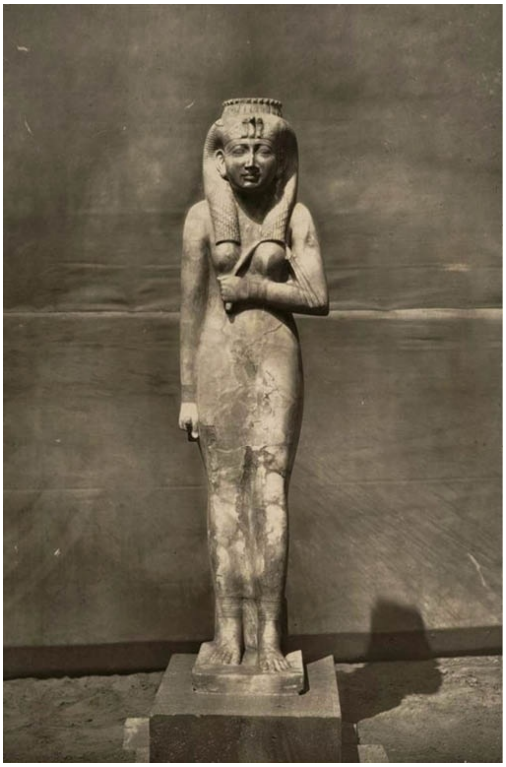
La nobleza fue la clase social más privilegiada en el antiguo Egipto, ya que tuvieron un papel esencial en el mantenimiento del orden social, además de que formaban parte de la burocracia que se encargaba de los asuntos del faraón. Los ámbitos en los que ejercían cargos administrativos se centraban en el funcionariado del Estado, el ejército y el clero. La elección de estos cargos recaía directamente en el faraón, que los escogía entre la gente de su confianza, y aunque no tenían que ser miembros de la familia real era un país en el que se practicaba el nepotismo constantemente. En el Reino Medio (~1975-1640 a. C.), se conformaron verdaderas dinastías de funcionarios provinciales, cargos que eran hereditarios. No obstante, durante el Reino Nuevo se produjo un período de aperturismo social que propició que algunos individuos se promocionaran socialmente, aunque seguían existiendo poderosas familias que ostentaban diferentes cargos dentro de la administración egipcia.

Estela en la que aparece Neferrenpet, el visir de Ramsés II (~1279-1213 a. C.), frente al dios Ptah. Metropolitan Museum of Art de Nueva York, Estados Unidos.

Entre todos los servidores del Estado el cargo más importante, pero también con más responsabilidad fue el del visir. Este término que se utiliza actualmente para poder nombrarlo, procede del vocablo árabe *wazīr*, que era el primer ministro del sultán de Turquía, que ocupaba un puesto semejante al que pudiera tener este alto funcionario en el antiguo Egipto y que se conocía con la expresión *chaty en nyut reset*. Este cargo está documentado desde época tinita (~2950-2650 a. C.) y lo ostentaba un solo individuo en el Reino Antiguo. Sin embargo, en el Reino Nuevo se dio la circunstancia de la división en dos visiratos para controlar de forma más eficaz tanto el Alto como el Bajo Egipto: el visir del primer territorio habitaba en Tebas, mientras que el segundo tenía su residencia en Menfis o Lisht, esta última situada al sur del Cairo. En conclusión, el visir era la persona en quien el faraón delegaba la gran mayoría de sus funciones como jefe del Estado, pero siempre la última decisión la tomaba el rey, por lo que ambos se reunían varias veces al día para que el monarca estuviera informado de todos los sucesos importantes que ocurrían en el reino.

Con relación a las competencias del visir, estas se centraban en administrar los dominios reales tal y como se describe en *Los deberes del visir*, documento hallado en la tumba del visir de Hatshepsut (~1479-1458 a. C.) y Tutmosis III, llamado Rekhmire. Este alto funcionario además de cuidar de las explotaciones agropecuarias y mineras del monarca, también era el encargado de elegir la ubicación más adecuada para la tumba del faraón lo que requería la supervisión de su construcción. Además de todas estas tareas, también se encargaba de recaudar impuestos, impartir justicia, nombrar a magistrados e incluso de la política exterior. Toda la información relativa al reino llegaba al visir por medio de notificaciones que podían estar escritas en papiro, aunque al ser un material caro la gran mayoría tenían como soporte los *óstraka*. Sus jornadas de trabajo eran maratonianas por lo que este administrador del Estado delegaba en subalternos la ingente masa de trabajo que generaba la gestión del reino. No obstante, el visir debía controlar las tareas de los funcionarios para que fueran llevadas a buen puerto, fórmula que se cumplía con la *maat*. El buen desempeño de todas estas tareas por parte del visir, acarreaban frecuentes viajes por todo Egipto, entre los que se incluyen los traslados del monarca por el país.

La nobleza estaba integrada por mujeres de alta cuna que casi nunca ocuparon cargos de tanta relevancia social como los varones, aunque existe una excepción: Nebet llegó a ocupar el cargo de visir del Sur en la VI dinastía (~2325-2175 a. C.). No obstante, existieron puestos con bastante poder ocupados por aristócratas de familias con una larga trayectoria nobiliaria, pero también por mujeres que habían medrado socialmente y cuyas familias se vieron a la vez beneficiadas y privilegiadas por esta situación. El cometido de estas damas estaba relacionado sobre todo con la figura del faraón y su entorno, ocupando cargos como el de nodriza real o esposa secundaria del rey. La reina, es decir la primera esposa del monarca y cabeza del clero femenino, se rodeaba también de nobles en las que delegaba parte de su responsabilidad de consorte y cuyo máximo cargo era el de esposa del dios o su representante directa.



Amenardis, como divina adoratriz de Amón. Era hermana del faraón nubio Piankhy (~753-723 antes de Cristo).

También había mujeres que se encargaban de tareas relacionadas con el culto de algún dios. Es el caso del centro administrativo denominado *jeneret* que se hallaba dentro del *ipet nesut*, y cuyo significado literal es ‘tocar música y llevar el ritmo’ y que se ha malinterpretado como harén, porque allí se encontraban las segundas esposas, las concubinas y las favoritas del faraón, que eran conocidas como adornos del rey o *hekeret nesut*. En realidad el *jeneret* se asociaba al aspecto musical del culto a una divinidad, como es el caso de la diosa Hathor, que además estaba dirigido por la gran supervisora o también conocida como superiora, cargo que podía ocupar la reina. Este centro fue administrado por funcionarios y salvaguardado por un grupo de guardianes, de los que ya se ha hablado antes, los *sasha*. Por otro lado, a lo largo de la historia se fueron creando cargos tan importantes como el que se configuró en el Tercer Período Intermedio que llevaba por título divina adoratriz. Este puesto de carácter religioso asociado

al culto de Amón en Tebas, fue ocupado por hijas de faraones, que debían mantenerse solteras para poder pertenecerle a él. Asimismo, este título se heredaba por adopción y estas sacerdotisas llegaron a acumular muchísimo poder, por lo que se encargaban de los ritos de fundación de capillas, entregar ofrendas y de la fiesta de Sed.

Por otra parte y en relación a la vinculación de la nobleza con el clero, se tiene constancia de que los aristócratas podían servir a más de un dios, y que sus títulos religiosos podían referirse a diferentes centros religiosos alejados geográficamente, por lo que era inviable que pudieran realizar esas labores religiosas. La finalidad de estos títulos era la ostentación del rango, que servía de guía para conocer el lugar de pertenencia de ese individuo en el escalafón social.

SIERVOS DE LOS DIOSES

La clase sacerdotal estaba constituida por numerosas castas que se diferenciaban por el dios al que servían. Todas ellas dependían del faraón que era el interceptor de los egipcios frente a la divinidad. Además, aunque nosotros designemos a esta clase social como clero, los antiguos egipcios los nombraban como siervos, servidores del dios o *hem netcher*. La existencia de este grupo se remonta a las primeras dinastías (Período Dinástico Temprano, ~2950-2650 a. C.), aunque solo se conocen sus cargos, pero no sus ocupaciones dentro de su congregación. En el Reino Antiguo la práctica habitual era que el clero estuviera integrado por la alta aristocracia y, más concretamente, por familiares del faraón y por individuos de su máxima confianza. No obstante, el poder de la élite sacerdotal en esta época solo se concentró en el ámbito religioso y no llegaron a acumular riqueza. Sin embargo a finales de la V dinastía, la construcción de grandes templos dedicados al dios Re hizo que incrementaran cada vez más su influencia. No obstante, fue en el Reino Nuevo cuando el clero egipcio llegó al cenit de su poder, pues el dios Amón se vinculó con la monarquía, creando así un poderoso clero que acumuló tanto poder que llegaron a gobernar Tebas en la XXI dinastía (~1075-945 a. C.).

El camino que había que completar solo dependía de la educación recibida. La organización del templo requería la existencia de numerosas ocupaciones, por lo que había individuos que se dedicaban a la astronomía, otros a la escritura y a la lectura de documentos religiosos, así como sacerdotes/médicos que se consagraban a la diosa Sekhmet y magos relacionados con la diosa Selkis. Sin embargo y tal como se ha dicho en otros capítulos, existían las Casas de la Vida,

centros del saber vinculados a los templos, donde es probable que los sacerdotes se formaran. Asimismo, la higiene corporal era indispensable para poder ejercer el sacerdocio, pues estos debían someterse a un baño ritual inicial con agua del Nilo y abluciones que se repetían cada día. Además, los religiosos debían eliminar por completo el vello de sus cuerpos para conseguir un estado de pureza total conocido como *uab*. No obstante, esta condición no se extendía al celibato, el clero podía casarse y no era incompatible con otras ocupaciones ya fueran de carácter militar o administrativo. De igual modo, no poseían un atuendo característico que los diferenciara de otros individuos o grupos religiosos. Los clérigos vinculados con el culto funerario, como el sumo sacerdote de Re en Heliópolis, vestían una piel de felino moteada, que se suponían que transmitía la fuerza del animal. Un segundo ejemplo estaría representado por el sumo sacerdote de Ptah de Menfis que iba enjoyado con varios collares, los cuales tenían la cualidad de proteger y de dotar de poder a su portador.

Por otra parte, el número de sacerdotes adscritos a un templo estaba relacionado con la importancia del culto al dios al que servían. En un santuario local, como podía ser el de Anubis en El Fayum, estaba integrado por cincuenta clérigos, de los que seis eran permanentes, mientras que el resto estaban repartidos en cuatro grupos o *sau* —agrupación de la que se hablará más adelante—, que servían a la divinidad solo un período concreto al año. En contraposición, se encontraba el Templo de Karnak que en su apogeo llegó a poseer, según el *Papiro Harris I*, más de ochenta mil sacerdotes durante el gobierno de Ramsés III, por lo que se convirtieron en la casta sacerdotal más importante y poderosa de Egipto. Gracias al papiro se conoce la organización de los sacerdotes que, según el documento, estaban fuertemente jerarquizados. El principal cargo del templo de Amón era el sumo sacerdote elegido por el faraón y ratificado por el oráculo divino, que delegaba sus competencias en un grupo de cuatro integrantes del alto clero y cuyas funciones se centraban en la supervisión de los trabajadores del santuario, en controlar las propiedades vinculadas al dios y administrar la recepción de los tributos que llegaban al templo. Este cuarteto era ayudado en sus tareas por escribas, criados, personal auxiliar y escoltas.

Relieve de Shedsunefertum, sumo sacerdote de Ptath en tiempos del faraón Sheshonq I (~ 943-923 a. C.). Museo del Louvre.

En una escala inferior se hallaba el bajo clero, que era el grupo más numeroso, y que estaban organizados en *sau* o *phylae*, que estaba constituido por un número indeterminado de individuos los cuales iban rotando cada mes con un período de descanso de tres meses. Su objetivo principal era servir al dios al que estaban consagrados con tareas administrativas y religiosas. Por debajo de estos estaba el personal auxiliar que se encargaba, como funcionarios que eran, de labores menores vinculadas con el mantenimiento del templo, aunque nunca intervenían en cuestiones religiosas.

La rígida estructura piramidal sacerdotal también determinaba en qué lugares del templo podían entrar unos clérigos u otros, pues, por ejemplo, solo el sacerdote de mayor rango podía acceder al sanctasanctórum, es decir a la zona más sagrada del conjunto religioso, donde se guardaba la estatua del dios. Asimismo, hay que reseñar que el templo no era un espacio público donde la población pudiera venerar a la divinidad, sino que por el contrario era la morada del dios, razón por la cual era un recinto privado, protegido y guardado por los sacerdotes. Una de las peculiaridades de esta clase social es que no predicaban ante la población. Por otro lado, cada uno de los centros religiosos tenía un libro sagrado, cuyo contenido tenía el objetivo de ensalzar al dios al que servían.

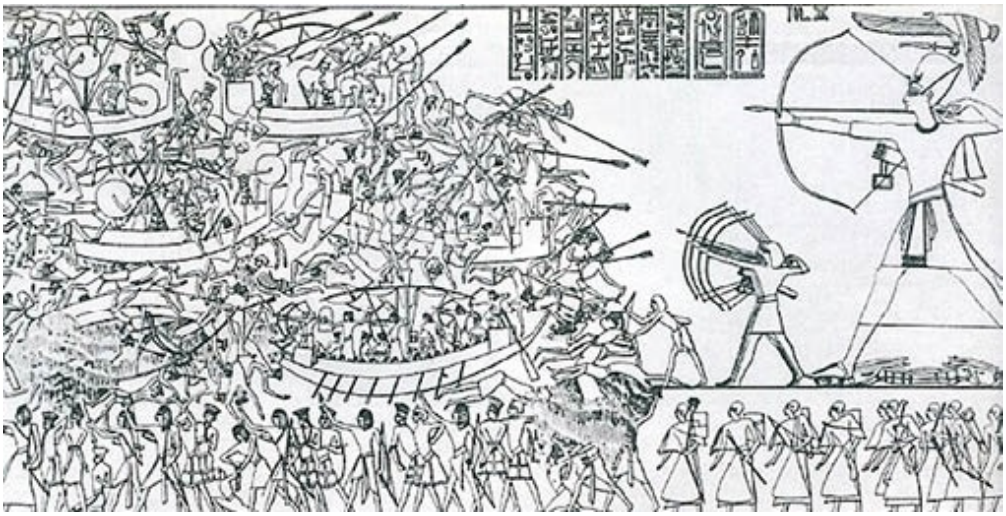
En cuanto al clero femenino, se tiene constancia de que en el Reino Antiguo se constituyó un grupo de sacerdotisas denominadas *hemet* que ocuparon cargos de responsabilidad y cuyo culto estaba vinculado tanto a dioses como diosas. Estas, podían oficiar ritos funerarios, por lo que parece probable que pudieron tener el mismo poder que los hombres. En esta dirección, pueden ir algunos vestigios documentales hallados en tumbas, como el de una supervisora o directora de médicos llamada Pesheset que tenía conocimientos médicos y que vivió entre las dinastías IV y VI. Un segundo ejemplo lo hallamos en el enterramiento de una tal Seshseshet que posiblemente tenía conocimientos de escritura, aunque rara vez las mujeres eran letradas. Esta misma característica se repite en la figura de una de las hijas del faraón Pinnedjem II (~967-944 a. C.) de la XXI dinastía del Tercer Período Intermedio, que poseía el título de la que trabaja en rollos de papiro.

EL ESTAMENTO MILITAR

Como no podía ser de otra forma una de las clases sociales fundamentales del antiguo Egipto fue el ejército, que no se configuró como una clase social hasta el Reino Nuevo, ya que hasta ese período no estuvo organizado. No obstante, la necesidad de un cuerpo militar profesionalizado se planteó antes, en el Segundo Período Intermedio (~1630-1520 a. C.), con la guerra contra los *hyksos* que llevaron a cabo los príncipes tebanos. Si nos retrotraemos al Reino Antiguo, el valle del Nilo solo disponía, para combatir, de una milicia que estaba compuesta por reclutas de todo el territorio y por los miembros de la guardia personal del faraón, que era el único que tenía protección continuada, incluso en tiempos de paz. La milicia estaba formada por individuos de la máxima confianza del faraón

y por mercenarios libios. Apenas se tiene información de las fuerzas militares de esta época, solo se sabe que estaban organizadas en batallones. El número de hombres es desconocido, aunque se sabe que estaban dirigidos por un general que ocupó el cargo de supervisor de los soldados. Es probable que una de las pocas experiencias que tuvieran sus integrantes hubiera sido la de marchar a una expedición en busca de metales preciosos. Estos soldados se denominaban *meniu tjesenu.*

Por otro lado, la creación de un poderoso ejército en el Reino Nuevo facilitó que Egipto se convirtiera en una de las potencias políticas más importantes de la zona este del Mediterráneo, lo que llevó a su expansión territorial. Este hecho propició que la élite militar accediera a cargos políticos de gran relevancia e incluso llegar a ser faraones como Horemheb y Ramsés I. Para que se propiciara este cambio, se instauró un duro método de entrenamiento al que los soldados se sometían: tiro con arco, combate cuerpo a cuerpo o la práctica del manejo de la espada que se hacía con palos. Asimismo, otro de los componentes que posibilitó el poder del ejército egipcio fue su férrea jerarquía: estaba dividido en dos cuerpos que personificaban las dos tierras, el Alto y el Bajo Egipto. A la cabeza se hallaba el faraón, siguiendo la estructura piramidal de la sociedad, e inmediatamente por debajo estaba el visir. Ambos dirimían las cuestiones castrenses con un consejo militar. Por debajo de estos se encontraba un grupo de cargos medios que capitaneaban a la infantería que a su vez estaba dividida en novatos, veteranos y cuerpo de élite, reforzados por un cuerpo de arqueros y lanceros.



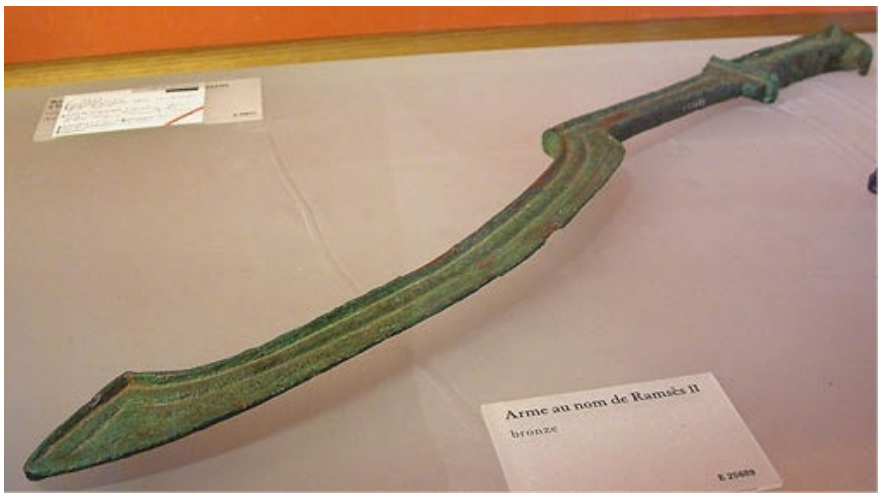
Detalle de la batalla naval del delta del Nilo que llevó a enfrentarse a los pueblos del mar contra los egipcios en tiempos de Ramsés III (~1187-1157). Esta imagen es una variante iconográfica del faraón triunfante que desde Horemheb (~1319-1292 a. C.) se impuso para representar al monarca, sustituyendo la imagen del mismo aplastando a sus enemigos.

No obstante, hay que señalar que el ejército egipcio estaba compuesto no solo por nativos, sino también por los *medjay* —habitantes de la región del norte de Sudán—, nubios y libios, que engrosaron sus filas tras ser reclutados o por haber sido hechos prisioneros de guerra. Este es el caso de lo ocurrido con los llamados pueblos del mar que Ramsés III derrotó en el delta del Nilo, que se ha convertido en la primera batalla naval registrada históricamente y representada en el templo funerario de este faraón en Medinet Habu. Esta imagen nos lleva al segundo cuerpo militar del ejército: la marina. No se conoce ni su número ni su organización, pero sí que debió de ser muy potente. No hay que olvidar que los egipcios eran avezados navegantes gracias al río Nilo y que además estaban delimitados por dos mares, el Mediterráneo y el Rojo.

El cuerpo militar contaba con escribas, cuyo cometido era muy importante para la administración del ejército sobre todo en la intendencia militar. Sin embargo, llama la atención que en dicho cometido se incluía el recuento de enemigos caídos, que se realizaba amputando sus manos o falos y que una vez contados y anotados se archivaban. Por el contrario, el tratamiento de los cuerpos de las bajas propias tenía su rito: los cadáveres se enterraban en el desierto para que no se descompusieran y luego se recogían para posteriormente realizarles los ritos y ceremonias adecuados para que pudieran vivir en el más allá.

En relación con la vestimenta y el armamento del ejército en el Reino Antiguo no existían prendas para la protección corporal del soldado, pues solo vestía el faldellín típico de los egipcios. El único elemento de protección era el escudo alargado de madera recubierto con piel de vaca que finalizaba en punta. Las armas utilizadas para el combate eran las espadas, puñales, hachas, lanzas, arcos y flechas, así como mazas. No obstante, en el Reino Medio se produjeron modificaciones: el escudo se fabricó con dimensiones más pequeñas y el remate se invirtió de arriba abajo. No obstante, uno de los cambios más significativo en la vestimenta fue la confección de un chaleco de cuero al que se le habían cosido láminas de bronce. Con este material mucho más resistente que otros metales, también se fabricaron las armas antes mencionadas, otorgándoles más dureza y solidez. En esta época, también se popularizó en Egipto el *khopesh*, una especie

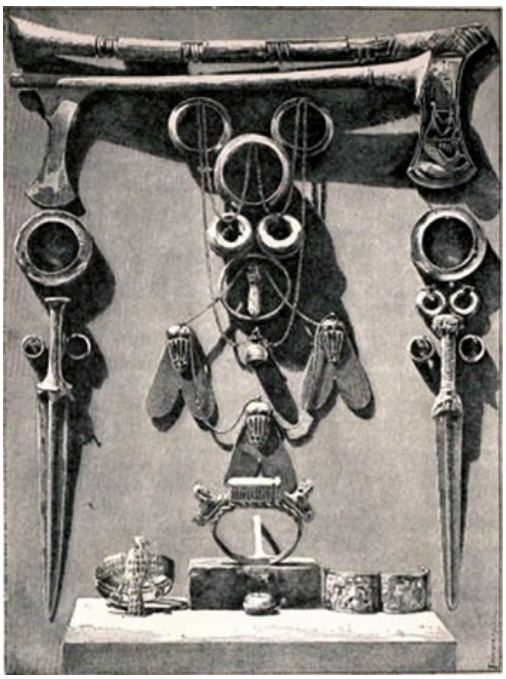
de espada cuya hoja curva procede del Levante mediterráneo. Otro de los cambios fue la incorporación del arco compuesto —fabricado con cuernos y tendones—, más potente y con mayor alcance. Por otro lado, con la invasión de los *hyksos* se introdujo en el valle del Nilo el carro de guerra y el caballo, que fue un elemento y símbolo de la élite militar.



Khopesh o espada egipcia de bronce datada en tiempos del faraón Ramsés II (~1279-1213 a. C.). Museo del Louvre.

Tras el final de una campaña militar, se organizaba una ceremonia conmemorativa en la que se recordaban los logros y actos heroicos del ejército egipcio. De igual modo, en estas reuniones conmemorativas, las recompensas a los altos cargos no solo se resumían a todo aquello que pudieran haber obtenido mediante pillaje y a los prisioneros de guerra —que eran propiedad del faraón y que su entrega al captor dependía de la generosidad del monarca—, sino que también se les entregaban objetos de alto valor económico y simbólico como estatuillas de oro y plata en forma de león, que representaba la fuerza, y la mosca que se podía relacionar con la insistencia de este insecto en el incansable arrojo del soldado en la batalla. Asimismo, se creó un donativo real que se llamó oro de la recompensa u oro del valor que era el obsequio más distinguido que podía otorgar el faraón a súbditos —civiles o militares—, que hubieran realizado alguna hazaña: pesados discos de oro enhilados en collares que se denominaban *shebyu*. Un ejemplo conservado de estas alhajas se encuentra en la tumba

menfita del general Horemheb —después monarca—, obsequiadas por el faraón Tutankhamón. Además de las recompensas económicas, los altos cargos también recibían reconocimiento social, a diferencia del soldado raso que solo recibía una remuneración escasa, de solo unos 6 kilos de grano entre trigo y cebada a la semana.



Grabado en el que se representa parte del ajuar de la reina guerrera Ahhotep, en el que aparecen tres moscas de oro laminado concedidas por su hijo Ahmosis en agradecimiento al apoyo materno contra los *hyksos*. Museo del Cairo.

Por otra parte, además del combate, el soldado también podía ser destinado a las fortalezas fronterizas situadas tanto al norte de la Segunda Catarata como en la zona oriental del delta. La función principal de esta red de fortificaciones fue asegurar, por un lado, la ruta comercial por la que llegaban los productos exóticos y de lujo africanos, fuente importante de riqueza del faraón y, por el otro, asegurar el Camino de Horus, otra ruta comercial, que comunicaba con las regiones asiáticas.

Relacionado con el ejército, nombrados por el faraón, estaban los cuerpos de seguridad integrados por funcionarios que actuaban localmente o para resolver problemas sociales de índole variada. La imagen de estos policías es clara en las pinturas halladas en tumbas: siempre van armados y normalmente se les representa haciendo uso de la fuerza. En otras imágenes aparecen acompañados

de animales que les ayudan en su actividad como perros y babuinos amaestrados. Estos últimos eran muy demandados por su agresividad, ya que se usaban para amedrentar y reducir a los infractores. Asimismo, existían diferentes tipos de agentes, según el cometido que realizaran. Se tiene constancia de que en la llamada Ciudad Perdida de las Pirámides, en Guiza, existían porteros cuya ocupación estaba vinculada al mantenimiento del orden en esta urbe de artesanos. Otro ejemplo se encuentra en los guardias denominados *sa-per* que protegían a los escribas que trabajaban para el Estado recaudando los impuestos en especie vinculados a la agricultura y que luego se llevaban a los graneros estatales. Otros agentes del orden estaban destinados a controlar los disturbios en los núcleos poblacionales sobre todo en los días de mercado en el que los robos y las tensiones entre vecinos podían darse con más facilidad. Estas aglomeraciones de personas se pueden observar en las imágenes que se representan en la mastaba conjunta datada en la dinastía V de Niankhnum y Khnumhotep, de los que se hablará más tarde. La presencia de este colectivo se constata en las fortalezas construidas tanto en la frontera norte y sur de Egipto como también en la protección de las necrópolis reales. Algunos de estos guardias trascendieron en la historia del antiguo Egipto, como es el caso de un tal Mahu que poseyó el cargo de mayor rango vinculado a la seguridad en la ciudad de Tell el-Amarna, en el que también estaba integrada la protección del monarca. Gracias al repertorio iconográfico de su tumba se puede conocer el día a día de un alto funcionario que se encargaba de la protección de la urbe del faraón Akhenatón: su jornada comenzaba al amanecer cuando era informado por unos subalternos de los sucesos nocturnos acaecidos. Más tarde, realizaba el recorrido diario por la periferia acompañado de varios subordinados y tras esta salida trasladaba a los delincuentes a presencia del visir y de los funcionarios más importantes del reino para ser juzgados. En contraposición a Tell el-Amarna, estaba el poblado de artesanos de Deir el-Medina, cuyos habitantes se encargaban de su propia seguridad.

Se tiene constancia de que los infractores que cometían una falta menor eran detenidos a la espera de juicio no en una celda, sino en un habitáculo más o menos improvisado. Sin embargo, los ladrones y criminales tenían un futuro difícil, pues las penas podían oscilar entre mutilaciones, la deportación a canteras y minas o la muerte. Durante el Reino Medio, los desertores que no

cumplían con los trabajos impuestos por el faraón —un delito grave— eran encarcelados en el *heneret*. El Estado se aseguraba de que el infractor realizara estos trabajos obligando a sus familiares a permanecer allí hasta que cumpliera el cometido exigido. En el Reino Nuevo, este centro de reclusión era conocido como *itehu.*

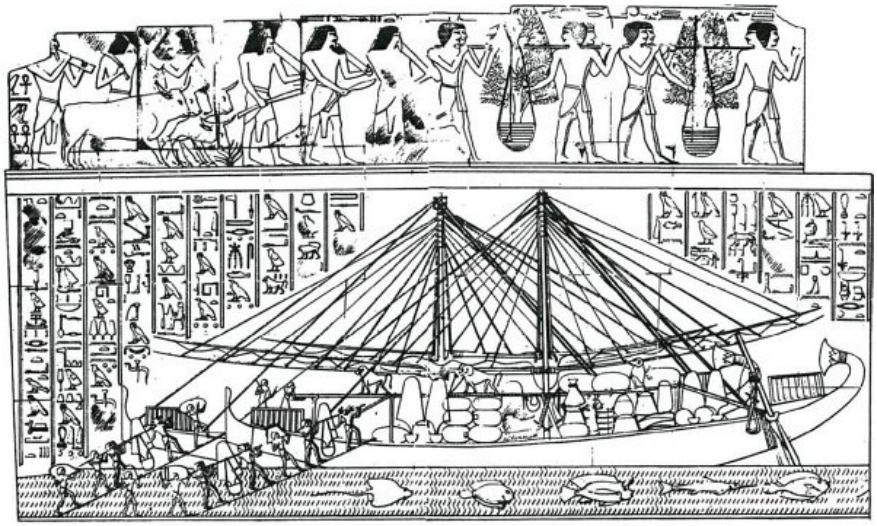
EL ESCALAFÓN INFERIOR

Antes de describir a las clases comerciantes en Egipto hay que señalar que las transacciones comerciales se hacían por medio del trueque, ya que no existía la moneda. A lo largo de la historia de esta civilización se utilizaron diferentes equivalencias para valorar un producto por medio de medidas en metal. En el Reino Antiguo se empleó el *shaat* que valía unos 7,5 gramos de oro, mientras que en el Reino Nuevo se implantó el *deden* que equivalía aproximadamente a 91 gramos de cobre. Si el producto era muy valioso se podía realizar la equivalencia con metales preciosos. Asimismo, la profesión de mercader no estaba muy bien considerada socialmente, pues la aristocracia no les compraba directamente, aunque se beneficiaba de ella. Ni que decir tiene que hay que diferenciar el comercio local de productos de primera necesidad con la venta de artículos de importación y de lujo. El primero de ellos abastecía a la población en la propia área de asentamiento. Era ambulante, ya que cada vecino con excedente de aquello que cultivaba o pescaba lo iba vendiendo casa por casa. El segundo está también relacionado con un comercio itinerante, pero el escenario fundamental estaba en la ribera del Nilo, donde se situaban los puertos fluviales. Es allí donde los marineros mercantes vendían toda clase de productos desde aceite, vino, aceitunas, pescado, sal, telas y papiros, que no podían encontrarse en esa zona. En este caso, el intercambio lo hacía un marino y una mujer, seguramente una sirvienta de una gran casa, que cargaba sus propias mercancías. Si la mercancía era muy valiosa se intercambiaba por metales y telas preciosas.

Este tipo de comercio permitía también el canje de bienes artesanales como está documentado en la ciudad de artesanos de Deir el-Medina: se sabe que los funcionarios cambiaban los excedentes de trigo y cebada con los artesanos por la decoración de tumbas y otros objetos. No obstante, todo individuo que quisiera algún objeto artesanal podía intercambiarlo en los talleres ubicados en las ciudades. Así pues, el comercio egipcio se nutría del superávit de cada familia.

Por otra parte, en Egipto también se asentaron de forma permanente comerciantes extranjeros que se agruparon en asociaciones de mercaderes, adoptaron nombres egipcios y llegaron a poseer grandes haciendas. Su presencia en la zona se conoce desde antiguo —se tiene constancia desde el predinástico —, así como el continuado contacto entre las poblaciones limítrofes como Siria-Palestina y Nubia y los habitantes del valle del Nilo. En el Reino Antiguo se conoce el comercio de maderas con la ciudad de Biblos, mientras que en el Medio llegaron mercaderes cananeos que utilizaban el río Nilo como vía comercial para intercambiar sus productos. Por último y durante el Reino Nuevo, se incentivó la política exterior, razón por la cual se comerció a gran escala con el Mediterráneo oriental.

Por último, dentro de la escala social egipcia estaban los esclavos, cuya llegada al reino fue producto de campañas militares. Un ejemplo se halla en la piedra de Palermo en la que se nombra al faraón Esnefru que capturó a siete mil personas. Es evidente que el gran número es reflejo de la intención de ensalzar al monarca porque la cantidad es exagerada. La situación del esclavo se fue modificando a lo largo de la historia. El concepto de esclavo tal y como se entiende hoy no apareció en Egipto hasta el Reino Nuevo. Sin embargo, existían dos palabras para designar siervo: *bak* que significa ‘subordinado’ y *hem* que hace referencia a un individuo cuya situación económica depende de un tercero. Por otra parte, lo habitual era que se creara una simbiosis entre el cautivo y la sociedad, pues el primero hacía propias las adelantadas costumbres egipcias, y la segunda se beneficiaba de las capacidades del esclavo. Un ejemplo son los guerreros de otras regiones que eran capturados y que se enrolaban en el ejército egipcio, que en el Reino Antiguo eran conocidos como ‘atados de por vida’. Aunque tenían los mismos derechos y obligaciones que cualquier soldado egipcio, estos guerreros habían sido marcados a fuego para que nunca olvidaran que eran siervos del faraón y para marcar la diferencia de estatus entre unos y otros. Asimismo, los hijos de esclavas eran también esclavos.



Representación de un relieve perteneciente al templo funerario del faraón Hatshepsut (~1479-1458 a. C.) en Deir el-Bahari, en la que aparece un gran barco mercante egipcio que había viajado hasta el país de Punt, cuya localización todavía no se ha establecido, aunque se cree que está en algún punto indeterminado del mar Rojo o el golfo de Adén. Entre los productos que importaban se encontraban el incienso y la mirra

En el Reino Nuevo se abrieron otras vías de obtención de esclavos. La primera de ellas tiene que ver con la expansión territorial de Egipto, que gracias al vasallaje de otras regiones, como Palestina y Siria, podían conseguirlos. La segunda facilitaba la llegada de esclavos a través del comercio de importación en el que los mercaderes asiáticos los vendían como mercancía. Todos estos cambios propiciaron conseguir esclavos de forma más fácil y económica —aunque siempre fueron un artículo de lujo— y además desapareció el servicio obligatorio que debía realizar todo egipcio tan relevante en el Reino Antiguo. Consecuentemente, también desapareció para los egipcios el trabajo forzoso de por vida, castigo que debía cumplir cualquier individuo que se hubiera evadido de su responsabilidad con el Estado. De hecho, en la XIX dinastía la necesidad de mano de obra propició que se realizaran cacerías de población ajena al valle del Nilo, con el objetivo de levantar el Templo de Ramsés II en Wadi al-Shebua.

Relieve con la escena de unos cautivos nubios procedente de la mastaba del faraón Horemheb (~1319-1292 a. C.) en Saqqara.

No obstante, la situación del esclavo en el antiguo Egipto no fue tan dura como pudiera parecer *a priori*, pues pudieron formarse en diferentes disciplinas y podían heredar y poseer propiedades, tal y como lo describe el *Papiro Wibour* en el que un esclavo llamado Panebtjan tenía un terreno propio. Los esclavos también podían ser testigos en un tribunal y los castigos de los que eran objeto no se diferenciaban del de los egipcios libres.

III

Escena en la que se representa la recogida del cereal. Tumba de Menna, escriba de la XVIII dinastía (~1539-1075 a. C.). Necrópolis de Sheij Abd el-Qurna.

La estación de la abundante *shemu*

La estación de *shemu* (‘cosecha’ o ‘sequía’) era la última estación del calendario civil egipcio. Al igual que las dos anteriores, *ajet* y *peret*, estaba dividida en cuatro meses que sumaban en total 120 días, *pachons*, *payni*, *epiph* y *mesore*. Comprendía un período que comenzaba en primavera y culminaba a principios de verano. Si la inundación había sido propicia y suficiente y la simiente había fructificado debidamente, los campos estarían repletos de espigas de trigo, cebada y lino, esenciales para alimentar a los egipcios durante un año. Sin embargo, si la crecida del Nilo había sido demasiado caudalosa y virulenta o las cosechas se hubieran arruinado por plagas o por una fuerte tormenta los egipcios pasarían penalidades.

En este apartado se desarrollarán los siguientes aspectos:

Fiesta de la salida del dios Min, en la que se tratará sobre los hábitos alimenticios de los antiguos egipcios.

La fiesta del feliz encuentro de Horus y Hathor, que explicará el matrimonio, la familia y la sexualidad en el antiguo Egipto.

Heru-renpet: el nacimiento de los dioses, en el que se abordará la religión y el panteón egipcio.

7

Fiesta de la salida del dios Min

La festividad de la salida del dios Min se celebraba el cuarto mes de la estación de *shemu*. Min era un dios lunar que estaba vinculado a la fertilidad, la vegetación y la lluvia, para los egipcios era la fuerza generadora de la naturaleza. Se representaba como un hombre desnudo de piel negra o verde cuyo rasgo más característico es el falo erecto. En su cabeza porta una corona con dos altas plumas, en su mano un flagelo y está subido a un pedestal. Esta festividad se vinculaba con el faraón, pues este al igual que Min era el encargado de proveer abundancia a sus súbditos. Esta fiesta sirve de nexo para desarrollar el asunto de este capítulo: la alimentación en el antiguo Egipto.

En el Paleolítico Superior, hace unos 18 000 años, ya existían grupos de recolectores y cazadores nómadas en el valle del Nilo. Asimismo, la domesticación de los primeros animales y la transformación de las plantas silvestres en plantas de cultivo se produjeron en El Fayum en época mesolítica hacia el 7000 a. C. Aproximadamente, tres mil años después, se establecieron asentamientos de agricultores tanto en el norte como en el sur de Egipto. La alimentación de los antiguos egipcios, ya en época faraónica, se caracterizó por la introducción, implantación y generalización paulatina de nuevos alimentos,

tanto autóctonos como foráneos, así como por avances tecnológicos aplicados a este ámbito, que están estrechamente vinculados con dos componentes: el marco geográfico y la sociopolítica que imperaban en Egipto. El primer factor, que ya se ha explicado en el capítulo cuarto, en el que se hablaba de las diferentes áreas geográficas de producción agropecuaria egipcias. De igual modo, el segundo elemento catalizador fue la política de comercio exterior que llevaron a cabo los diferentes faraones a lo largo de la historia, ya fuera fomentándola u obstaculizándola.

Relieve hundido que representa al dios Min, templo de Karnak, Luxor.

No obstante, la pregunta fundamental de este apartado es: ¿qué hábitos alimenticios tenían los antiguos egipcios? La información relativa a esta cuestión se halla en la arqueología que se centra en contextos funerarios, en los desechos conservados que se acumularon en basureros de diferentes poblaciones egipcias y en naufragios, así como en imágenes destinada a tumbas y templos y, por último, en las fuentes literarias. Todas estas ramas de estudio nos ayudan a desechar el pensamiento erróneo que *a priori* se puede tener sobre la supuesta limitación alimentaria de este pueblo. Los egipcios contaban con una amplia variedad de productos alimenticios obtenidos de la agricultura, la ganadería, la pesca, la caza, además de la importación de alimentos de los territorios limítrofes.

PAN, CERVEZA Y DULCES

El sustento fundamental y cotidiano del que se disponía fueron el pan, procedente del trigo, y la cerveza, de la cebada. De hecho fueron dos de los productos con los que se pagaba en especie a todo servidor del Estado ya fuera un alto cargo o el más humilde de los obreros ya que ambos crecían en las tierras egipcias desde los albores de esta civilización. En relación a los cereales, que fueron la base alimenticia de la población, estaba el trigo *almidonero* silvestre, también llamado escanda, que es diferente a los que se producen hoy en día, además del mijo y la cebada. Con estos tres cereales se elaboraban varios tipos de gachas.

El pan era el alimento básico y fundamental para los habitantes de Egipto al que se le añadían ingredientes como la leche, los huevos, la miel, los dátiles, las algarrobas, los higos… También con la masa del pan se componían diferentes formas mediante moldes. La abundancia de panes se observa en la riqueza de vocablos para nombrarlos: en el Reino Antiguo (~2650-2125 a. C.), llegaron a existir hasta quince palabras que se fueron ampliando hasta llegar a los cuarenta términos en el Reino Nuevo (~1539-1075 antes de Cristo).

Maqueta funeraria —medidas: 17,3 cm de largo x 55 cm de ancho x 29 cm de alto—, en la que se representa, por un lado, una panadería y, por el otro, una cervecería. Se encontró en la tumba tebana de un alto funcionario llamado Meket-Re, datada en la XII dinastía (~1938-1755 a. C.). Museo Metropolitano de Arte de Nueva York, 20.3.12.

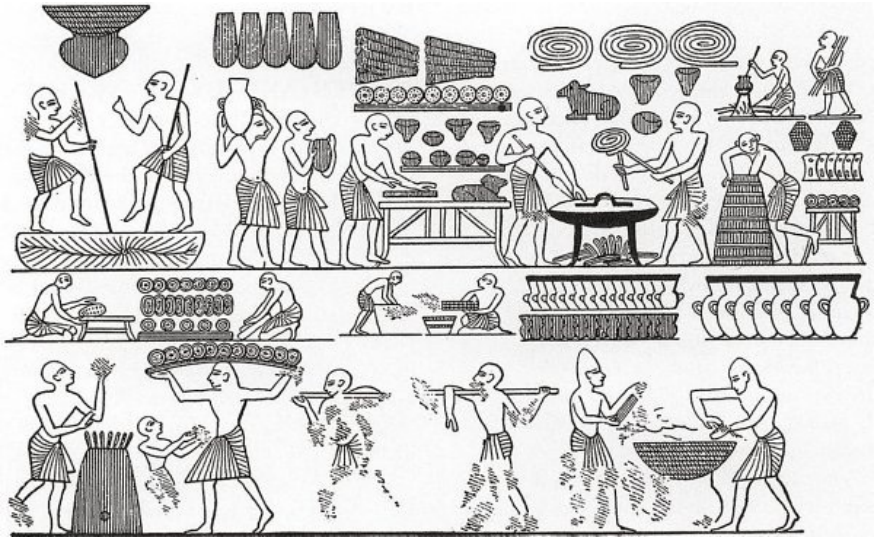
Gracias a la documentación gráfica, sobre todo la representada en los Reinos Antiguo —mastaba de Ti—, y Medio (~1975-1640 a. C.) —tumba de Antekopher— conocemos el metódico proceso de elaboración del pan: comenzaba con la molienda del grano en unas muelas de piedra para crear así la harina, que se mezclaba y amasaba con agua, dejando después la masa en reposo. Luego, a esta mezcla se le añadía masa de días anteriores que funcionaba como levadura, para después introducirla en un molde de barro que se denominaba *bedja*, que tras varias cocciones se desechaba. El más común tenía forma de cono, en cuyo extremo se introducía una porción de masa fermentada. Más tarde, la masa enmoldada se cocía, ya fuera sobre piedra y cubierta de cenizas o brasas, o en hornos. Este proceso se repetía por la mañana cada dos o tres días, ya que la comida principal se hacía al atardecer.

Restos de moldes de barro cónicos para elaborar pan datadas en la V dinastía (~2450-2325 a. C.). Museo Egipcio de Turín.

El segundo alimento esencial consumido diariamente por los egipcios era la cerveza. Esta bebida tenía un sabor y un aspecto muy diferente al actual: era más espesa y de menor graduación alcohólica. El malteado no se introdujo en el antiguo Egipto hasta el Reino Nuevo y tampoco se conocía el lúpulo, que aporta el amargor a la cerveza, ni el caramelo de azúcar, un buen fermentador. De igual manera, a la receta de la cerveza egipcia se le añadían otros ingredientes como los higos, la miel, los altramuces, los frutos de la persea o el cilantro, que aumentaban los grados de alcohol y cambiaba su sabor. El proceso de elaboración de la cerveza ha llegado hasta nosotros gracias al testimonio del alquimista Zósimo de Panópolis, capital del IX *nomo* del Alto Egipto, y que vivió entre el siglo III y siglo IV d. C.: una mezcla de cebada molida y agua se metía en el horno hasta que su superficie quedaba crujiente mientras que el resto quedaba poco cocido. Luego esta pasta se hacía migas y se mezclaba con levadura, para más tarde dejarla macerar durante tres días con agua y dátiles en una tinaja con lo que se producía la fermentación. Después el resultado se trasladaba a un recipiente ovoide de base plana y bordes redondeados.

Maqueta funeraria del Reino Medio (~1975-1640 a. C.) en la que se representa la elaboración de cerveza. Museo Egipcio Rosacruz en San José, California.

Los dulces también eran muy variados, aunque no hay muchas imágenes que nos muestren cómo era el proceso de elaboración de los mismos. Para que la masa estuviera dulce se le añadían edulcorantes como la miel, las algarrobas, el arrope (jarabe concentrado de miel), dátiles o uvas pasas. Una de las escenas más completas sobre la elaboración de dulces se encuentra en el hipogeo situado en el Valle de los Reyes del faraón Ramsés III (~1187-1157 a. C.). En ella vemos cómo también existían diferentes tipos de moldes que tenían, además de una clara función utilitaria, otra de carácter religioso como podía ser el buey tumbado. En el registro superior de la imagen se pueden distinguir los sucesivos pasos de la producción de pasteles: traslado de los ingredientes al obrador, la elaboración del pastel sobre una mesa y la cocción del mismo en un recipiente con tapadera sustentado por un trébede (aro de tres pies que se pone al fuego). En el registro inferior parece que se ha representado el proceso de decoración o aromatización de pasteles.



Escena de la Tumba de Ramsés III (~1187-1157 a. C.), faraón de la XX dinastía (~1190-1075 a. C.) en la que se representa el proceso de elaboración de pasteles, Valle de los Reyes, Tebas.

VERDURA, FRUTAS Y LEGUMBRES

El consumo de verduras, frutas y legumbres estaba muy extendido entre los antiguos egipcios, que se fue ampliando con el tiempo. Ya desde el Reino Antiguo, la población más pobre completaba su dieta de pan y cerveza con hierbas y plantas salvajes, cebolla (que se ingería cruda), habas, pepino, apio y ajo. En el Reino Nuevo se introdujo el puerro, que se cocía, además del rábano y la lechuga. Esta última se asociaba con la fertilidad. Del papiro, abundante en las riberas del río, se aprovechaba sobre todo el tubérculo que se comía tanto crudo como asado, y del loto, la raíz y los granos. La calabaza se consumió en época más tardía, lo que no está claro es si ya era conocida en tiempo de los Ptolomeos o más tarde, ya que el gastrónomo romano Apicio, siglo I d. C., escribió en su recetario *De re coquinaria* una receta egipcia que llevaba calabaza.

La fruta era un alimento muy apreciado, aunque privativa de la élite: crecía solo en jardines privados ya fueran de la aristocracia o de alguno de los templos diseminado por el territorio. Entre la época –tinita (~2950-2650 a. C.) e inicios del Reino Antiguo, se cultivaba la higuera —procedente de la región sirio-palestina—, la palmera datilera —autóctona de Egipto—, y la vid. Esta última

fue introducida en el reino hacia el 3100 a. C., ya en el período predinástico. Los frutos de estas tres plantas se consumían durante todo el año tanto frescos como secos. Otro fruto procedente del arbusto espina santa (*Zizyphus spina-christi*), extraño para nosotros, producía unas bayas de color carmín intenso cuyos frutos se utilizaban para la elaboración del pan.

Ya en el Reino Antiguo se incorporaron nuevas especies frutales como la sandía, el melón, el sicomoro —árbol relacionado con el más allá— cuyos higos eran muy apreciados, al igual que los frutos y semillas de la persea. También, se introdujo la azufaifa, cuyo fruto tiene forma de aceituna con piel amarronada: su carne recuerda a la manzana y tiene un sabor dulce. Durante el Reino Medio se incorporó el granado, oriundo del Próximo Oriente; el algarrobo, cuyos frutos eran utilizados como edulcorante; y la chufa, consumida cruda, seca o hidratada, procedente de Mesopotamia. En el Reino Nuevo se difundió la siembra de la palmera *dum*, cuyos dátiles eran muy estimados porque eran esponjosos y azucarados. También se introdujo la manzana que no dejó de ser una rareza. Además, se normalizó la llegada de productos alimenticios de importación como las almendras, los piñones y los cocos. Las frutas como la pera, la ciruela, el melocotón y los cítricos fueron introducidos en el valle del Nilo en época romana.

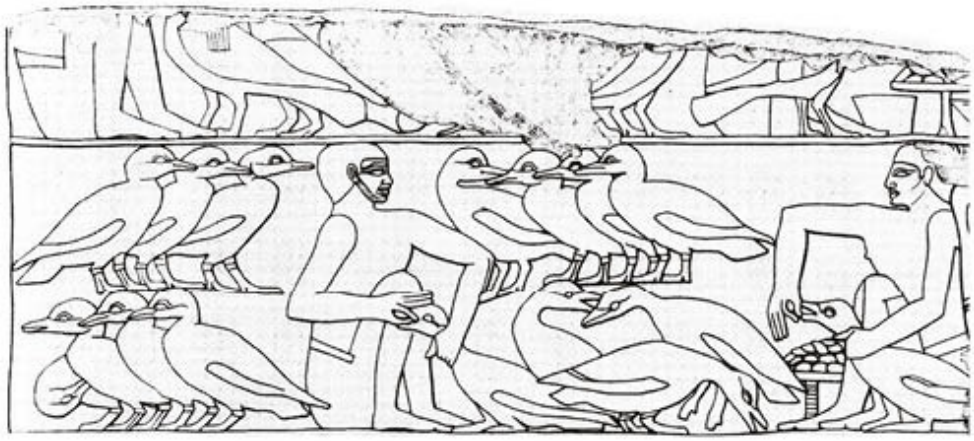
Escena de un jardín en cuyo centro hay un estanque con fauna y flora. Su alrededor está cuajado de árboles frutales como las palmeras datileras, sicomoros, mandrágoras o higueras. Esta representación pertenece a la tumba de Nebamún, datada en el Reino Nuevo (~1539-1075 a. C.). Museo Británico, EA37983.

Se tiene constancia de que los egipcios consumían habitualmente legumbres desde los inicios de su civilización, aunque apenas aparecen reflejadas en la literatura egipcia y nada en su iconografía. Entre las más destacadas estaba la lenteja. Ya desde época predinástica las preparaban cocidas o fritas: varias semillas de esta planta se han encontrado en el conjunto funerario del faraón Djoser (~2592-2566 a. C.) ubicado en la necrópolis de Saqqara y también en el hipogeo de Tutankhamón (~?-1324 a. C.). Por otro lado, desde el Reino Antiguo se comían habas tanto trituradas como fritas y también los altramuces. Ya en el Reino Medio se comenzó a consumir puré de garbanzo. Esta legumbre se denominaba *her-bik*, porque su forma se asemejaba a la cabeza de un halcón que recordaba el dios Kebehsenuf, uno de los cuatro hijos de Haroeris (Horus el Viejo), que tenía cabeza de halcón y cuerpo humano momificado, una de las representaciones características en los vasos canopos. En lo que respecta a las legumbres, las judías y los guisantes llegaron a Egipto en el Reino Medio.

CARNE ROJA Y CARNE BLANCA

Otros de los alimentos comunes en Egipto fueron tanto la carne roja —vacuna, ovina y porcina—, como la blanca —aves y pescado—, así como los productos derivados de estos animales, ya domesticados, como su grasa. Asimismo, la caza era una fuente de alimento cárnico tanto para las clases menos pudientes como para la aristocracia. La carne de buey era la más apreciada y consumida solo por las clases altas, mientras que los estratos sociales más bajos se alimentaban de cabra y oveja. Heródoto afirmaba, sin fundamento alguno, que el cerdo era considerado impuro y no se comía en Egipto, sin embargo, la arqueología y la documentación, tanto textual como gráfica, demuestran que el cerdo formaba parte de la dieta desde época muy antigua en todos los estratos de la sociedad quizá exceptuando al faraón. Parece ser cierto que la carne porcina no estaba

bien considerada, pero aparece en recetas médicas y el cerdo está representado en la decoración funeraria. Hay indicios de que el cerdo se sacrificara a los dos años: su carne se cocinaba tanto asada, guisada como fresca, pero sobre todo se conservaba en salazón. Otros animales cuya carne también nutría a la población egipcia eran la hiena, la liebre, los erizos y los ratones.



En el registro inferior del relieve se ve cómo dos hombres sobrealimentan unas ocas.

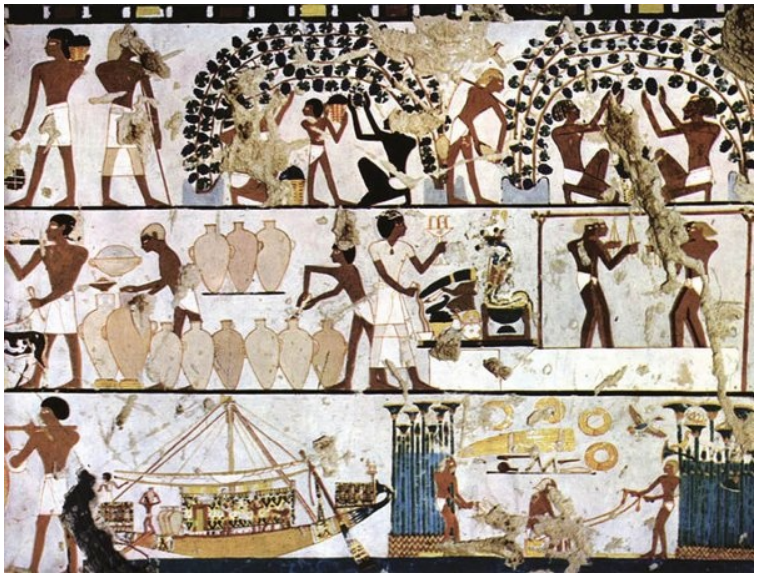
Una de las carnes más consumidas era la de las aves que provenía tanto de la cría en granjas de ocas y patos, como de la caza de palomos, codornices y perdices. El gallo y la gallina no entraron en la dieta egipcia hasta el Segundo Período Intermedio (~1630-1520 a. C.). También está confirmado que la población consumía huevos de avestruz desde los principios de esta civilización. Sobre el consumo de huevos de otras especies como el pato o la oca, no hay acuerdo entre los egiptólogos. Uno de los descubrimientos del mundo egipcio fue el *foie gras*, gracias a que estos observaron que las ocas en su viaje migratorio descansaban en el Nilo durante el invierno, almacenando reserva de grasa en su hígado. Con este autoengorde su color se tornaba amarillento, lo que le daba a los hígados una textura delicada y un sabor exquisito.

El pescado fue una fuente básica de proteínas para la población, sobre todo para los habitantes de El Fayum y del delta. Entre las más de sesenta variedades de peces que conocían los antiguos egipcios, el mújol era una de las más apreciadas, tanto por su carne como por sus huevas. El alto consumo de pescado propició que se construyeran viveros dentro de las dependencias de palacios y templos.

Las grasas de origen animal y vegetal eran también utilizadas en la cocina egipcia. Las primeras se obtenían del sebo del buey, la cabra, la oca y de animales salvajes como la gacela, la serpiente y el cocodrilo. La única representación que existe sobre el proceso de obtención de este tipo de grasa se encuentra en el Templo de Seti I en Abydos. En cuanto a las grasas de origen vegetal también había una gran variedad. Ya en el Reino Nuevo se extraía aceites del prensado de semillas o frutos como los del alazor, el sésamo, el ricino y el lino, cuyo aceite fue muy consumido. De la palma o la moringa también se extraía aceite. De la última nombrada su aceite era muy apreciado porque no se enranciaba. No obstante, el aceite más valorado era el aceite de oliva: primero se importó del Próximo Oriente, hasta que el faraón Ramsés II (~ 1279-1213 a. C.) mandó plantar olivos que se cultivaban en el Bajo Egipto.

CONDIMENTOS, BEBIDAS Y CONSERVAS

Los antiguos egipcios aderezaban sus platos con diferentes condimentos entre los que destaca la sal, ya que Egipto disponía de importantes yacimientos salinos como el situado en el desierto Occidental, próximo al delta. Las plantas aromáticas fueron usadas por los habitantes de esta civilización desde antiguo: el cilantro, el sésamo, el eneldo, el perejil, el tomillo, la mostaza, la alholva, la albahaca, la menta y el anís fueron imprescindibles en la cocina egipcia. La lista de condimentos se amplió gracias a la importación de la canela, el comino y posteriormente la pimienta.



Esta escena, dividida en tres registros, narra el proceso de obtención del vino desde su recogida, almacenamiento y transporte. Procede de la tumba tebana de Khaemwese datada en el Reino Nuevo (~1539-1075 a. C.).

Entre las bebidas que se ingerían además de la cerveza, estaba la leche, los zumos de frutas y el vino, que era muy apreciado. La leche de vaca, oveja y cabra se consumía cruda y con ellas se elaboraba queso y varios tipos de mantequilla como la clarificada, que se conseguía batiendo la leche, separando el suero de la grasa para luego prensarla. Una de las cualidades de esta grasa es que era muy resistente, ya que aguantaba el calor sin estropearse. El método de la obtención de la grasa láctea está documentado desde época predinástica.

Detalle del centro del tercer registro de una de las escenas de la Tumba de Najt, en la que dos hombres están desplumando y desecando aves. Necrópolis tebana de Sheij Abd el-Qurna.

El vino, que era una bebida de lujo hasta que se popularizó en época de los Ptolomeos, se importaba de Palestina y Siria antes de que se generalizara su cultivo en el Reino Antiguo. Además de ingerirlo se utilizaba en rituales religiosos y funerarios. Se tiene constancia de que la uva se cultivaba sobre todo en terrenos reales y los dominios de grandes templos. El proceso de fabricación del vino comenzaba con la recolección de los racimos en cestos para luego llevarlos al lagar, un espacio acotado construido en piedra, arcilla o madera, donde se pisaba la uva, y que tenía un desagüe por el que salía el jugo que caía en una vasija. El zumo de uva era introducido en unas tinajas, para que se produjera el primer fermentado, cuyo tapón de barro tenía un agujero que permitía una segunda fermentación ya que dejaba pasar el oxígeno. Cuando esto ocurría el recipiente se sellaba definitivamente. Entre algunas variedades de vino destacan tres: el dulce, el cocido y el que podríamos llamar peleón, que se obtenía del mosto rehumedecido después del primer prensado. Además del vino, existían otras bebidas alcohólicas que se obtenían de la fermentación de frutos como los de la granada así como de los dátiles.

La elaboración de conservas de carne, pescado y vegetales se conservaban en grasas animales, aceites vegetales, miel y vino y se guardaban en tinajas selladas e identificadas. La carne de vacuno y ovino se cortaba en tiras finas y se secaba al sol, mientras que el pescado se abría, se descamaba y evisceraba, para luego secarlo al aire. La forma de conservar la carne de ave y pescado consistía en

secarla parcialmente y después meterla en salmuera. Una de las conservas más apreciadas era la de las huevas de mújol que se salaban. La sal era uno de los productos más utilizados para conservar los alimentos, lo que producía problemas cardiovasculares entre la élite egipcia de una cierta edad.

COCINA, HÁBITOS Y DIVERSIÓN EN TORNO A LA MESA

Como se ha dicho en párrafos anteriores los alimentos se cocinaban a la parrilla, a la brasa o cocidos, lo que exigía una gran variedad de recipientes hechos de barro como ollas, escudillas y lebrillos. Como el metal era escaso los cuchillos eran de sílex y las cucharas de madera. En los hogares donde se cocinaban los alimentos más sencillos había braseros circulares excavados en el suelo, que se ubicaban tanto fuera como dentro de la vivienda o institución, en los que se colocaban los recipientes para cocinar. Estas estructuras se han encontrado en grandes templos y en complejos vinculados con las grandes tumbas reales, en los que se debía de alimentar a un gran número de trabajadores. También se han encontrado en lujosas viviendas como las de la ciudad de Tell el-Amarna, que se sitúan al sur y extramuros de las viviendas, para que el humo no llegara a las estancias nobles de la casa.

No se ha conservado ningún recetario egipcio, aunque sí hay retazos de su cocina en tumbas como la del visir Rekhmire datada en la XVIII dinastía (~1539-1292 a. C.) en la que aparece la receta de las galleta-*shayt* de forma cónica, cuyos ingredientes eran chufas, dátiles, miel y aceite de oliva. Esta misma receta aparece en uno de los textos de carácter médico, el *Papiro de Ebers*, fechado en la XVIII dinastía.

Con respecto a los hábitos en torno a la comida hubo un cambio sustancial en el Reino Medio. Los aristócratas pasaron de comer sentados en el suelo sobre esteras y cojines, a comer sentados en sillas servidos por criados que escogían la comida de cada comensal de unas mesas, a la manera de un bufé, tal y como se representa en la tumba de Nebamún. En esta pintura se puede observar como las mujeres y los hombres estaban separados, aunque se tiene constancia de que los matrimonios podían sentarse juntos. Parece ser que los invitados menos importantes se sentaban en taburetes o cojines, pues las sillas estaban reservadas a los comensales más eminentes y a los anfitriones del ágape. Las escenas de banquete son muy abundantes en las representaciones funerarias, por lo que deben ser el reflejo de la predilección que tuvieron los egipcios de clase alta por

este tipo de reuniones, cuyo fin era divertirse. Estas comidas en las que se congregaban bastantes personas, donde había comida en abundancia, se amenizaban con música, baile —realizado por un grupo de danzantes— y espectáculos acrobáticos. El origen de las escenas musicales se remonta al Reino Antiguo, cuyos protagonistas solían ser hombres, mientras que en el Reino Nuevo el sexo de los intérpretes eran mujeres. Una variante iconográfica de este asunto es el arpista ciego, que suele estar representado por un hombre. El músico ciego se relacionaba con los encuentros amatorios, porque a causa de su invidencia era perfecto para amenizar la aventura amorosa, era la personificación de la discreción, ya que no podía describir la escena. En el ámbito funerario está vinculado con el renacer del difunto en el que su sexualidad también resurgía en el más allá.

Escena de un banquete procedente de la Tumba de Nebamún, datada en el Reino Nuevo (~1539-1075 a. C.). Museo Británico. Esta imagen se divide en dos registros. El superior está compuesto por un grupo de hombres y mujeres, posiblemente desposados, que están sentados en sillas agasajados con unas guirnaldas que les ofrecen unos sirvientes. En el registro inferior aparece un conjunto de mujeres también sedentes, seguramente solteras, a las que unos criados están obsequiando con objetos.

En estos banquetes la música se ejecutaba con instrumentos de viento, cuerda y percusión. Se tiene constancia de que en el Reino Antiguo se usaba la flauta vertical, que se tocaba de forma oblicua, y que estaba fabricada en metal o en caña y tenía orificios circulares cuyo número oscilaba entre los 4 y 6. En este período también se usaba el arpa de arco que estaba compuesta entre 6 y 8 cuerdas y se apoyaba en el suelo, la cual comenzó a utilizarse a partir de la

VI dinastía (~2325-2175 a. C.). Además, disponían también de la chirimía doble que recuerda al clarinete, la trompeta —para eventos militares o religiosos—, los timbales de mano, varillas entrechocadas y sonajeros. Durante el Reino Medio se introdujeron en Egipto, procedentes de Asia Menor, nuevos instrumentos como los diferentes tipos de tambores y la lira, que podía ser simétrica o asimétrica, y que más tarde sería tañida sobre todo por mujeres tanto en grupo como en solitario. En el Reino Nuevo, aparecieron nuevos instrumentos como el arpa de pie, también llamada angular, que tenía entre 8 a 16 cuerdas y era de grandes dimensiones, así como el arpa de hombro y la de mano que se sostenía en un soporte. Los instrumentos eran tañidos tanto por mujeres como por hombres. Del Próximo Oriente se importó el laúd que se tocaba con un plectro, también llamado púa o palillo. En esta época uno de los instrumentos más importantes era el oboe que se tocaba por duetos y estaban asignados a mujeres.

8

La fiesta del feliz encuentro de Horus y Hathor

La fiesta del feliz o bello encuentro entre los dioses Horus y Hathor —divinidad nutricia asociada al amor, la alegría, la danza y la música—, se celebraba el tercer mes de la estación de *shemu*. Era una de las grandes festividades del reino, ya que congregaba a un gran número de personas para conmemorar el matrimonio entre las dos divinidades. La ceremonia consistía en reunir a los dos dioses, ya que Hathor se encontraba en el templo de Dendera, mientras que Horus estaba en el de Edfu, más al sur. Así pues, la diosa viajaba en su barca acompañada de sus sacerdotes hasta llegar al templo de su esposo. No obstante, su recorrido no era directo ya que la diosa paraba en diferentes santuarios, pues su llegada debía coincidir con la luna nueva. El reencuentro anual de estas dos deidades y su festividad dan paso al asunto de este capítulo: el matrimonio y la familia en el antiguo Egipto.

Huecorrelieve de época romana procedente del templo de Dendera en el que se representa a los dioses Horus y Hathor.

MATRIMONIO Y DIVORCIO

La sociedad egipcia se vertebraba en núcleos familiares constituidos por un hombre, una mujer y sus vástagos. Es necesario señalar que el concepto de matrimonio actual no se parece al de los egipcios, ya que no existía ninguna regulación jurídica o religiosa que formalizara dicha unión. Así pues, para formar una familia solo se requería el mutuo acuerdo y la cohabitación para que hubiera un reconocimiento social de la pareja, por lo que terminológicamente matrimonio se expresa como «establecer una casa». De hecho el matrimonio era para los egipcios el estado natural de un hombre y una mujer. Por otro lado, las palabras para nombrar a cada miembro de la familia se distribuían con *hi* para marido, término poco común ya que la documentación en la que hemos podido encontrar estos términos se encuentra en los monumentos funerarios, los cuales eran habitualmente propiedad masculina y el dueño nunca se nombraba como marido; la segunda palabra, esposa, tiene varias formas, la primera de ellas y más antigua es *hemet* que está documentada desde el Reino Antiguo (~2650-2125 a. C.) hasta la XII dinastía (~1938-1755 a. C.). Después se comenzó a utilizar la palabra *senet*, término ambiguo que puede entenderse también como ‘hermana’ u otro miembro femenino de la familia. *Anjet en niut* era una tercera voz para designar esposa y que se podía también traducir por ‘ciudadana’. Existía una cuarta palabra, *nebet per*, que significaba ‘señora de la casa’. A esta

profusión semántica se puede añadir la palabra *hebsut* que hace referencia a una segunda esposa, casada tras la muerte de la primera —pérdida que ocurría frecuentemente en los partos—, o divorcio de esposas anteriores del hombre con el que se desposaba. Se tiene constancia que las segundas nupcias de mujeres divorciadas o viudas estaban aceptadas socialmente.

Escultura de caliza policromada en la que se representa al enano Seneb con su familia, que se halló en la tumba del protagonista de esta labra en la meseta de Guiza. La pieza se realizó en la IV dinastía (2575-2450 a. C.) y se conserva en el Museo del Cairo.

Existe poca documentación relativa a la situación social de divorciadas y viudas. En el caso de las primeras, un divorcio suponía quedar desprotegidas, por lo que se redactaron contratos prematrimoniales que amparaban a la esposa en caso de que esto ocurriera. El destino de estas mujeres era un segundo enlace o el retorno a la casa paterna. Las viudas por el contrario tenían un panorama desolador ya que malvivían al igual que huérfanos y hambrientos.

Estatuas de Rahotep y su esposa Nofret de caliza policromada datada en la IV dinastía (~2575-2450 a. C.) y encontrada en la mastaba de los dos representados, en Meidum. Museo del Cairo. Una de las partes que más destaca de este conjunto escultórico son los ojos de los representados que se realizaron con cuarzo y cristal de roca.

La poligamia masculina, sin embargo, no tenía sanción social, aunque no hay mucha documentación conservada al respecto. En este supuesto, la solvencia económica debió de jugar un papel esencial, ya que es evidente que el marido tenía que mantener a sus esposas, razón por la cual la poligamia debió de convertirse en un símbolo de alto estatus solo reservado a los hombres de las clases más acomodadas. Vinculado con este concepto estaban las relaciones extramatrimoniales masculinas que debieron de darse en todos los estratos sociales; las femeninas estaban estigmatizadas, no así las de las mujeres solteras ni los hijos engendrados de estas segundas uniones. Uno de los ejemplos más frecuentes se daba entre el dueño de una gran hacienda y alguna de las sirvientas que trabajara bajo sus órdenes. Sin embargo, hay documentación en Deir el-Medina referida a idilios extraconyugales en los que el hombre es criticado por su conducta por mantener relaciones con varias mujeres casadas. La reprobación se fundamenta en el agravio hecho no a estas mujeres sino a sus maridos. Este tipo de relaciones contradecía a la *maat* como queda patente en el capítulo 125 del *Libro de los muertos* en la «Confesión 19», en la que el difunto asegura frente a Osiris que nunca tuvo relaciones sexuales con una mujer casada.

El escriba Ptahmai y su familia. En el centro aparece el protagonista que está acompañado por varios personajes: a la izquierda se sienta su esposa Hatshepsut y a su derecha su hija Iniuhaj. En un registro inferior y de tamaño reducido están la segunda hija del matrimonio, Henut Deniu, y el nieto Ramose. Museo Egipcio de Berlín.

El matrimonio podía disolverse por dos motivos fundamentales: la muerte de un cónyuge o el divorcio. Este último supuesto, que tampoco se regulaba ni religiosa ni jurídicamente, se expresaba en Egipto con los términos «expulsión» o «partida» en contraposición a «establecer una casa» cuando dos personas se casaban. Los motivos más habituales para disolver la unión conyugal eran la infertilidad o la infidelidad de la mujer. Una tercera razón estaría vinculada con la promoción social del varón, que se divorciaría de su primera esposa para casarse con otra mujer de estatus más elevado, acorde con su nueva posición social.

La violencia en el seno del matrimonio también existió en Egipto y de ella tenemos información en el llamado *Ostracon Nash* y en pruebas antropológicas: el cadáver de una mujer de unos 30 a 35 años hallado en una necrópolis en Abydos, perteneciente al Reino Medio (~1975-1640 a. C.), presentaba fracturas típicas de maltrato continuado antes de ser asesinada por la espalda con la hoja de un objeto cortante. Según los estudios paleopatológicos (disciplina que estudia las huellas de las enfermedades que dejan los huesos de seres vivos en la

Antigüedad), las roturas se concentran en las costillas a ambos lados de la caja torácica causadas posiblemente por el impacto de dos puños. La mano izquierda también presentaba daños en varios sitios: el segundo metacarpo se fracturó probablemente para evitar el impacto de un objeto y la muñeca se rompió por el cúbito y el radio que además se infectó y cuya causa más posible se debiera a la amortiguación de una caída. Es el único caso constatado de este tipo de violencia en el antiguo Egipto.

SEXUALIDAD

Los egipcios disfrutaban de los encuentros físicos con otras personas —así está documentado en los poemas amorosos y en los *óstraka* de Deir el-Medina— y además se entregaban a diferentes variantes sexuales sin los remordimientos occidentales derivados de la moral judeocristiana. Masturbarse —así creó el dios Atum a la primera pareja de dioses: Shu y Tefnut—, la zoofilia, el fetichismo, el travestismo y la sumisión y dominación eran prácticas que los egipcios experimentaban con toda normalidad y no estaban entendidas como perversiones. El egipcio entendía que si había consentimiento no se atacaba a la *maat*, lo que no ocurría con las violaciones. En cuanto al incesto, se sabe que en el caso de los faraones no eran muy partidarios de estas uniones, pues en tres mil años de historia solo existe una docena de ejemplos entre los que destacan Akhenatón (~1353-1336 a. C.) y Tutankhamón (~?~1324 a. C.). Esta práctica se daba entre mediohermanos o padres e hijas, para que la dinastía real fuera lo más pura. No hay que olvidar que el nacimiento de los dioses es el resultado del incesto y esta parte de la mitología egipcia podía relacionarse con el carácter divino que querían darle los faraones a su familia. Los matrimonios entre parientes directos dentro de la familia real pueden relacionarse con el planteamiento que han defendido algunos egiptólogos y que se conoce como «la teoría de la princesa heredera» y que consiste en la legitimación de poder originada a través de las mujeres de la realeza cuando eran el elemento sucesor del matrimonio.

Fragmento del *Papiro erótico de Turín* procedente de Deir el-Medina, en el que se ha representado varias prácticas sexuales: vemos la masturbación femenina a la izquierda y en el centro una cópula entre un hombre y una mujer.

Entre las prácticas sexuales egipcias, estaba la de contratar los servicios de prostitutas, aunque estaba censurado por la sociedad. Esta actividad debió de estar instaurada en Egipto desde los comienzos de su civilización, no obstante, no existe mucha información sobre la misma hasta el Reino Nuevo (~1539-1075 a. C.). Es en esta época donde aparecen referencias a los prostíbulos conocidos como Casas de la cerveza y cuyo ambiente es posible que haya quedado reflejado en el *Papiro erótico de Turín*, en el que se veían diversas posturas sexuales. No se tiene constancia de si las prostitutas vestían con alguna prenda característica o llevaban algún objeto distintivo que las diferenciara de otras mujeres. Se ha sugerido, eso sí, que podían estar tatuadas. Una de las incógnitas que suscita esta profesión es en qué términos se hacía el intercambio sexual, pues no hay que olvidar que en Egipto no había moneda y se vivía del trueque.

En Egipto la homosexualidad se permitía, pero era reprobada socialmente. Para el egipcio, la penetración anal y el ente pasivo —considerado inferior— de este tipo de encuentros eran considerados humillantes, ya que se establecía una relación de poder por lo que se traicionaba a la *maat*. Esta idea queda reflejada en el mito del enfrentamiento de Horus y Seth. Este último intenta sodomizar a su sobrino con la intención de deshonrarlo para que no pueda acceder al trono. Otra referencia se encuentra en el capítulo 125 del *Libro de los muertos*, en el

que el difunto asegura frente a Osiris que no ha mantenido relaciones homosexuales. Algo similar aparece en el *Libro de los muertos* de Nestanebtasheru, en el que la difunta niega haber mantenido relaciones lésbicas: este pasaje es la única referencia directa sobre el lesbianismo en el antiguo Egipto.

Desde el Reino Antiguo existen referencias gráficas sobre la homosexualidad. Uno de los ejemplos más llamativos se encuentra representado en una tumba de la V dinastía (~2450-2325 a. C.), cuyos dueños son dos hombres que no tienen parentesco llamados Niankhnum y Khnumhotep, que ocuparon el cargo de manicuras del rey. El tratamiento iconográfico funerario es igual al de los matrimonios heterosexuales y, aunque se sabe que estaban casados con mujeres, estas no aparecen representadas en la tumba.

Descendencia

La consecuencia natural de la cohabitación entre un hombre y una mujer era el nacimiento de hijos, principal objetivo del matrimonio, porque aseguraban el cuidado de los padres en la vejez, además de mantener el culto funerario de sus progenitores para cumplir con la *maat*. La espera de un hijo era un acontecimiento deseado y feliz aunque no carente de peligros para la madre y los nonatos. También existían matrimonios que no tenían hijos, por lo que estas parejas recurrían a la adopción. En Egipto existían varios tipos de pruebas de embarazo como la exploración del cuerpo femenino —observar el cambio de color de la piel, la hinchazón de pechos, etc.—, que verificaban hasta cierto punto el embarazo.

Además de este examen, también existían otras comprobaciones un poco más heterodoxas como la germinación por medio de la orina del trigo —el sexo del nonato era masculino—, y la cebada —el sexo era femenino—como se describe en el *Papiro de Berlín*. Cuando se constataba que la mujer quedaba embarazada, uno de los mayores miedos era el aborto que conllevaba también un serio riesgo para la vida de la madre, que podía morir desangrada además de perder al hijo. Por estas razones, se fabricaban amuletos y se recitaban advocaciones a ciertas divinidades como Isis, para proteger a madre e hijo durante la gestación. Otra de las divinidades protectoras era la diosa Taweret, divinidad de la fertilidad que se representaba con cabeza de hipopótamo, cuerpo de mujer con el vientre abultado y grandes pechos, patas de león y cola de cocodrilo.

En Egipto también se conocían supuestos métodos para prevenir el embarazo introduciendo en la vagina tampones impregnados con miel, excremento de cocodrilo o espinas de acacia trituradas tal y como se describe en los *Papiros de Kahun y Ebers*. Esta última contiene goma arábiga que dificulta la concepción porque es un espermicida. Asimismo, el período de lactancia, que podía prolongarse durante un período de tres años, reducía la posibilidad de un nuevo embarazo.

Escena de parto del templo de Kom Ombo, situado cerca de Asuán y construido en época ptolemaica.

La información relativa al nacimiento de un niño en Egipto es escasa: no existen muchas imágenes sobre este asunto al igual que con las escenas de embarazadas. La posición habitual que adoptaba la parturienta consistía en ponerse en cuclillas sobre una especie de silla obstétrica, que estaba formada por tres grandes ladrillos o piedras dispuestos en forma de U y que estaba asociada a la diosa Meretseger, mujer con cabeza de cobra que estaba vinculada a la medicina. La futura madre siempre estaba asistida por varias mujeres y contaba en este tránsito peligroso con la protección de varios dioses como Hathor y Bes —genio enano con barba protector de los niños y el hogar— a los que invocaban si el parto se complicaba o se prolongaba. En el Reino Nuevo, el parto se realizaba en una estructura habitacional que estaba situada en el jardín o sobre el tejado de la casa. Este cubículo tenía la función de aislar a la madre y al hijo de la sociedad, a la que regresaban después de pasar por un rito de purificación.

Esta práctica la conocemos gracias a representaciones pintadas en *óstraka* que se hallaron en Deir el-Medina, aunque todavía no se han descubierto restos arqueológicos de estas estructuras. En el mismo momento de nacer la madre otorgaba al nuevo miembro de la familia un nombre relacionado con alguna característica personal reseñable o de algún dios. Después se le daba un segundo nombre, que era registrado en la Casa de la Vida, con el que se le conocería hasta su muerte. Normalmente, las madres llevaban a sus hijos en una especie de portabebés que permitía que la mujer pudiera hacer sus tareas mientras que el niño permanecía junto a su madre.

La crianza de un hijo también era complicada por la alta mortalidad infantil, de manera que también se confeccionaban amuletos para salvaguardar la vida de los niños que se colgaban de sus cuellos y que podían representar a varios dioses entre los que se encuentra la diosa Hekat, divinidad con cabeza de rana y cuerpo de mujer vinculada a los nacimientos y a las matronas. La lactancia normalmente era tarea de la madre, pero las clases sociales más favorecidas podían contar con nodrizas, un símbolo de alto estatus. No se tiene constancia de si las mujeres de clases más humildes podían costear una nodriza en caso de que la madre no produjera leche o hubiera muerto en el parto. La importancia de la lactancia queda reflejada en los papiros de carácter médico y en las representaciones pictóricas y escultóricas, ya que es un potente protector frente a infecciones que se hacían más presentes cuando el niño dejaba el período de lactancia, entre los tres o cuatro años, lo que disparaba las defunciones infantiles. Si un niño fallecía era habitual que se le enterrara en las proximidades de la casa, o bajo ella, amortajado en lino, en un envoltorio hecho con hojas de palma. También se colocaba dentro de un féretro improvisado con una caja. Como es lógico, las familias más pudientes enterraban a sus vástagos fallecidos en pequeños sarcófagos.

Escultura en la que se representa a Isis dando de mamar. Museo del Louvre.

La representación de los niños en el antiguo Egipto es particular y característica y fue modificada a lo largo de la historia. Tanto a los niños como a las niñas se les rasuraba la cabeza dejando en su lado derecho un mechón de pelo; en el caso de los varones se trenzaba, recibía por nombre «trenza de la juventud», mientras que las niñas recogían este mechón en una coleta. Habitualmente, los niños están representados sin ropa, haciendo referencia posiblemente al clima cálido de Egipto, y quizás también porque no tuvieran

ropa ya que las telas eran caras. Solo llevaban los característicos amuletos o cinturones que se creía que les protegían de todo mal. En las imágenes, las figuras infantiles suelen ser más pequeñas que las de los adultos, respondiendo a la realidad y no al concepto de perspectiva jerárquica impuesta por el canon egipcio.

Los niños aparecen casi siempre acompañados de adultos, ya sea agarrando a alguno de sus progenitores y chupándose el dedo, pues están bajo la tutela de algún adulto como garantes de su protección. Tanto las representaciones —los niños y las niñas aparecen segregados jugando y danzando—, como la arqueología (ajuares funerarios) nos informan que los niños jugaban con diferentes objetos como pelotas hechas de fibra vegetal como el papiro, cuero o arcilla, palos, peonzas y figurillas de animales con partes móviles, muñecas de madera o barro, barcos, etc. Otras imágenes representan a niños que llevan entre sus manos una abubilla, que era uno de los animales con los que jugaban habitualmente, y que estaba asociada a la infancia. Los niños comenzaban a dejar la infancia atrás cuando comenzaban a aprender el oficio de los padres, a cazar, a pescar o la fabricación del vino, en el caso de los niños, o que tuvieran suficiente edad para ayudar a sus madres en las tareas domésticas como tejer, elaborar el pan y la cerveza o ir a recoger granos de cereal a los campos, en el caso de las niñas. Los hijos de las clases más pudientes accedían a la educación como las de las escuelas de los templos en las que se les instruía para convertirse en escribas, burócratas, sacerdotes o para ejercer profesiones liberales, como medicina. El final de este período se señalaba con la primera menstruación, si era una niña, por lo que dejaba la desnudez y se preparaba para el matrimonio, mientras que la niñez de los varones se prolongaba unos años más.

Detalle de la escena de caza de aves de la tumba tebana de Nebamún, bajo las piernas del difunto aparece su hija que lleva el característico peinado infantil de cabeza rapada y un largo mechón en el lado derecho.

Vejez

Los individuos que llegaban a edades avanzadas eran respetados y cuidados por la sociedad egipcia, aunque hay testimonios en las fuentes escritas de maltratos y vejaciones a ancianos, pero esta actitud era severamente criticada en los textos de máximas sapienciales. Una de las razones por las que se tenía en consideración la vejez fue la alta mortalidad que había en época faraónica pues la media de vida se situaba entre los 30 y 35 años y solo el 5 % aproximado de la población pasaba de los 50, por lo que llegar a una edad longeva era algo fuera de lo común, según los datos que se han extraído de cadáveres de varias necrópolis. No obstante, hay que señalar que la información está sesgada, porque los cuerpos que se han analizado pertenecen a élite egipcia, cuyos restos se han conservado mejor y en mayor número que los de aquellos individuos de estratos sociales inferiores que eran enterrados en el desierto. Aunque los cuerpos de estos últimos se momificaban por el calor y la sequedad del ambiente también estaban más expuestos a ser devorados por animales carroñeros. No obstante, los datos señalan dos edades con mayor riesgo de morir: la infancia y la edad activa

tanto sexual —muerte en los partos— como laboral —accidentes—. En la ratio de mortandad hay que tener en cuenta otros factores como la alimentación, la genética y el tipo de trabajo que tenía un individuo, ya que dependiendo del esfuerzo físico que realizaba su cuerpo estaría más o menos dañado: la tarea de un cantero no es la misma que la de un escriba.

Los egipcios estaban preocupados por envejecer. Esta afirmación se asienta en los diferentes testimonios de fuentes escritas que se han conservado y que describen recetas de remedios, pociones y ungüentos que se aplicaban para regenerar el pelo o para teñirlo —se utilizaba sangre de buey negro, cuernos negros de gacela triturados, grasa de gato, hipopótamo y cocodrilo o henna—, la calvicie y las canas eran dos señales inequívocas de la vejez. Estos dos signos de envejecimiento junto con otros como una tripa abultada, que figuraba la gordura, eran rasgos vinculados a la representación de ancianos, que aparecen en imágenes a lo largo de toda la historia del antiguo Egipto.

No obstante, hay que diferenciar las imágenes de individuos ilustres de aquellos que no lo eran. La élite representaba su senectud de una forma dulce en la que aunque aparecen calvos, canosos y obesos parece que poseyeran sus facultades físicas y mentales íntegras. En el caso de la imagen del monarca, la idealización es mayor, ya que solo en algunos casos se representan ligeras arrugas en algunas zonas del rostro, como en la parte inferior del ojo o en las comisuras de la boca como ocurre en algunas estatuas del faraón Sesostris III (~1837-1819 a. C.). Otro ejemplo destacado es el busto inmaculado de la reina Nefertiti al que se le realizó, por el Museo Egipcio de Berlín, un TAC que reveló cómo el escultor había cincelado en la piedra caliza de forma realista el rostro de una mujer madura con arrugas en las mejillas y comisuras de la boca, hombros caídos y cuello con la piel con signos de flacidez, que fueron tapados por la capa de pintura que recubre la escultura idealizándola. El tratamiento de la vejez por parte de la élite contrasta con las imágenes de sirvientes: los hombres aparecen encorvados y apoyados en un cayado, con un aspecto descuidado con el cabello y la barba largos, mientras que las mujeres, que son muy poco representadas, aparecen con los cuerpos marchitados por la edad.

El significado en el ámbito funerario de las representaciones de la vejez está en relación con la idea del transcurso de la vida terrenal, cuya culminación es la senectud, pues el difunto, al fallecer, se regeneraría recuperando todas sus facultades físicas y mentales de la juventud. Por esta razón, normalmente el dueño de la tumba, cuando se le representa como un anciano, también aparece

figurado en su juventud para hacer patente el paso inexorable del tiempo.

Por otra parte, la vejez también queda reflejada en las fuentes escritas como las *Máximas de Ptahhotep* en las que se describen los achaques y las enfermedades como la ceguera y la sordera, problemas de movilidad o dolores corporales. No obstante, aquellos individuos que llegaban a una edad avanzada con todas las facultades intactas son reverenciados en los textos, como es el caso del célebre arquitecto Amenhotep que llegó a vivir ochenta años y del que se ha hablado en el primer capítulo.

ROLES EN EL HOGAR

El papel de hombres y mujeres en la sociedad egipcia estaba muy bien definido, por lo que el reparto de tareas podía estar realizado por uno o por otro. Los trabajos de los primeros estaban más orientados al esfuerzo físico, como la construcción —aunque en el Reino Antiguo se tiene constancia de la presencia de mujeres en la construcción de un templo— o la guerra, mientras que las tareas femeninas en general se centraban sobre todo el ámbito de la casa. De hecho, el apelativo más común para la mujer era «señora de la casa» que encajaba con el ideal femenino de la sociedad egipcia, ya fueran aristócratas o la más humilde de las mujeres. En el caso de las primeras debían controlar y dirigir a los sirvientes de su gran hacienda, además de tener que engendrar una prole de niños. Las segundas no tenían las comodidades de las primeras: sus tareas diarias estaban dedicadas a la molienda del grano para hacer pan y cerveza. Otra de sus labores era acudir al mercado a intercambiar el excedente que tuvieran para obtener otros productos que no pudiera conseguir. La aportación más importante de la mujer a la economía doméstica fue la confección de telas, que podían ser luego intercambiadas por otros artículos. Parece ser que en el Reino Antiguo era una tarea exclusivamente femenina y que para ello utilizaban un telar horizontal.

La imagen de la mujer en la sociedad egipcia era dicotómica, ya que es presentada como una seductora y por el contrario como una amante esposa. Se tiene constancia, por representaciones gráficas, de que el ideal de belleza femenino radicaba en una piel marfileña en contraste con la del hombre más tostada. No obstante, este canon solo podían cumplirlo las aristócratas que no estaban obligadas a trabajar bajo el sol abrasador de Egipto. Por otra parte, aunque la sociedad egipcia era claramente patriarcal las mujeres gozaban de libertades legales que en la sociedad no se traducía en igualdad: estas eran

ligeramente inferiores a los hombres como lo demuestran las imágenes de las tumbas. Se sabe que podían heredar y elegir a su vez a sus herederos, que no tenían por qué ser sus hijos. Otra de las tareas que podían asumir era hacerse cargo de los negocios de su esposo si este estaba ausente. No obstante, las mujeres ante un tribunal podían ser juzgadas y condenadas con la misma dureza que un hombre, sin importar su rango social, pues cualquier infracción iba contra la *maat*.

Las mujeres de la nobleza podían ocuparse de servir al Estado en algún puesto de relevancia, que no implicara la burocracia letrada. Asimismo, había mujeres que podían trabajar administrando la casa de una familia importante, pero nunca supervisaban el trabajo de los hombres que trabajaran con ellas. También se sabe, que durante el Reino Medio los cargos femeninos debían estar acorde con el estatus laboral de sus maridos. Es en esta época cuando comienza el descenso de los trabajos femeninos en la administración y en el ámbito religioso, situación que se acentuará en el Reino Nuevo.

COMPAÑEROS CASEROS

Los animales convivían en las casas con los humanos. Según el testimonio del historiador griego Heródoto, cuando los animales caseros fallecían sus dueños quedaban desolados y como gesto de luto se depilaban las cejas, en el caso del fallecimiento de los gatos, y todo el cuerpo si era por un perro. No se sabe si esta era una práctica habitual, pero lo que sí está comprobado es que las clases más pudientes costearon el embalsamamiento de sus animales domésticos. Además, las momias de estos animales han revelado que estaban bien cuidados y alimentados: sus huesos eran fuertes y su pelo estaba sano. Los animales de compañía en el antiguo Egipto eran principalmente cuatro y podían convivir juntos: el perro, *iu* o *tyesem*, el gato o *miu*, el mono o *ky* y el babuino o *ian*. Del primero la raza que más destaca era el lebrel, que se utilizaba sobre todo para la caza y poseía una anatomía que se caracterizaba por tener un hocico alargado, largas y esbeltas patas y cola curva que le hacía apto para dicha actividad. Algunos individuos debieron de tener una estrecha relación con su perro, como es el caso de un tal Hapi Min que vivió posiblemente hacia el 300 a. C., y que se enterró junto a su perro momificado que fue hallado a sus pies en el mismo ataúd. Emularía, seguramente, las noches en las que dueño y perro dormían juntos en vida. El gato, que fue domesticado durante el Reino Medio, era muy

necesario para mantener a raya muchas plagas que proliferaban en las cercanías de las casas, como las ratas, pero también serpientes y escorpiones. También ayudaba a cazar a su dueño en los canales, pues espantaba a los pájaros para que alzaran el vuelo y así facilitar la captura. Este felino se convirtió en la mascota preferida para muchos individuos de la realeza como el faraón Amenhotep III (~1390-1353 a. C.), que mandó realizar un sarcófago ricamente decorado para su gata Tamit, que significa precisamente 'gata'. Se sabe también, que tanto el mono como el babuino se introdujeron en la casa egipcia desde el Reino Antiguo y que se revelaban necesarios para recoger frutos demasiado altos.

Escultura del dios Anubis con forma de perro tallada en madera y policromada con resina negra, hallada en la tumba de Tutankhamón (~?-1324 a. C.). Museo del Cairo.

Escultura de bronce de una gata dando de mamar a sus cachorros, posiblemente de la XXVI dinastía (~664-525 a. C.) con unas medidas de 6,1 cm x 8,8 cm x 5 cm Museo de Brooklyn, 37.406Ea.

9

Heru-renpet: El nacimiento de los dioses

Heru-Renpet o ‘los que están encima’, no es una festividad, sino más bien los cinco días epagómenos que se añadieron al ciclo de 365 días del año solar. No pertenecían a la estación de *shemu*[1] y eran conocidos también con la expresión *mesut necheru* o ‘nacimiento de los dioses’. El mito narraba que el dios Thot creó estos cinco días ganándoselos al dios Josu en una partida de *senet* (significa ‘pasar’) —uno de los juegos de mesa más populares del antiguo Egipto y antecesor del ajedrez— lo que permitió a la diosa Nut alumbrar a Osiris, Seth, Horus, Isis y Neftis. La prueba más antigua de su existencia se ha conservado en la tumba de Nekankh, funcionario de los gobiernos de Micerinos (~2447-2442 a. C.) y Userkaf (~2435-2429 a. C.), que también se mencionan en los *Textos de las Pirámides* del Reino Antiguo (~2650-2125 a. C.). En este capítulo se va a desarrollar el panteón egipcio y su religión.

Escena en la que se representa la separación de la diosa Nut, la bóveda celeste y el dios Geb, la tierra, por el padre de ambos, Shu, que encarna el aire o el espacio.

DIOSES EGIPCIOS

La religión era la parte esencial de la vida de los egipcios, ya que necesitaban de la intervención divina para enfrentarse a las diversidades del día a día: enfermedades, descalabros económicos, desaparición de un familiar o amigo o las envidias de los vecinos, etcétera.

Los habitantes del valle del Nilo veneraron a cerca de un millar de dioses, aunque a lo largo de su historia algunos destacaron más que otros y llegaron a asimilarse a deidades menos importantes. Sin embargo, todas estas divinidades nacieron en época predinástica en un contexto local, como es el caso de la evolución del dios Osiris, cuyos inicios se vinculan a la vegetación, y que con el paso del tiempo se transformó en el dios de los muertos. No obstante, esta promoción social de una divinidad podía estar relacionada con la ascensión de la ciudad que auspiciaba como centro político, administrativo y económico del país. Un ejemplo, entre otros, fue el dios Ptah en Menfis durante el Reino Antiguo, y del dios Amón de Tebas, en el Reino Nuevo (~1539-1075 a. C.). Asimismo, desde época muy temprana los egipcios agruparon a sus dioses en tríadas en las que se introducía el concepto de familia, como es el caso de uno de los grupos trinitarios más importantes que se mantuvieron hasta la época romana: Osiris, Isis y Horus y que además recordaban el mito de Osiris y el enfrentamiento entre Seth y Horus.

Los egipcios creían que los dioses poseían una apariencia singular acorde a su naturaleza divina poseyendo una belleza sin par: su piel era de oro, sus huesos de plata, sus cabellos de lapislázuli y, además, desprendían un grato olor. Algunas de las divinidades egipcias son teriantrópicas, es decir, que tienen cabeza de animal con anatomía humana. Esto no quiere decir que los habitantes del valle del Nilo veneraran a los animales, sino que las divinidades tomaban rasgos particulares de los mismos que podían manifestarse a través de ellos. El mundo de los dioses no era el de los humanos, por lo que se manifestaban por medio de la magia, vinculada con la religión y que se hacía patente por medio del *ka*, energía vital de cada dios, que era más poderosa que la de los hombres. Con respecto a la magia, aspecto importante de la vida de los egipcios, como aparece en los papiros de carácter mágico, se sabe que regía los días que dependían de si estos eran propicios o desfavorables en los que se realizaban o no ciertos actos. La interpretación de los sueños, que también entraba en la esfera de lo mágico, proveía al egipcio de una respuesta a sus preguntas diarias como ha quedado reflejado en el *Libro de los sueños*, conocido también como *Papiro de Chester Beatty III*, datado en el Reino Nuevo y conservado en el Museo Británico.

Tríada de dioses de oro y lapislázuli: Osiris en el centro acuclillado, a su izquierda Isis y a su derecha Horus, datada en tiempos de Osorkon II (~872-842 a. C.). Museo del Louvre.

El único individuo que tenía la potestad de poder relacionarse directamente con los dioses era el faraón. El papel religioso del monarca consistía en ser el intermediario entre dioses y hombres, por lo que debía desempeñar los cargos más importantes dentro de la casta sacerdotal. Sin embargo, como el faraón no tenía la facultad de la omnipresencia, delegaba sus funciones diarias para con los dioses en sacerdotes, de manera que el clero se convirtió en una de las clases sociales más importantes de la sociedad.

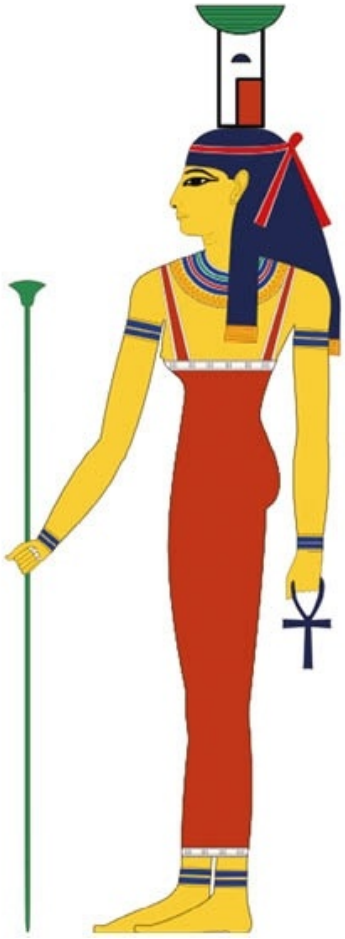
El grueso del pueblo no tenía acceso a los templos, morada de los dioses, que estaban protegidos y cuidados por los sacerdotes. Uno de los pocos momentos en los que los fieles podían comunicarse con la divinidad era en las procesiones derivadas de las festividades, donde formulaban una pregunta y el dios contestaba a través de los porteadores que lo balanceaban y que según sus movimientos la contestación era afirmativa o negativa. La necesidad de tener una relación directa con la divinidad, impulsó la creación de orejas talladas en el exterior de los templos para que el fiel pudiera preguntar al dios cuando lo necesitara.

Diosa de la fertilidad Taweret esculpida en grauvaca, cuya anotomía es el resultado de la mezcla de varios animales: cabeza de hipopótamo, cuerpo de mujer, patas de león y cola de cocodrilo. Fuente: *https://theidlewoman.net/*

Además de los dioses se tiene constancia, por evidencias halladas en Deir el-Medina, de que los egipcios también veneraban a sus antepasados. Además del cuidado de la tumba, que facilitaba el viaje eterno del espíritu del difunto a la manera del dios Re, los egipcios poseían en sus casas imágenes de sus ancestros en nichos habilitados para ellos que se colocaban junto a los dioses protectores de la vivienda ya fuera Bes o Taweret.

DIVINIDADES PRINCIPALES

Anubis, dios con cabeza de can asociada a la muerte y patrón de los embalsamadores. Es la divinidad que lleva al difunto hasta Osiris.

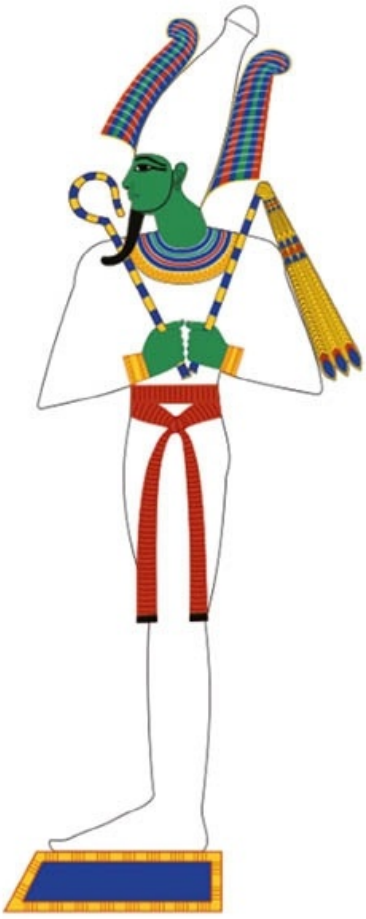


Neftis, diosa de la oscuridad y la noche. Lleva en su cabeza la corona Neb-hut compuesta por una casa y una cesta. Es la madre de Anubis y esposa de Seth.

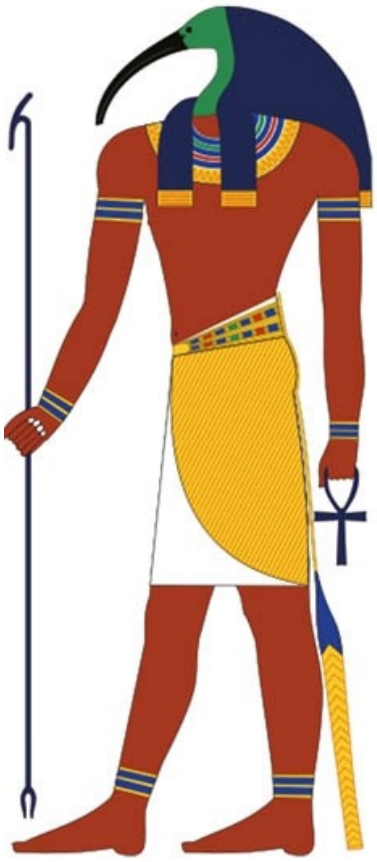
Seth es un dios ctónico (terrestre), cuya cabeza puede ser la de un perro, aunque su identificación no está clara. Es la deidad del caos, el desierto y la sequía. Esposo de Neftis y causante de la muerte de Osiris.

Horus, dios con cabeza de halcón está asociado al cielo, a la caza y la guerra. Es hijo de Osiris e Isis y estaba vinculado con la imagen del faraón.

Isis, diosa de la maternidad y el nacimiento, es la esposa de Osiris y madre de Horus. Lleva en su cabeza una corona en forma de trono.



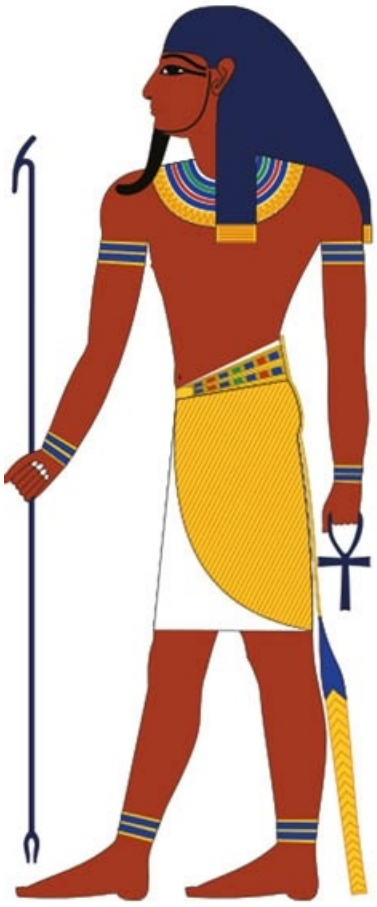
Osiris, dios de la muerte, ocupa el cargo de juez de difuntos en el más allá. Se le representa momificado y con la piel verde o negra. Fue asesinado por su hermano Seth, pero revivido por su esposa Isis. Es padre de Horus.



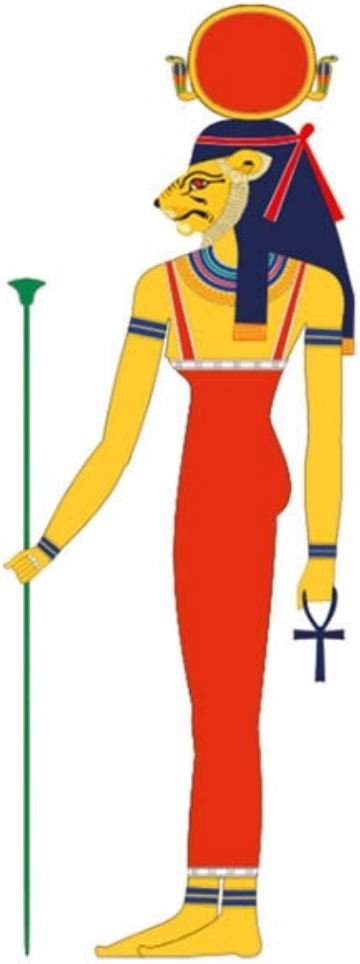
Thot, dios con cabeza de ibis, que puede ser sustituida por la de un babuino. Es el dios de la sabiduría y la escritura y patrón de los escribas y una divinidad lunar.

Hathor, diosa del amor, la alegría, la música y la danza. En su cabeza lleva unos cuernos que sujetan un disco solar con *ureus* (cobra). Suele aparecer como la esposa de Horus.

Re es el dios solar y responsable del ciclo de la vida y la muerte. Tiene varias formas. La primera como Keprhi, representa el sol de la mañana y tiene cabeza de escarabajo. El sol del mediodía (disco solar) está vinculado a la imagen de Re-Hor-Ajti y más tarde como Atum, que se manifiesta como el sol del atardecer. Suele tener cabeza de carnero.



Atum es el dios solar y creador del mundo según la cosmogonía heliopolitana, pues surgió de Nun o el océano primigenio. Es padre de Tefnut —la humedad— y Shu —el aire o espacio—.



Tefnut, diosa con cabeza de león, que lleva un disco solar con *ureus* (cobra). Es hija de Atum, esposa de Shu —el aire o espacio—, madre de Geb, la tierra, y Nut diosa del cielo.

Shu es el dios del aire y el espacio, hijo de Atum, esposo de Tefnut —la humedad—, y padre de Geb, dios de la tierra y de Nut, diosa del cielo. Lleva en su cabeza una pluma de avestruz.

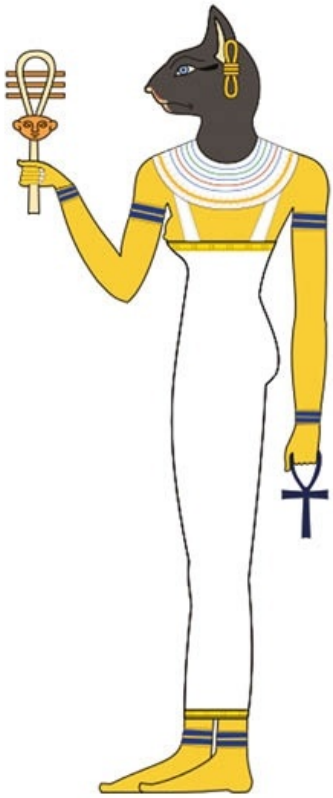
COSMOGONÍA EGIPCIA

Amón es el dios creador del mundo según la cosmogonía tebana. Se convirtió en dios principal del reino a partir de la XII dinastía (~1938-1755 antes de Cristo).

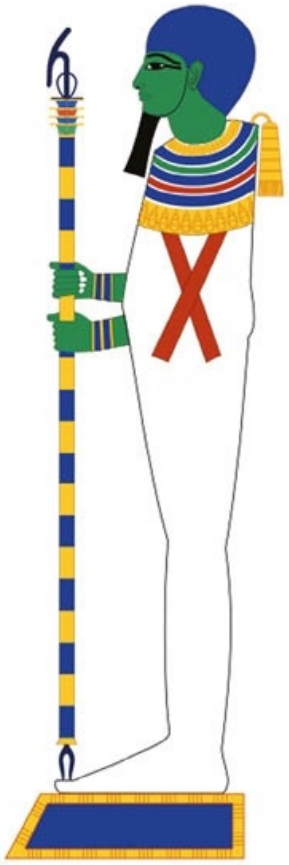
Nut es la diosa del cielo. Hija de Shu y esposa de Geb. Era la madre de Osiris, Isis, Seth y Neftis. Habitualmente se representa como una mujer desnuda cuyo cuerpo está arqueado y adornado de estrellas a modo de bóveda celeste.

Geb es el dios de la tierra y esposo de la diosa Nut. Hijo de Shu y padre de Osiris, Isis, Seth y Neftis. Se representa como un hombre con un ganso en la cabeza, animal vinculado con esta deidad.

Sobek es la divinidad creadora del Nilo y está asociado a la vegetación y fertilidad. Se representa con cabeza de cocodrilo y cuerpo de hombre. Lleva en su cabeza la corona *atef*.



Bastet es la deidad de la armonía y la felicidad, por lo que simboliza la alegría de vivir. Es una de las diosas protectoras del hogar y se representa con cuerpo de mujer y cabeza de gato. En una de sus manos porta un sistro, instrumento musical que suena agitándolo.



Ptah es el dios creador del mundo para la cosmogonía menfita. Se le considera el maestro constructor y creador de la albañilería, razón por la cual es el patrón de los artesanos. Se representa como un hombre barbado, envuelto en un sudario y tocado por un casquete.

La creación del mundo fue una de las preocupaciones del mundo egipcio, cuyas consecuencias fueron las distintas variedades del mismo: cada centro religioso creó el suyo propio en el que su dios era el protagonista del génesis, lo que no es óbice para que cada mito del origen del mundo sea diferente, pero con características comunes: el agua como elemento caótico donde surge la vida o la aparición de un demiurgo, alma universal y principio activo del mundo. Estos relatos explican lo que el egipcio conocía como «tiempo primero» en el que los dioses gobernaban el Egipto Celestial. Asimismo, sirven para poder relacionar el mundo eterno de los dioses con el mundo espaciotemporal del hombre, ya que describen una evolución: del origen del primero se desarrolla el del segundo.

De entre el conjunto de mitos de la creación que se desarrollaron en el valle del Nilo destacan cuatro: el heliopolitano, el hermopolitano, el menfita y el tebano. No se tiene constancia de cuándo se crearon, aunque sí se puede datar su formalización en textos específicos. La primera referencia a la cosmogonía heliopolitana se encuentra en los *Textos de las Pirámides* inscrita en la pirámide del faraón Unas, a finales de la V dinastía (~2450-2325 a. C.). Es de interés relacionar este dato con la ascensión del dios solar Atum, de la ciudad de Heliópolis, como divinidad principal de Egipto durante la V dinastía y cuyo culto estaba dirigido por el Gran Vidente. El texto del génesis creado por los teólogos hermapolitanos encabezados por el Grande de los Cinco, colocaba al dios Thot como divinidad creadora, aparecido en el Reino Medio (~1975-1640 a. C.) en los mal llamados *Textos de los Sarcófagos*. En tercer lugar, está la cosmogonía menfita, cuyo protagonista es el dios Ptah —culto dirigido por el Más Grande Jefe de los Artesanos— que deriva de un escrito que data del período tardío, pero que pudo ser más antiguo. La última versión elegida del origen del mundo es la tebana, en la que el dios Amón es su artífice, además de heredera de las tres anteriores que fue creada por sus sacerdotes durante la XII dinastía (~1938-1755 antes de Cristo.).

EL MUNDO CREADO POR ATUM, SEGÚN LA TEOLOGÍA HELIPOLITANA

De este mito, el más importante de todas las cosmogonías y del que más información hay, existen varias interpretaciones de la que se ha elegido la más extendida. El origen acuático del mundo se ve representado en el oscuro e ilimitado océano primordial conocido también como Nun, del que surge Atum —dios de carácter solar— que como demiurgo tiene la apariencia de una serpiente de múltiples colas que al tomar conciencia de sí mismo debe luchar y vencer a la inercia, para que comience la creación del mundo con la que brota la colina primordial. De la masturbación de este dios andrógino —en algunos casos asociado a otras divinidades solares como Re y Khepri— nacen Tefnut, la diosa que encarna la humedad, y Shu, dios que personifica el aire o espacio y de cuya unión se engendra la tercera generación de dioses: Geb, dios de la tierra, y Nut, diosa del cielo. Cuando estos últimos quedan separados por Shu, el sol inicia su camino diario y eterno conformando así la creación del mundo. De Geb y Nut

nacen Seth —dios del caos, de la fuerza bruta y del desierto—, Neftis —diosa de la oscuridad y la noche— y Osiris e Isis que constituyen así la enéada o conjunto de nueve dioses que componen la cosmogonía heliopolitana. Todos ellos pueden considerarse una divinidad en sí misma. De las lágrimas de Atum nace la humanidad.

EL ORIGEN DEL MUNDO SEGÚN LOS SACERDOTES DE HERMÓPOLIS

La ciudad de Hermópolis fue el centro de culto del dios Thot, que se convertía en el demiurgo universal asociado a la luna, por lo que le concernía el orden y regulación del universo. Este concepto está vinculado a su nombre egipcio, Djhuti, que se relaciona con la idea de medida, por lo que el origen del mundo hermopolitano estaba construido sobre los principios de armonía y proporción. Uno de los títulos que posee Thot era el de señor de la palabra, por lo que su voz era la que generó el comienzo del génesis y la creación de cuatro pares de dioses que conforman el agua primordial: cuatro masculinos, con cabezas de rana, y cuatro femeninos, con cabezas de serpiente. La primera referencia de la ógdoada se halla en los *Textos de las Pirámides*, en los que las ocho deidades primordiales son también conocidas como «las almas de Thot». La primera pareja son Nun y Naunet que simbolizan las aguas primordiales, la segunda está formada por He y Heket que representan el espacio ilimitado, la tercera está conformada por Kuk y Kauket que aluden a las tinieblas o la oscuridad y, por último, Nia y Niat que personifican la invisibilidad y lo oculto. Los ocho dioses crearon el huevo cósmico del que sale el dios Re como pájaro que anuncia la creación del universo. Existe una segunda variante en la que el huevo es sustituido por una flor de loto, en cuyo interior está Re como niño divino —que sustituye a Thot en la creación del mundo—, pero no es independiente de Thot, ya que Re encarna su corazón, su mente, la razón, y su lengua.

La ógdoada compuesta por las ocho deidades primordiales: cuatro masculinas con cabezas de rana y cuatro femeninas con cabezas de serpiente.

Estela votiva con Ptah como creador procedente de Deir el-Medina que ha sido datada en la XX dinastía (~1190-1075 a. C.).

El génesis menfita: el dios Ptah como creador del mundo

El dios Ptah fue venerado en Menfis y se cree que su cosmogonía se originó casi a la par que la heliopolitana, aunque su mito se conoce sobre todo por la conservación de un bloque de granito fechado en la XXV dinastía (~730-715 a. C.) por orden del faraón nubio Shabaka (~722-707 a. C.), por lo que fueron bautizados como la *Piedra de Shabaka*. A diferencia de los otros dos dioses, Ptah es una divinidad asociada a la tierra, aunque igual que Atum y Thot, tiene una naturaleza andrógina que le permite engendrar a los dioses. Es por medio del corazón, sede del pensamiento y la lengua, que se vincula con la facultad del habla, como Ptah adopta las formas de Nun y Nunet y Atum para crear el mundo. Al ser un principio intelectual, Ptah va creando por medio de su boca a los dioses que conforman la enéada, que son considerados como sus labios y dientes.

La cosmogonía tebana

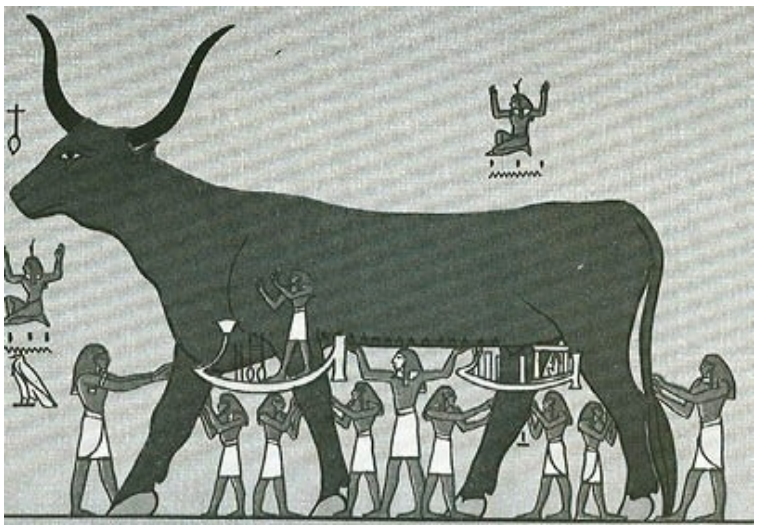
El mito de la creación del mundo ideado por los teólogos tebanos está influenciado por las cosmogonías helipolitana, hermopolitana y menfita que las mezcla con sus propias creencias. En este caso el protagonista es el dios Amón llamado «el primero que hace nacer a los primeros». Su origen, como el del resto de dioses principales de las anteriores cosmogonías, surge de Nun, el océano primordial. Para comenzar la creación del mundo, Amón mueve las aguas en un vórtice y de ella brota la colina primordial. En la versión conservada en el llamado *Himno de Leiden*, Amón toma la forma de ganso y al graznar se inicia el génesis y se conforma la ogdóada.

Huecorrelieve en el que se representa a Amón, procedente del templo de Karnak.

EL MITO DE LA VACA CELESTE

El libro de la vaca celeste, también conocido como *Libro de la vaca sagrada*, es uno de los relatos más importantes de la mitología egipcia. Es posible que este documento date de tiempos del período amarniense. En él se cuenta el paso del gobierno de Egipto, dirigido por dioses, a la figura del faraón: la humanidad conspira para acabar con Re, el creador del mundo, y como castigo el dios solar manda a su hija Hathor a eliminar la humanidad, pero apiadándose de ella al ser diezmada por la ira de la diosa, decide engañarla tiñendo de rojo siete mil jarras de cerveza que derramó por la tierra para que Hathor se las bebiera, pensando que era sangre, pero quedó dormida por la embriaguez. Aunque Re había salvado a la humanidad estaba cansado de gobernar en ambos mundos, el divino y el humano, por lo que separó el cielo —encarnado por Nut— de la tierra,

gracias a la ayuda del dios Shu y ocho ayudantes divinos. Así pues, el mundo de los dioses representado por la vaca celeste quedaba separado del mundo de los hombres. Este último fue gobernado por Shu, luego por Geb, la tierra, y más tarde por Horus, hasta que el trono fue ocupado por el primer y mítico faraón Menes.



Representación en la que aparece la vaca celeste sustentada por el dios Shu y sus ocho ayudantes, procedente de la tumba del faraón Ramsés III (~1187-1157 a. C.) en el Valle de los Reyes.

TEMPLO EGIPCIO

Los templos del valle del Nilo representaban simbólicamente el concepto de orden cósmico entendido por los egipcios. Cada una de sus partes tenía una función asociada a la creación del mundo: el techo cuajado de estrellas representaba la bóveda celeste, el suelo simbolizaba la colina primigenia, y los soportes arquitectónicos, los patios y la sala hipóstila emulaban la vegetación que había brotado en torno al túmulo sagrado. Existía un segundo concepto vinculado a este tipo de edificaciones como se constata en varios de sus elementos arquitectónicos: la idea del ciclo solar diario que para los egipcios estaba intrínsecamente relacionada con el funcionamiento del cosmos. El sol incidía con sus primeros rayos en los pilonos de entrada al templo, pasaba a través del patio y la sala hipóstila, y se ponía al llegar a la capilla del templo, cuyo ascenso y descenso estaba representado en sus diferentes alturas. El único momento en el que se invirtió este planteamiento fue en el período armaniense,

ya que en sus santuarios se impuso el principio heliocéntrico, por el cual la orientación de los mismos no creaba sombras. Por último, el templo egipcio también cumplía con el concepto de renacimiento en el sentido funerario, razón por la cual este podía vincularse con la idea de tumba. Los egipcios creían que el mundo se dividía en tres reinos: la bóveda celeste, la tierra y el inframundo, por lo que el templo al estar en el del centro tenía todas las condiciones para facilitar la comunicación entre dioses y hombres. Esta idea se confirma con la presencia de falsas puertas en los templos, propias de las construcciones funerarias.

En la arquitectura religiosa se diferenciaban los templos de carácter funerario, vinculados a la figura del faraón, y los templos que se asociaban a una o varias deidades. No obstante, para algunos egiptólogos esta distinción no sería correcta, ya que su simbología y funciones son muy diversas, aunque estuvieran estrechamente entrelazadas. De hecho los egipcios no las distinguían semánticamente, ya que para ellos ‘templo’ y ‘mansión’ se denominaban *hut*, por lo que la morada de un dios se conocía con el término ‘mansión de los dioses’, y los templos funerarios de los faraones ‘mansiones de millones de años’. Esta última expresión hace referencia a la importancia que tenía para el monarca trascender a lo largo del tiempo y no caer en el olvido.

Aun así, muchos de ellos acabaron sufriendo robos, derribos o convirtiéndose en cantera para la construcción de nuevos edificios asociados a otros monarcas, práctica que está vinculada con la usurpación de antiguos centros religiosos, en los que se sustituían los nombres de reyes anteriores por los de nuevos faraones. Este mismo destino lo sufrieron otros santuarios consagrados a dioses. Una de las épocas más críticas en relación con el cierre, abandono y desmantelamiento de edificios religiosos fue la época de Amarna, en la que el faraón Akhenatón (~1353-1336 a. C.) ordenó la clausura de muchos de ellos al ser antagónicos al monoteísmo que impuso y cuyo centro era el dios Atón. En contraposición al período amarniense, se encuentra el gobierno de Ramsés II (~1279-1213 a. C.) que fue el faraón más prolijo en la construcción de templos de toda la historia del antiguo Egipto. No obstante, existían dioses del panteón egipcio que no poseían templo propio, por lo que los egipcios recurrían a la naturaleza, como por ejemplo las montañas, para venerarlos.

En época predinástica los orígenes del templo egipcio son confusos ya que las estructuras de carácter religioso que se han identificado tienen espacios sacros y profanos que son difíciles de diferenciar, por lo que hay que esperar a la época dinástica para arrojar un poco de luz al respecto. Uno de los primeros complejos religiosos del que se tiene documentación tanto arqueológica como iconográfica se encuentra en la ciudad de Herakónpolis, ubicada al sur de Egipto: el espacio sagrado estaba acotado por un vallado de juncos en el que se puede diferenciar un gran patio en forma curva, en el que se había colocado un montículo de arena y un poste rematado por un tótem con forma de halcón, que podría estar relacionado con el dios Horus, que era la deidad más importante de la urbe. En la zona septentrional del complejo religioso se había construido una serie de edificaciones que han sido interpretadas como talleres vinculados con el culto que se profesaba en este lugar. En la parte sur se hallaba el santuario.

Durante el Reino Antiguo existían tres tipos de templos: los asociados a las pirámides, los solares y los provinciales. Los primeros pueden a su vez dividirse en dos edificaciones que estaban interconectadas, el templo del valle y el templo funerario real. El templo del valle se situaba cerca del Nilo lo que permitía el acceso al complejo funerario, cuyo centro era la enorme tumba piramidal donde el faraón tenía su sepultura. Su función era la de contener los ritos de purificación de la momia del monarca que luego sería trasladada a la pirámide, a través de una calzada conectaba con el templo funerario real, en el que se llevaban a cabo sacrificios y rituales para conmemorar la figura del rey. Se tiene constancia de que en los primitivos conjuntos funerarios asociados a las pirámides, los templos estaban orientados de norte a sur. Fue a partir de la IV dinastía (~2575-2450 a. C.) cuando su orientación se modificó de este a oeste. El reinado del faraón Kefrén (~2472-2448 a. C.) supuso la consolidación del ordenamiento interno del templo funerario real: un vestíbulo que daba acceso a un peristilo por el que se entraba a la parte trasera del santuario, compuesta por cinco hornacinas que contenían retratos del faraón, almacenes y el sanctasanctórum, la parte más sagrada del santuario.

El segundo templo, el solar, se desarrolló a partir de la V dinastía y se vinculó al culto de Re. Este era una variante del templo piramidal, ya que también era un templo funerario asociado al faraón, pero en dominio del dios sol. Su orientación de este a oeste y sus elementos arquitectónicos estaban basados en la estructura de templo piramidal, ya que en su conjunto están integrados: el templo del valle, el recinto principal, la construcción central y edificios secundarios relacionados

con él. No obstante, el templo solar albergaba una copia en adobe de la barca, que estaba situada en uno de sus lados, y que era utilizada por el dios sol para realizar su viaje diario. Por último, se crearon los templos de culto construidos en las provincias, cuya estructura se diferencia de los dos primeros, ya que su ordenación espacial interna difería de los cánones impuestos por la monarquía.

El Reino Medio supuso un período de desarrollo constructivo vinculado también con edificaciones de carácter religioso. Sin embargo, este florecimiento contrasta con los pocos templos que se han conservado de esta época, ya que la gran mayoría fueron derribados o modificados en etapas posteriores. Uno de los pocos que existen parcialmente es el templo funerario del faraón de la XI dinastía (~2080-1940 a. C.), Nebhepetre Mentuhotep (~2009-1959 a. C.), situado en Deir el-Bahari en territorio tebano. Su estructura es muy peculiar, ya que se desarrolla en terrazas con unas columnatas. De la construcción central no se conoce su forma. El planteamiento fue utilizado para la construcción del templo funerario del faraón Hatshepsut en el Reino Nuevo. Este tipo de soluciones templarias fue singular, ya que la ordenación espacial habitual del templo del Reino Medio se caracterizaba por tener un patio con un pórtico que antecedía al santuario. Asimismo, la parte trasera y exterior del templo se organizaba en capillas tripartitas. En algunos casos, el patio porticado era precedido por otro abierto. Esta disposición espacial será el caldo de cultivo para la organización de los conjuntos religiosos en el Reino Nuevo. Aunque los arquitectos del Reino Medio tendieron a fórmulas arquitectónicas que recordaban tiempos pasados, también se observa en sus construcciones una cierta evolución: la utilización cada vez más extendida de la piedra y la búsqueda de la simetría arquitectónica.

En el Reino Nuevo, la expansión territorial, la importancia política de Egipto en el Mediterráneo oriental y el florecimiento económico facilitaron la edificación de nuevos templos y la renovación y ampliación de otros ya existentes. Además, hay que añadir el afán constructor de los reyes de este período que se tradujo en una megalomanía por superar al monarca anterior, tanto en el templo funerario como en el levantamiento de nuevos santuarios para dioses ya consagrados, como para otras divinidades que hasta ese momento no tuvieron relevancia. Por todas estas razones, el Reino Nuevo fue el momento de mayor apogeo y esplendor para los templos del valle del Nilo construidos casi todos ellos en piedra. De esta época destacan las construcciones de Amenhotep III (~1390-1353 a. C.) y Ramsés II.

La Baja Época (~715-332 a. C.) fue un período de florecimiento arquitectónico de carácter religioso que fue continuista respecto a la forma del templo que se edificó en el Reino Nuevo. Otra época de desarrollo constructivo fue el reinado de los Ptolomeos, que levantaron nuevos santuarios y restauraron y reformaron otros más antiguos siguiendo la estela de sus predecesores.

LA CONSTRUCCIÓN DEL TEMPLO EGIPCIO

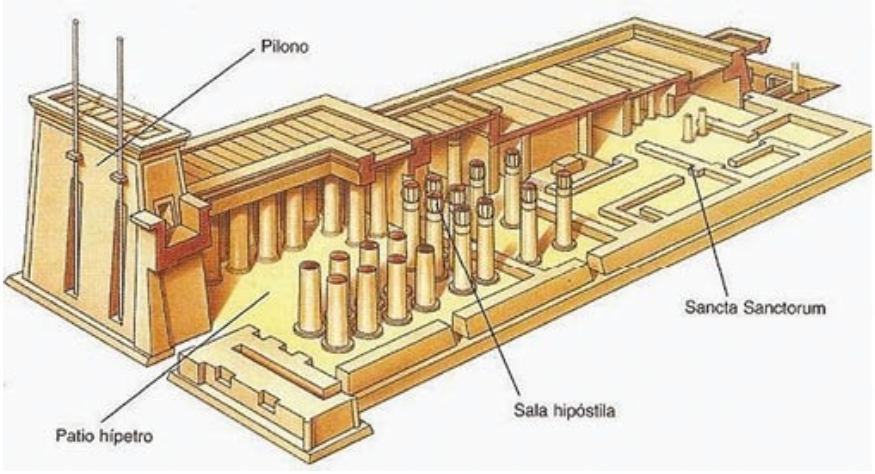
La fundación de un templo era una tarea laboriosa, ya que se buscaba y medía escrupulosamente su ubicación y orientación. Después de la selección del emplazamiento, se realizaban una serie de rituales de fundación para que se pudiera proceder a la edificación del santuario.

La evolución de las plantas de los templos egipcios fue cambiando a lo largo de la historia, aunque no de forma sustancial ya que se utilizaron básicamente tres soluciones arquitectónicas: híptera, períptera y longitudinal. La primera de ellas se utilizó sobre todo en la construcción de templos dedicados al dios Re, cuya particularidad principal es que carecía de techumbre. El interior del templo períptero se estructuraba en una planta rectangular que se abría en uno o en dos de sus lados cortos y estaba rodeado de columnas o pilares, solución que será utilizada posteriormente en los templos griegos. Este prototipo de templo fue modificado en la Baja Época, ya que los intercolumnios (espacio entre columnas) se cerraron con muros: su altura podía llegar hasta la mitad de la longitud de dichos soportes. Por último, los egipcios utilizaron la planta longitudinal, que se desarrolló en torno a un eje que culminaba en el sanctasanctórum, destinada a los templos clásicos edificados en el Reino Nuevo. Este modelo sirvió tanto para templos vinculados con la advocación de varias divinidades como para los de carácter funerario. Como se apuntaba más arriba, estos últimos estaban separados del hipogeo, tumba por excelencia de la élite egipcia en el Imperio Nuevo.

En cuanto a los soportes de la estructura templaria, en un principio se construyeron de forma monolítica de una sola pieza de piedra, pero esta solución arquitectónica era demasiado complicada, por lo que se pasó a levantarlos en secciones que se tallaban, pulimentaban y policromaban. En su decoración se reprodujo la vegetación autóctona de Egipto. Un primer ejemplo se encuentra en la columna papiriforme nervada que emula la forma de un papiro y que se denomina así, pues el resultado final es un fuste con varios nervios. Otro de los

modelos fue la columna lotiforme, cuya forma se basa como su nombre indica en un loto que también tiene un fuste nervado de tallos redondeados, pero que dejó de utilizarse en el Reino Medio, para reaparecer en época ptolemaica con modificaciones. Un tercer tipo fue la columna palmiforme que copiaba las formas de una palmera. En el Reino Nuevo su fuste se enriqueció estéticamente con el añadido de elementos de otras plantas. Por último, destaca la columna hathórica, cuyo capitel representaba el rostro de la diosa Hathor con orejas de vaca, animal vinculado a esta deidad. Los fustes se coronaban por capiteles que imitaban flores y hojas abiertas o cerradas. Los artesanos egipcios llegaron a idear una treintena de tipos de columnas que se fueron desarrollando en diferentes épocas y edificaciones.

Las construcciones de carácter religioso tienen su máximo exponente en el llamado templo clásico, cuya estructura se caracterizaba por tener una configuración que estaba constituida por elementos arquitectónicos inconfundibles. El primero de ellos era el embarcadero que estaba situado en el término de un cauce secundario del Nilo y ubicado lo más cerca posible del templo. La función de esta construcción fue la de albergar grandes navíos que transportaban suministros para el templo y en ocasiones traían o llevaban a algún dios en procesión. Es en este lugar donde el faraón, la corte, el alto clero y el pueblo se colocaban para ensalzar a los dioses en alguna festividad relacionada con el santuario. En el proceso de construcción de los muelles se tuvo en cuenta la crecida del Nilo, ya que muchos de ellos, de pequeñas y medianas dimensiones, quedaban hundidos bajo el agua. En segundo lugar se hallaban las vías procesionales, que estaban pavimentadas y conectaban el embarcadero con el templo. Este trayecto fue señalado en el Reino Antiguo elevándolo y cubriéndolo con una techumbre de la que se prescindió en el Reino Nuevo. Además, las vías procesionales se distinguían gracias a la sucesión de esculturas apostadas en sus márgenes, cuya función era la de proteger a los fieles. La representación más habitual era la esfinge que podía ser de dos tipos: la de cuerpo felino y cabeza humana, que representaba al faraón, y la que estaba formada por diferentes partes de animales: su elección estaba vinculada a la divinidad a la que estaba asociada el templo que guardaba. Eventualmente, estas esculturas eran sustituidas por imágenes de dioses. Una de las vías procesionales de la que se han conservado cientos de esfinges, es el camino de Luxor a Karnak de aproximadamente dos kilómetros.



Partes de un templo egipcio. Fuente: *http://algargosarte.blogspot.com.es*

El tercer elemento del templo clásico eran las estaciones procesionales que estaban relacionadas con el camino ceremonial. Estas edificaciones servían para guardar las embarcaciones portátiles que contenían al dios cuando se hacía un alto en el camino. La barca era llevada al hombro por los sacerdotes hasta depositarla en otra de mayor envergadura que era la que navegaba por el Nilo. El siguiente es el muro del conjunto religioso que lo demarcaba y tenía triple función: acotar la propiedad vinculada a la divinidad a la que estaba asociado el templo, además lo separaba del espacio no sacro y, por último, protegerlo de las hipotéticas revueltas sociales o de invasiones extranjeras. Este recinto estaba constituido por una estructura de madera y juncos, cuyo vacío estaba ocupado por adobes. Esta solución arquitectónica, que en ocasiones culminaba en una sucesión de almenas redondeadas, fue utilizada a partir del Reino Nuevo. En algunos casos, el lienzo del muro presentaba la alternancia de secciones cóncavas y convexas con un doble propósito: por un lado, se encuentra la función simbólica, ya que representan las aguas del océano primigenio del génesis egipcio y, por otro, conseguía reforzar el muro que por el efecto del calor se podía resquebrajar.

Tras el recinto se alzaban los obeliscos que fueron evolucionando desde una piedra irregular que se veneraba en los primeros tiempos de esta civilización a un pilar monolítico de base cuadrada, que culminaba con un remate piramidal cuyas paredes estaban pulimentadas con inscripciones. Estos monumentos conmemorativos eran habitualmente más altos que los templos, por lo que la luz del sol recaía en ellos al amanecer y al atardecer: este recorrido simbolizaba la

idea que tenía el egipcio respecto al viaje diario del dios Re. Entre los obeliscos más grandes que se han conservado se halla el conocido como el Gran Obelisco Inacabado de aproximadamente 1000 toneladas que se esculpió en granito rojo procedente de la cantera de Asuán. El goteo de obeliscos trasladados a lo largo de la historia es muy llamativo ya que asirios, romanos, bizantinos e incluso en épocas más avanzadas como en el siglo XIX, han dado como resultado que solo permanezcan en su lugar de origen cuatro o cinco de ellos.

En el recinto religioso también se situaban los colosos que eran representaciones del faraón y se ubicaban en las entradas de los templos o en los accesos de las vías procesionales. Su presencia en los complejos templarios se relaciona con el vínculo que tenía el monarca con los dioses, por lo que uno de sus significados es el carácter protector que se les suponía. Los colosos más famosos, y a la vez más grandes, que se esculpieron de una sola pieza de piedra (cuarcita) fueron conocidos como *Colosos de Memnón* que representan al faraón Amenhotep III, que presidía el templo funerario de este rey en Tebas. Tanto los obeliscos como los colosos precedían a los pilonos de entrada, poseedores de una puerta que simbolizaban el horizonte. Este tipo de construcción troncopiramidal es una de las partes más características del templo clásico que denotaba que era una edificación de carácter religioso. Su origen se remonta al Reino Antiguo vinculado con los templos de las pirámides, pero que se comenzó a utilizar de forma habitual en las construcciones templarias en el Reino Medio. Pocos restos se han conservado de estos pilonos de adobe. Los más numerosos pertenecen al Reino Nuevo y están constituidos por un armazón construido con piedras de diferentes tamaños bien esculpidas, procedentes de templos más antiguos, que sustentaban una fachada realizada con piedras más grandes de corte regular. Es en la portada donde se representará el asunto iconográfico del faraón castigando al enemigo muy extendido en el Reino Nuevo, además de ser la ubicación para las astas de los estandartes. Los pilonos tienen doble función: de protección y defensa. La piedra como material de construcción de los pilonos fue sustituida en época ptolemaica por una mezcla de piedra y ladrillo, como se constata en el templo de Medinet Habu.

A continuación de los pilonos se encontraba un patio rodeado por un corredor diáfano que estaba sustentado por una columnata que recorría toda su estructura, aunque en ocasiones solo en varios de sus lados. El atrio era el único dentro del templo al que podía acceder el pueblo no iniciado, por lo que era una zona de transición entre las partes públicas del santuario y las más sagradas. Desde el patio hasta el santuario, los techos —decorados con estrellas— y suelos se iban

estrechando y alzando respectivamente hasta llegar al sagrario, cuya elevación no solo responde a la emulación de un elemento esencial del génesis egipcio, sino que también está vinculado a la *maat*. En el peristilo se colocaban imágenes del faraón y de personajes ilustres, una práctica que se remontaba al Reino Medio, en la que solo se representaba a hombres —solo existe una excepción femenina que confirma esta tendencia: la madre del visir Ankhu que vivió en la XIII dinastía (~1755-1630 a. C.)—, y que irá cambiando con la incorporación de retratos de mujeres en el Reino Nuevo. Estas representaciones tienen un significado según el contexto religioso en el que las situaron. En los templos funerarios, estas estaban vinculadas a ser receptáculos del *ka* de la imagen que representaban. En los santuarios asociados a dioses su principal función era actuar como intermediaros entre las divinidades y los mortales. Con el paso del tiempo, se acumulaba en los patios un número elevado de estatuas que podían colapsar su espacio, razón por la cual las más antiguas eran enterradas en fosos dentro del complejo religioso o en el propio subsuelo del atrio. Uno de los hallazgos más importantes, en relación con este tipo de esculturas, fue el de 1903 cuando Georges Legran desenterró más de novecientas estatuas en el patio norte del segundo pilono del templo del dios Amón situado en Karnak. Este conjunto de esculturas se ha datado entre la época de la XX dinastía (~1190-1075 a. C.) y el período ptolemaico, y cuyo descubrimiento se conoce como el Escondite de Karnak.

La sala hipóstila cuajada de columnas, excepto su parte central, respetaba el eje central que seguía el santuario y que llevaba a la zona más sagrada: la capilla o el sanctasanctórum. Este lugar simbolizaba la vegetación que brotó alrededor de la colina primigenia en la concepción que tenían los egipcios de la creación del mundo. Su espacio abigarrado de columnas responde a una solución arquitectónica que tiene que ver con la poca distancia que había entre dinteles y jambas, por lo que para sostener la estructura era necesario un gran número de soportes. A esta zona del templo podían acceder la mayoría de sacerdotes, alrededor del cual se ubicaban otros espacios más pequeños que podían ser cámaras, donde se colocaban las imágenes de dioses secundarios, o almacenes en los que se guardaban objetos valiosos, además de criptas auxiliares. Estas últimas se utilizaban para la consulta de oráculos que eran pronunciadas por sacerdotes que permanecían ocultos. Por otro lado, en algunos templos después de la sala hipóstila había una estancia que se conoce con el nombre de la capilla de la barca, que era un espacio donde se guardaba la nave del dios, utilizada para transportar a la divinidad en las procesiones.

La última zona del templo clásico era el sagrario que contenía la capilla del dios, por lo que era la parte más sagrada, razón por la que solo podían acceder a ella el faraón y el alto clero. El edificio está ideado para seguir un eje único que estaba vinculado con esta estancia. No obstante, existían salas aledañas que contenían la imagen de deidades asociadas al dios principal para completar una tríada. En su interior, albergaba la imagen del dios al que estaba consagrado el templo, que guardaba en un receptáculo llamado naos tallado en piedra que se cerraba con dos puertas de madera y que podían estar chapadas con diferentes metales como el bronce, el electro y el oro. La naos presentaba dos morfologías que simbolizaban la colina primigenia elemento recurrente en la cosmogonía egipcia. La primera de ellas es la que se denomina tipo naos y se caracterizaba por tener todos sus lados cerrados, pero que se abría gracias a dos puertas que estaban orientadas en el eje del templo que coincidía con el acceso al santuario. El segundo modelo es el tipo capilla que se asemejaba a un baldaquino, ya que sus extremos estaban abiertos para poder contener en un pedestal la barca procesional del dios que se colocaba en su cabina. Este tipo de soluciones se utilizaba cuando en el templo no existía la capilla de la barca. En los templos funerarios, detrás de la capilla se construía una falsa puerta, en la que el *ka* del faraón podía acceder con facilidad, ya que su sepultura estaba ubicada en otro lugar. Estas mismas puertas aparecen representadas en los santuarios adscritos a divinidades que eran accesos especiales que comunicaban al dios con todos aquellos que no podían entrar en el sanctasanctórum. Además, estaban vinculadas a las llamadas capillas oyentes u orejas que escuchan, que facilitaban la comunicación entre el dios y el creyente, quien necesitaba compartir sus cuitas y resolver sus problemas vitales.

Hay que señalar que cada uno de los accesos a las diferentes salas del templo se abrían y se cerraban con puertas de madera que estaban reforzadas por chapas de metal. Los umbrales, desde una perspectiva simbólica, eran importantes para los altos que se hacían en las procesiones dentro del santuario.

Esta misma disposición espacial se mantuvo a lo largo de la época ptolemaica y romana aunque evidentemente con modificaciones, por lo que su espacio interior se fue complicando. Los edificios de carácter religioso que se erigieron en estas dos épocas, son los que han llegado en gran número a la actualidad y en buen estado de conservación.

1 La elección de los días epagómenos son un nexo que se relaciona con la estructura del libro y no con la ordenación del calendario egipcio, ya que no pertenecen a la estación de *shemu*.

Bibliografía

Libros

Almazán, M. D., Castellano, N., Ibáñez, M. A. y Parra, J. *Los primeros faraones*. Barcelona: National Geographic Society, 2003.

Alonso, J. F. *Los hombres del faraón: el ejército a finales del Reino Nuevo en el antiguo Egipto*. Bilbao: Universidad de Deusto, 2009.

Blasco, F. y Sanjosé, V. *Los instrumentos musicales*. Valencia: Servei de Publicacions de la Universitat de València, 1994.

Campagno, M. *Estudios sobre parentesco y Estado en el antiguo Egipto.* Buenos Aires: Ediciones del Signo, 2006.

Castel, E. *Los sacerdotes en el antiguo Egipto.* Madrid: Aldebarán, 2015.

Cimmino, F. *Vida cotidiana de los egipcios.* Madrid: Edaf, 2002.

David, R. *Religión y magia en el antiguo Egipto.* Barcelona: Crítica, 2003.

Enguix, R. *El antiguo Egipto.* Madrid: Anaya, 1991.

Fatás, G. y Borrás, G. M. *Diccionario de términos de arte*. Madrid: Biblioteca Temática Alianza, 1980.

Fernández Uriel, P. *Dones del cielo. Abeja y miel en el Mediterráneo antiguo.* Navarra: Aranzadi, 2011.

García, J. *Dioses y símbolos del antiguo Egipto.* Barcelona: Fausí, 1987.

Grimal, N. *Historia del antiguo Egipto.* Madrid: Akal, 2004.

Hornung, E. *El uno y los múltiples: concepciones egipcias de la divinidad.* Madrid: Trotta, 2016.

James, T. G. H. *Pintura egipcia*. Madrid: Akal, 1999.

Janot, F. *Momias reales: la inmortalidad en el antiguo Egipto.* Madrid: Libsa, 2008.

Juaneda, M. *La lactancia en el antiguo Egipto.* Madrid: Aldebarán, 2014.

Kempe, B. *El antiguo Egipto: anatomía de una civilización.* Barcelona: Crítica, 2008.

Lichtheim, M. *Ancient Egyptian Literature: The Old and Middle Kingdoms.* Berkley, Los Ángeles y Londres: University of California Press, 2006.

Lull, J. *La astronomía en el antiguo Egipto.* Università de València, 2006.

MALTESE, C. *Las técnicas artísticas.* Madrid: Cátedra, 1973.

MCDEMOTT, B. *La guerra en el antiguo Egipto.* Barcelona: Crítica, 2004.

MONTET, P. *La vida cotidiana en el Egipto de los faraones.* Barcelona: Argos Vergara, 1983.

NAYDLER, J . *El templo del cosmos: la experiencia de lo sagrado en el antiguo Egipto.* Madrid: Siruela, 2003.

NUNN, J. *La medicina del antiguo Egipto.* México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 2002.

PANIAGUA, J. M. *Vocabulario básico de arquitectura*. Madrid: Cuadernos Arte Cátedra, 1978.

PARRA ORTIZ, J. *Vida amorosa en el antiguo Egipto.* Madrid: Aldebarán, 1998.

—, *Gentes del Valle del Nilo* . Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2003.

—, *El antiguo Egipto: sociedad, economía, política* . Madrid: Marcial Pons, 2009

—, *Momias: La derrota de la muerte en el antiguo Egipto* . Barcelona: Crítica, 2010.

—, *La Vida Cotidiana en el antiguo Egipto* . Madrid: La Esfera de los Libros, 2015.

PÉREZ VÁZQUEZ, F. *El cerdo en el antiguo Egipto.* Madrid: Ediciones Técnicas de Calidad, 2005.

Poo, M-CH. *Wine & Wine Offering In The Religion Of Ancient Egypt.* Nueva York: Routledge, 2009.

Quirke, S. *La religión del antiguo Egipto.* Madrid: Oberon, 2003.

Robins, G. *Las mujeres en el antiguo Egipto.* Madrid: Akal, 1996.

Sánchez, A. *Astronomía y matemáticas en el antiguo Egipto.* Madrid: Alderabán, 2000.

Shaw, I. *Historia del antiguo Egipto Oxford.* Madrid: Esfera de los Libros, 2015.

Siuda, L. T. *The Ancient Egyptian Daybook*. Estados Unidos: Kindle Edition, 2016.

Stead, M. *La vida en el antiguo Egipto.* Madrid: Ediciones Akal, 1998.

Steven Bianchi, R. *Egipto milenario: vida cotidiana en la época de los faraones.* Barcelona: Fundación la Caixa, 1998.

Stevenson Smith, S. *Arte y arquitectura del antiguo Egipto.* Madrid: Cátedra, 2000.

Tallet, P. *Historia de la cocina faraónica: la alimentación en el antiguo Egipto.* Barcelona: Zendrera Zariquiey, 2005.

Tyldesley, J. *Mitos y leyendas del antiguo Egipto.* Barcelona: Crítica, 2011.

Wilkinson, R. *Los templos del antiguo Egipto.* Barcelona: Destino, 2002.

WILKINSON, T. *Auge y caída del antiguo Egipto: historia de una civilización desde el año 3000 a. C. hasta la época de Cleopatra*. Barcelona: Debate, 2011.

YARZA LUACES, J. *Fuentes de la historia del arte I.* Madrid: Historia 16, 1997.

ARTÍCULOS, CAPÍTULOS DE LIBROS Y ACTAS DE CONGRESOS

ARMIJO, T. «La corte de Akhenatón y Nefertiti: Amarna». En: *National Geographic Historia*, 2014; n.º 127: 32-43.

BELMONTE AVILÉS, J. A. «La astronomía en Egipto: el origen del calendario». En: *National Geographic Historia*, 2012; n.º 112: 25-35.

—, «La puerta de las estrellas». En: *National Geographic Historia* , 2014; n.º 129: 22-35.

DIEGO ESPINEL, A. «Ciudades y urbanismo en el antiguo Egipto». En: *Eusal Revista*, 2003; n.º20: 17-38.

CARRUESCO, J. «Alejandría: la capital de los últimos faraones». En: *National Geographic Historia*, 2008; n.º 53: 32-49.

CASTEL, E. «Entre el Nilo y el mar: la navegación egipcia». En: *National Geographic Historia*, 2005; n.º 17: 15-18.

—, «Los nobles de Egipto: la corte de un faraón». En: *National Geographic Historia*, 2007; n.º 38: 28-41.

—, «Los servidores de los dioses: sacerdotes del antiguo Egipto». En: *National Geographic Historia*, 2009; n.º 65: 36-47.

CASTELLANO, N. «El Libro de los muertos». En: *National Geographic Historia*, 2012; n.º 102: 30-39.

—, «El tesoro de Tutankhamón». En: *National Geographic Historia* , 2013; n.º 117: 20-33.

—, «La tumba de la reina Nefertari». En: *National Geographic Historia* , 2015; n.º 141: 24-37.

Cervera Ral, P.*;* Salas-Salvadó, J. y Reixach Coll, M. «La alimentación en la cultura egipcia». En: Salas Salvadó, J.; Lorda-García, P. y Ripollés Sánchez, J. M. (eds.), *La alimentación y la nutrición a través de la historia*. Barcelona: Glosa, 2005: 35-57

Cordon I Solà-Sagalés, I. «El río sagrado de Egipto: el Nilo». En: *National Geographic Historia*, 2010; n.º 77: 34-47.

—, «Los animales de compañía en el antiguo Egipto». En: *National Geographic Historia*, 2012; n.º 101: 20-25.

—, «El Valle de los Reyes: La tumba de Horemheb». En: *National Geographic Historia*, 2015; n.º 135: 24-35.

—, «El harén de los faraones». En: *National Geographic Historia* , 2017; n.º 163: 54-64.

Estrada Laza, F. «Aquella por la que el sol brilla: Nefertari». En: *National Geographic Historia*, 2006; n.º 31: 32-43.

—, «La moda en Egipto: lujo y comodidad». En: *National Geographic Historia*, 2006b; n.º 34: 30-32.

—, «La muerte de Tutankhamón: el enigmático fin del joven rey de Egipto». En: *National Geographic Historia*, 2007; n.º 46: 33-45.

—, «El gato, dios y mascota en el antiguo Egipto». En: *National Geographic Historia*, 2008; n.º 57: 26-30.

Galán, J. M. «El jardín de Sinuhé». En: *National Geographic España*, 2017; n.º 164: 56- 65.

García, B. «Los secretos de belleza en el antiguo Egipto». En: *National Geographic Historia*, 2004; n.º 9: 17-20.

García Gual, C. «Alejandría: la última capital de Egipto». En: *National Geographic Historia*, 2006; n.º 32: 30-43.

González Serrano, P. «El vestido y la cosmética en el antiguo Egipto». En: *http://e-spacio.uned.es/fez/eserv/bibliuned:ETFSerie2-70BDA912-6270-3956-399A-BDA121B47F89/Documento.pdf*

Hawas, Z. «Las pirámides más antiguas: Los secretos de Saqqara». En: *National Geographic Historia*, 2005; n.º 12: 40-51.

Ikram, S. «Momias de animales». En: *National Geographic Historia*, 2017; n.º 165: 36-51.

Juaneda-Magdalena, M. «La medicina y la salud en el antiguo Egipto». En: *National Geographic Historia*, 2007; n.º 43: 26-30.

Lull, J. «La ciencia de los escribas: Matemáticas en Egipto». En: *National Geographic Historia*, 2011; n.º 93: 26-37.

—, «La inundación que nutría Egipto: la crecida del Nilo». En: *National Geographic Historia*, 2014; n.º 128: 22-31

Mascort, M. «La necrópolis real del Imperio Nuevo: el Valle de los Reyes». En: *National Geographic Historia*, 2004; n.º 6: 32-45.

—, «La cerveza en Egipto: la cerveza y placer». En: *National Geographic Historia*, 2004; n.º 10: 17-20.

—, «Las tumbas de las esposas reales: el Valle de las Reinas». En: *National Geographic Historia*, 2005; n.º 13: 34-45.

—, «Una guía para el más allá: el libro de los muertos». En: *National Geographic Historia*, 2005b; n.º 18: 36-45.

—, «El tesoro de un faraón: Tutankhamón». En: *National Geographic Historia*, 2006; n.º 24: 32-47.

—, «El faraón desconocido: Tutankhamón». En: *National Geographic Historia*, 2009; n.º 60: 36-47.

—, «Magia para la eternidad: rituales para el más allá». En: *National Geographic Historia*, 2011; n.º 92: 27-39.

—, «Crónica de un descubrimiento: la tumba de Tutankhamón». En: *National Geographic Historia*, 2012; n.º 100: 44-55.

—, «La tumba del faraón: la pirámide de Djoser». En: *National Geographic Historia*, 2013; n.º 116: 20-29.

—, «Los constructores de Egipto: arquitectos del faraón». En: *National Geographic Historia*, 2014; n.º 121: 20-29.

—, «Los barcos de los faraones». En: *National Geographic Historia* , 2014b; n.º 126: 24-35.

—, «El gran arquitecto del Imperio Nuevo: Amenhotep». En: *National Geographic Historia*, 2016; n.º 143: 28-39.

—, «La magia en Egipto». En: *National Geographic Historia*, 2016b; n. º 149: 28-37.

MEDEL, S. «El banquete funerario en el antiguo Egipto». En: *National Geographic Historia*, 2004; n.º 7: 19-22.

—, «El vino en el antiguo Egipto». En: *National Geographic Historia* , 2005; n.º 19: 23-26.

NOLAN, J. «La Ciudad Perdida de las Pirámides: Los obreros del faraón». En: *National Geographic Historia*, 2005; n.º 14: 36-47.

PANYELA, I. «El papiro en el antiguo Egipto». En: *National Geographic Historia*, 2005; n.º 18: 19-22.

—, «Ocio, juegos y juguetes en el antiguo Egipto». En: *National Geographic Historia*, 2006; n.º 23: 20-24.

—, «El mobiliario del hogar en el antiguo Egipto». En: *National Geographic Historia*, 2006; n.º 33: 13-16.

—, «La casa egipcia: entre el lujo y la sobriedad». En: *National Geographic Historia*, 2008; n.º 52: 20-24.

PARDO MATA, P. «El perfume en el antiguo Egipto». En: *Boletín de la Sociedad Española Orientalista*, 2009; n.º XLV: 185-192.

PARRA ORTIZ, J. «La tumba de los reyes dioses: las pirámides de Gizeh». En: *National Geographic Historia*, 2006; n.º 26: 32-45.

—, «La gran obra de los faraones: la construcción de las pirámides» . En: *National Geographic Historia*, 2006; n.º 30: 32-47.

—, «La violencia doméstica en el Egipto antiguo». En: *Trabajos de Egiptología: Papers of Ancient Egypt*, 2009; n.º 5: 139-150.

—, «El verdadero origen del faraón niño: la familia de Tutankamón» . En: *National Geographic Historia*, 2011; n.º 87: 28-39.

—, «A la sombra del faraón: la jornada de un visir». En: *National Geographic Historia*, 2011b; n.º 90: 26-30.

—, «La vida junto al río Nilo». En: *National Geographic Historia* , 2012; n.º 104: 24-35.

—, «La vida lejos del Nilo: oasis de Egipto». En: *National Geographic Historia*, 2014; n.º 118: 22-31.

—, «Los policías del antiguo Egipto: duros y corruptos». En: *National Geographic Historia*, 2014b; n.º 128: 18-21.

—, «Los favoritos del faraón: la vida de un noble egipcio». En: *National Geographic Historia*, 2016; n. º 148: 22-33.

PONS, E. «Las joyas de los egipcios: más que un adorno». En: *National Geographic Historia*, 2009; n.º 67: 26-30.

RAMÍREZ GARCÍA, B. «Ser niño en el antiguo Egipto». En: *National Geographic Historia*, 2005; n.º 12: 17-20.

—, «Faraones: casarse en familia». En: *National Geographic Historia* , 2005; n.º 16: 13-16.

—, «Peinados y pelucas en el antiguo Egipto». En: *National Geographic Historia*, 2007; n.º 37: 24-27.

—, «La capital del Imperio egipcio: Tebas». En: *National Geographic Historia*, 2008; n.º 58: 34-43.

Rodríguez Corcoll, N. «Un general en el trono de Egipto: Horemheb». En: *National Geographic Historia*, 2010; n.º 76: 34-43.

Saura, M. «La observación de los astros por los antiguos egipcios». En: *National Geographic Historia*, 2004; n.º 3: 15-18.

—, «El Valle de los Reyes: la tumba del faraón». En: *National Geographic Historia*, 2006; n.º 27: 32-47.

—, «Las grandes tumbas de Egipto: el Valle de los Reyes». En: *National Geographic Historia*, 2009; n.º 64: 28-39.

Subías, E. «Alejandría: la capital sumergida del Egipto helenístico». En: *National Geographic Historia*, 2010; n.º 80: 26-37.

Vivó, J. «Keops: los secretos de la gran pirámide». En: *National Geographic Historia*, 2004; n.º 2: 36-47.

COLECCIÓN BREVE HISTORIA...

- *Breve historia de los samuráis*, Carol Gaskin y Vince Hawkins
- *Breve historia de la Antigua Grecia*, Dionisio Mínguez Fernández
- *Breve historia del Antiguo Egipto*, Juan Jesús Vallejo
- *Breve historia de la brujería*, Jesús Callejo
- *Breve historia de la Revolución rusa*, Íñigo Bolinaga
- *Breve historia de la Segunda Guerra Mundial*, Jesús Hernández
- *Breve historia de la Guerra de Independencia española*, Carlos Canales
- *Breve historia de los íberos*, Jesús Bermejo Tirado
- *Breve historia de los incas*, Patricia Temoche
- *Breve historia de Francisco Pizarro*, Roberto Barletta
- *Breve historia del fascismo*, Íñigo Bolinaga
- *Breve historia del Che Guevara*, Gabriel Glasman
- *Breve historia de los aztecas*, Marco Cervera
- *Breve historia de Roma I. Monarquía y República*, Bárbara Pastor
- *Breve historia de Roma II. El Imperio*, Bárbara Pastor
- *Breve historia de la mitología griega*, Fernando López Trujillo
- *Breve historia de Carlomagno y el Sacro Imperio Romano Germánico*, Juan Carlos Rivera Quintana
- *Breve historia de la conquista del Oeste*, Gregorio Doval
- *Breve historia del salvaje Oeste. Pistoleros y forajidos*, Gregorio Doval
- *Breve historia de la Guerra Civil española*, Íñigo Bolinaga

- *Breve historia de los cowboys*, Gregorio Doval
- *Breve historia de los indios norteamericanos*, Gregorio Doval
- *Breve historia de Jesús de Nazaret*, Francisco José Gómez
- *Breve historia de los piratas*, Silvia Miguens
- *Breve historia del Imperio bizantino*, David Barreras y Cristina Durán
- *Breve historia de la guerra moderna*, Françesc Xavier Hernández y Xavier Rubio
- *Breve historia de los Austrias*, David Alonso García
- *Breve historia de Fidel Castro*, Juan Carlos Rivera Quintana
- *Breve historia de la carrera espacial*, Alberto Martos
- *Breve historia de Hispania*, Jorge Pisa Sánchez
- *Breve historia de las ciudades del mundo antiguo*, Ángel Luis Vera Aranda
- *Breve historia del Homo sapiens*, Fernando Díez Martín
- *Breve historia de Gengis Kan y el pueblo mongol*, Borja Pelegero Alcaide
- *Breve historia del Kung-Fu*, William Acevedo, Carlos Gutiérrez y Mei Cheung
- *Breve historia del condón y de los métodos anticonceptivos*, Ana Martos Rubio
- *Breve historia del Socialismo y el Comunismo*, Javier Paniagua
- *Breve historia de las cruzadas*, Juan Ignacio Cuesta
- *Breve historia del Siglo de Oro*, Miguel Zorita Bayón
- *Breve historia del rey Arturo*, Christopher Hibbert
- *Breve historia de los gladiadores*, Daniel P. Mannix
- *Breve historia de Alejandro Magno*, Charles Mercer
- *Breve historia de las ciudades del mundo clásico*, Ángel Luis Vera Aranda

- *Breve historia de España I. Las raíces*, Luis E. Íñigo Fernández
- *Breve historia de España II. El camino hacia la modernidad*, Luis E. Íñigo Fernández
- *Breve historia de la alquimia*, Luis E. Íñigo Fernández
- *Breve historia de las leyendas medievales*, David González Ruiz
- *Breve historia de los Borbones españoles*, Juan Granados
- *Breve historia de la Segunda República española*, Luis E. Íñigo Fernández
- *Breve historia de la Guerra del 98*, Carlos Canales y Miguel del Rey
- *Breve historia de la guerra antigua y medieval*, Francesc Xavier Hernández y Xavier Rubio
- *Breve historia de la Guerra de Ifni-Sahara*, Carlos Canales y Miguel del Rey
- *Breve historia de la China milenaria*, Gregorio Doval
- *Breve historia de Atila y los hunos*, Ana Martos
- *Breve historia de los persas*, Jorge Pisa Sánchez
- *Breve historia de los judíos*, Juan Pedro Cavero Coll
- *Breve historia de Julio César*, Miguel Ángel Novillo López
- *Breve historia de la medicina*, Pedro Gargantilla
- *Breve historia de los mayas*, Carlos Pallán
- *Breve historia de Tartessos*, Raquel Carrillo
- *Breve historia de las Guerras Carlistas*, Josep Carles Clemente
- *Breve historia de las ciudades del mundo medieval*, Ángel Luis Vera Aranda
- *Breve historia de la música*, Javier María López Rodríguez
- *Breve historia del Holocausto*, Ramon Espanyol Vall
- *Breve historia de los neandertales*, Fernando Díez Martín
- *Breve historia de Simón Bolívar*, Roberto Barletta

- *Breve historia de la Primera Guerra Mundial*, Álvaro Lozano
- *Breve historia de Roma*, Miguel Ángel Novillo López
- *Breve historia de los cátaros*, David Barreras y Cristina Durán
- *Breve historia de Hitler*, Jesús Hernández
- *Breve historia de Babilonia*, Juan Luis Montero Fenollós
- *Breve historia de la Corona de Aragón*, David González Ruiz
- *Breve historia del espionaje*, Juan Carlos Herrera Hermosilla
- *Breve historia de los vikingos*, Manuel Velasco
- *Breve historia de Cristóbal Colón*, Juan Ramón Gómez Gómez
- *Breve historia del anarquismo*, Javier Paniagua
- *Breve historia de Winston Churchill*, José Vidal Pelaz López
- *Breve historia de la Revolución Industrial*, Luis E. Íñigo Fernández
- *Breve historia de los sumerios*, Ana Martos Rubio
- *Breve historia de Cleopatra*, Miguel Ángel Novillo
- *Breve historia de Napoleón*, Juan Granados
- *Breve historia de al-Ándalus*, Ana Martos Rubio
- *Breve historia de la astronomía*, Ángel R. Cardona
- *Breve historia del islam*, Ernest Y. Bendriss
- *Breve historia de Fernando el Católico*, José María Manuel García-Osuna Rodríguez
- *Breve historia del feudalismo*, David Barreras y Cristina Durán
- *Breve historia de la utopía*, Rafael Herrera Guillén
- *Breve historia de Francisco Franco*, José Luis Hernández Garvi
- *Breve historia de la Navidad*, Francisco José Gómez
- *Breve historia de la Revolución francesa*, Iñigo Bolinaga
- *Breve historia de Hernán Cortés*, Francisco Martínez Hoyos

- *Breve historia de los conquistadores*, José María González Ochoa
- *Breve historia de la Inquisición*, José Ignacio de la Torre Rodríguez
- *Breve historia de la arqueología*, Jorge García
- *Breve historia del Arte*, Carlos Javier Taranilla de la Varga
- *Breve historia del cómic*, Gerardo Vilches Fuentes
- *Breve historia del budismo*, Ernest Yassine Bendriss
- *Breve historia de Satanás*, Gabriel Andrade
- *Breve historia de la batalla de Trafalgar*, Luis E. Íñigo Fernández
- *Breve historia de los Tercios de Flandes*, Antonio José Rodríguez Hernández
- *Breve historia de los Medici*, Eladio Romero
- *Breve historia de la Camorra*, Fernando Bermejo
- *Breve historia de la guerra civil de los Estados Unidos*, Montserrat Huguet
- *Breve historia de la guerra del Vietnam*, Raquel Barrios Ramos
- *Breve historia de la Corona de Castilla*, José Ignacio Ortega
- *Breve historia de entreguerras*, Óscar Sainz de la Maza
- *Breve historia de los godos*, Fermín Miranda
- *Breve historia de la Cosa Nostra*, Fernando Bermejo
- *Breve historia de la batalla de Lepanto*, Luis E. Íñigo Fernández
- *Breve historia del mundo*, Luis E. Íñigo Fernández
- *Breve historia de los dirigibles*, Carlos Lázaro
- *Breve historia del Románico*, Carlos Javier Taranilla de la Varga
- *Breve historia de la Literatura española*, Alberto de Frutos
- *Breve historia de Cervantes*, José Miguel Cabañas

- *Breve historia de la Gestapo*, Sharon Vilches
- *Breve historia de los celtas* (nueva edición), Manuel Velasco
- *Breve historia de la arquitectura*, Teresa García Vintimilla
- *Breve historia de la guerra de los Balcanes*, Eladio Romero e Iván Romero
- *Breve historia de las Guerras Púnicas*, Javier Martínez-Pinna
- *Breve historia de Isabel la Católica*, Sandra Ferrer Valero
- *Breve historia del Gótico*, Carlos Javier Taranilla de la Varga
- *Breve historia de la caballería medieval*, Manuel J. Prieto
- *Breve historia de la Armada Invencible*, Víctor San Juan
- *Breve historia de la mujer*, Sandra Ferrer Valero
- *Breve historia de la Belle Époque*, Ainhoa Campos Posada
- *Breve historia de las batallas navales de la Antigüedad*, Víctor San Juan
- *Breve historia de las batallas navales de la Edad Media*, Víctor San Juan
- *Breve historia del Imperio otomano*, Eladio Romero
- *Breve historia de la Guerra de la Independencia de los EE. UU.*, Montserrat Huguet Santos
- *Breve historia de la caída del Imperio romano*, David Barreras Martínez
- *Breve historia de los fenicios*, José Luis Córdoba de la Cruz
- *Breve historia de la Ciencia ficción*, Luis E. Íñigo Fernández
- *Breve historia de Felipe II*, José Miguel Cabañas
- *Breve historia del Renacimiento*, Carlos Javier Taranilla

PRÓXIMAMENTE...

- *Breve historia de la vida cotidiana del Imperio romano*

, Lucía Avial Chicharro

- *Breve historia de la Antigua Grecia*, Rebeca Arranz Santos
- *Breve historia de la Generación del 27*, Felipe Díaz Pardo
- *Breve historia de las batallas de la Antigüedad*
  , Carlos Díaz Sánchez

Las imágenes se insertan con fines educativos.
Se han hecho todos los esfuerzos posibles para contactar con los titulares del *copyright*.
En el caso de errores u omisiones inadvertidas, contactar por favor con el editor.

nowtilus
www.nowtilus.com

BREVE HISTORIA de la...

VIDA COTIDIANA DEL ANTIGUO EGIPTO

COSTUMBRES, CULTURA Y TRADICIONES

Clara Ramos Bullón

La frase harto conocida del historiador griego Heródoto: «Egipto es un don del Nilo», resume muy bien la importancia del mismo para la civilización del antiguo Egipto. Pero si profundizamos en esta frase, el Nilo por sí solo no es un don, sino que fueron los campesinos convertidos en agrimensores por la naturaleza del río y las inundaciones que fertilizaban las tierras, los que permitieron su opulencia en beneficio de toda la sociedad.

La civilización egipcia siempre ha suscitado un interés del que pocas culturas han gozado. El fastuoso boato de la corte faraónica y la importancia de la religión dominaban la esfera oficial para traspasar el ámbito de lo trascendental. Sin embargo, el antiguo Egipto no fue únicamente esto, pues el día a día se imponía donde los diferentes estamentos sociales se ocupaban de sus quehaceres diarios. Es el universo de lo cotidiano del antiguo Egipto el objetivo de este libro, en el que se explicarán cuestiones poco conocidas o sorprendentes para el lector como la variada alimentación; la importancia de la moda; la estructura familiar y social; la trascendencia de la religión; etc. Gracias a esta visión un poco más intimista se intentará desterrar la falsa idea de que era un pueblo inmovilista, ya que además está más presente de lo imaginamos en nuestro mundo, pues utilizamos herramientas inventadas por personas de esta cultura milenaria.

BREVE HISTORIA
www.BreveHistoria.com

Visite la web y descargue los fragmentos gratuitos de los libros, participe en los foros de debate temático y mucho más.

Hágase amigo de Breve Historia en Facebook